



Jorge Berrozpe

Moscas de un Dios

MOSCAS DE UN DIOS

Autor: Jorge Berrozpe Cillero

Año: 1993

ISBN: xxx

Depósito legal: xxx

LA PIPA DE WILLIS

1

Salgo de casa insultantemente bien vestido. Estreno, además, esa nueva colonia que me regaló *no-se-qué-chica*, y que es bastante buena, a mi modo de entender.

Es pronto, las siete menos diez según mi *Pulsar Quartz Chronograph 100m*, al que creo ciegamente.

Un *Boeing-747*, a pesar de que ya se va quedando anticuado, a pesar de que se va viendo relegado por los ya-no-tan-modernos y repelentes *Airbus*, a pesar de los famosos problemas con los anclajes de sus cuatro motores, puede ser considerado como la estrella de entre todos los modelos de aparato de navegación comercial aérea. Mi preferido, no obstante, es el *DC-9*, un avión destinado a vuelos de corto alcance, normalmente nacionales, y que es una auténtica bala, con

dos motores traseros a ambos lados de la cola que le proporcionan una curiosa forma fállica que ningún otro aeroplano posee.

Voy pensando todo esto de camino hacia el bar donde me encontraré con mis amigos, y, además, veo dibujadas en mi mente las formas de inmensos *DC-10* con sus dos preciosos y gruesos propulsores bajo las alas y su atractivo reactor trasero, de desproporcionados *Boeing-727*, y de *Boiengs-737* chocando entre sí. También repaso las diferencias existentes entre el *Boeing-757* y el *Airbus-300*. Finalmente encuentro regocijo en imaginarias fantasías sobre catástrofes aéreas y en cuerpos mutilados, irreconocibles, o carbonizados.

Me he decidido por tomar el camino largo. De todas formas, seré el primero en llegar, y no merece la pena jugármela por esas callejuelas por las que suelo atajar. Así que voy hacia la *Plaza de España* por la calle *Hurtado de Amézaga*, por la cual, además, pasan muchas más mujeres, de manera que me entretengo en contar las doce chicas que me miran hasta que alcanzo la puerta del *Bar Baracaldés*, que está en la calle *amistad*.

Abordo el interior del establecimiento y, en la barra, pido una *San Miguel* sin vaso a Eusebio. Mientras me sirve constato que, tal como imaginaba, he llegado el primero. Pago las *ciento-veinticinco* mirándole el inmenso grano que tiene en la aleta izquierda de la nariz y me dirijo a una de las mesas de la parte interior, resultando ser la única persona de la sala, protegido de la mirada de Eusebio por una mampara translúcida de tonalidades ocres.

Carlos llega a las siete y treinta y dos. Le reconozco a través de la mampara, su imagen es inconfundible, es ele-

gante y tiene un característico peinado. Está en la barra pidiéndole algo a Eusebio, y como he rematado mi *San Miguel*, voy hacia ella a por algo más.

Mi amigo tiene ya uno de esos *gintonic*s baratos de *dos-cincuenta* en la mano. Le palmeo la espalda, notando que ha trabajado últimamente esa parte de su musculatura, a la vez que le saludo con un *qué-tal*, seguido casi sin pausa por la demanda de un *gintonic* a Eusebio, que disimula su gozo cuando ve entrar a Luzu seguido de Oscar.

Ambos saludan, Oscar pregunta *no-se-qué* a Carlos y Luzu me aborda y me saluda con un golpecillo en el estómago, que endurezco lo más que puedo deseando que éste se de cuenta de que esta semana he hecho más de mil quinientos ejercicios abdominales.

Andrés y Asier tienen que estar también al caer, y Carlos propone que les esperemos en la barra apurando unos *combinados*. A mi me da igual, y cuando Oscar dice que invita a una ronda de esas baratas botellas de *claro-con-gas* para que entremos a la sala contigua y, sentados, las bebamos jugando a los dados, Luzu se adhiere a esa postura, y yo, finalmente también.

Mientras Oscar y Luzu se hacen con las botellas, vasos y dados, Carlos y yo juntamos dos mesas y preparamos sillas suficientes. A pesar de todo, Carlos se ha pedido un *cu-balibre* de *ron* y una *San Miguel*. A mi todavía me queda medio *gintonic*.

2

Antes de empezar a bebernos las tres botellas que ha sacado Oscar nos hemos jugado a los chinos el resto de las

bebidas que tenía cada uno, reuniéndolas en el centro de la mesa. Ahora, cuando llegan Asier y Andrés, acabamos de terminar esa cuestión preliminar, resultando que yo me he tomado el medio *cubata* de Oscar, Luzu su propio *gintonic*, mi medio *gintonic* y la *San Miguel* de Carlos, y Carlos su medio *cubata*. Oscar parece enfadado porque no ha bebido nada y sospecha que en vez de intentar no perder, hemos hecho todo lo contrario.

Asier y Andrés, al ver el *claro-con-gas* sobre la mesa, extinguen compulsivamente sus *Sanmiguel*es y se encaminan a la barra para pedir un par de botellas más y unirse al grupo. Yo, algo borracho, aprovecho para ir a mear.

El váter dista mucho de mi idea del decoro. No tiene lavabo, ni taza, ni urinarios de a pie; sólo un funesto agujero en el suelo y una cadena de donde tirar. Lo que más me molesta es que no haya un mísero espejo donde poder observar la idoneidad de mi peinado o donde poder hacer posturitas para comprobar si mi tono muscular destaca por debajo de la vestimenta.

Decido mear en dirección a la puerta, empapando y por tanto inutilizando un rollo de papel higiénico que cuelga tristemente de un alambre situado en esta. Todo esto mientras tarareo *I'm singing in the rain* de igual manera a como lo hacían los ultraviolentos en *La naranja mecánica*. Luego me río al pensar en la camisa que ha traído Andrés y, seguidamente, mientras ato los botones de los vaqueros, recuerdo que la chica con la que estuve *ayer-viernes-diecinueve-de-octubre-de-mil-no-vecientos-noventa-y-cuatro* se llamaba Julia, ¿ o Silvia?

Cuando retorno a la mesa hablan sobre *Bukowsky*, y compruebo que quedan a penas tres botellas y media. No me apetece, de todas formas, probar ese brebaje, así que me in-

tento aplicar con los dados, sin mucha fortuna, no obstante. Carlos me pregunta algo sobre ese *Bukowsky* y creo que respondo:

- Tengo entendido que era uno de esos escritores alcohólicos, y que escribía con un realismo exagerado.

- Me han dicho que *mujeres es acojonante*- dice Luzu.

- Pues yo he leído *Hollywood* y no es para tanto-comento, evitando decir que también he leído *Factótum* y que me muero por encontrar algún libro más de este autor.

- *Hollywood* es el peor- espeta Carlos.

Asier se empieza a impacientar:

- Bueno, dejaos de libros y bebeos esos vasos que os quedan- nos acerca los vasos.

Veo cómo Luzu acaba de un trago lo suyo, seguido de Carlos, Oscar y, por último, yo, que tras engullirlo hago una mueca de dolor y grito algo ininteligible.

Queda botella y media. Asier tira los dados y me pasa *kinito*, tiro y no lo supero, bebo otra vez, hago otra mueca de asco y vuelvo a gritar, pero esta vez se entiende lo que digo. Tiro, saco un cuatro, repito, saco un seis, le paso a Asier un ocho, se lo cree y tira, pasando a Oscar un nueve, quien no se lo cree y debe beber porque había una pareja de ases. Oscar tira y pasa un siete, yo me voy a mear otra vez al rollo de papel higiénico...

Cuando vuelvo no juegan, han firmado una pequeña tregua. Son las ocho y cuarenta minutos según el *Pulsar Quartz Chronograph 100m*, y llegan Alberto, Julen, Jon, Juan y un tal Aitor que no se quién es, y que lleva una larga perilla al estilo *grunge* y una camiseta blanca en la que parece poner *el tricicle*.

Llegan ya bastante colocados. Creo que es Julen el que dice que han bebido *patxarán* en su casa, del que hace su padre, aprovechando que éste y su madre estaban ausentes.

3

A las diez en punto Eusebio ha venido, generoso, con una bandeja llena de pedazos de tortilla de patata, y nos ha dicho que iba a cerrar ya, que debíamos irnos. Como a Julen y esos les quedaba algo de bebida nos hemos demorado hasta las diez y veinte.

La tortilla no se la quería comer nadie, pero por no hacer ese desprecio hemos jugado al *kinito* con ella. Los dos pedazos que me han tocado eran grasientos y estaban fríos y duros, pero, de todas formas, me han asentado el estómago momentáneamente.

Sin más contratiempos estamos ya en el puente del Arenal, camino del casco viejo, que está a cinco minutos. Nuestro destino: *Barrencalle*, bar *Kaixo*, donde sirven un terrorífico veneno verde llamado *absenta*.

Yo estoy borracho y ya he meado otras dos veces. Luzu está más *cargado* que yo. Carlos aguanta el tipo, pero empieza a hablar demasiado. Andrés está un poco callado, es alto y delgado, pero aguanta mucho, aunque suele llegar siempre al límite. A Oscar se le notan ciertos colores en la cara que delatan su estado. Asier es el que más resiste, pesa cerca de ochenta kilos y se lo traga todo, pero apuesto a que el alcohol le ha *colocado*.

Hace frío, pero hoy no lloverá.

Por el camino voy emparejado a Alberto y Carlos. El primero se disculpa ante nosotros porque ha quedado con su media naranja. Carlos me propone planes para encontrar algo de sexo, ya que su novia no está en la ciudad, y marcamos itinerarios a seguir y especulamos sobre tácticas y trucos a emplear. Me comenta que lleva cerca de dos meses sin estar con otra chica que no sea Virginia, su novia y, textualmente, dice que si no *pilla* algo esta noche se va a pegar un *tiro*. Después me pregunta por la chica con la que estuve ayer, y Asier se une a nosotros en el momento en que le estoy explicando que la *tía* me chupó la nariz por dentro y que yo, muy *salido*, la lleve al coche y le intenté quitar el sujetador con la boca, y que ella me dijo que iba muy deprisa y que entonces le cogí la mano y la puse sobre mi erección, y que ella, con cara lasciva, y besándome sin lengua me dijo:

- Otro día.

4

Cuatro y media de la mañana.

Carlos y yo regresamos a casa borrachos, a paso lento. La conversación no es muy fluida. Carlos está muy enfadado y yo disimulo la risa cada vez que maldice o blasfema.

Hemos estado cerca de tres horas con dos chicas de diecinueve años bebiendo, mintiendo y aparentando ser simpáticos, agradables y graciosos. Yo he conseguido, sólo al final, besar con lengua y chupar un poco el cuello de una chica que me ha dicho que se llamaba Berta, y he quedado en salir con ella mañana en un lugar al que no iré. Carlos se ha tenido que contentar con dar el teléfono falso y dos simples besos de despedida a la suya.

Vamos por la calle *Bailén* hacia la calle *San Francisco*, es decir, la vía corta para llegar a la plaza *Zabálburu*. Esto quiere decir que hemos tomado el atajo, lo cual no es del todo aconsejable a estas horas, pero supone un ahorro de cerca de un cuarto de hora de camino.

Además, llueve. Cae ligeramente, de la que moja sin darte cuenta.

- *Put*a lluvia- mascullo. Carlos no responde, sólo hace una mueca y un ruido que no le había oído nunca hacer.

LLegamos a la plaza *Zabálburu*, lugar donde nuestros caminos se separan. Nos despedimos fríamente. Me doy cuenta de que tengo el pelo empapado cuando veo que el de mi amigo ha perdido su forma. Antes de alejarnos definitivamente creo que Carlos ha dicho:

- Bilbao es una *puta*.

Ahora que camino solitario, empujado por el agua y por el frío, noto cómo el alcohol que queda en mi cuerpo me abotarga la conciencia y entrecruza mis ideas. Miro por un momento al cielo de Bilbao y no veo nada, no veo salida ni escapatoria. Miro al suelo y veo en un instante una luz que me sonríe, familiar, pícara, ¿maligna?.

En mi andar navegante pienso a ráfagas en elipses y esferas, en madres solteras, en sectores sociales que están perdidos, en la paridad monetaria, en ricos y pobres animando al mismo equipo de fútbol, en ricos y pobres en América animando al mismo equipo de béisbol, en buitres con cabeza de hombre, en buitres con cabeza de mujer. También pienso en que algunos seres humanos tan sólo vienen al mundo para cebar la bomba de la economía, como medio, nunca como fin.

En el espejo del ascensor descubro que estoy bastante atractivo con el pelo mojado. *El Pulsar Quartz Chrono-*

graph 100m parece indicar que son ya las cinco, pero a mi no me apetece dormir. Además, determino que aún no he jugado todas mis cartas, que los últimos coletazos de este sábado pueden merecer la pena, que mis padres están de viaje en Londres o en Birmingham o en el Caribe o en Larnaka, que el asunto del 0,7 por ciento es una necedad, que esa guerra que hay en Yugoslavia puede ser un montaje publicitario, que mis excursiones a la bolsa me hacen ganar más dinero del que pretendo gastarme, y que el Athletic es bastante mejor equipo que el Parma. Decido volver a la calle.

Salgo del portal sonriente, confiado y excitado, tarareando la melodía de aquella vieja serie de televisión sobre un detective con bigote llamado *Mike Hammer*. Me propongo ir a los bares de *putas* que hay cerca de aquí, en la calle *General concha*. No pienso pagar por sexo, sólo tomar algo y jugar a un poco.

Al llegar a la zona de los *pubs* mi ensimismamiento y ansiedad frenan de golpe al descubrir que están todos cerrados. Sólo uno acaba más tarde de las cuatro y media, el *D`angelos*, que está un poco más abajo, sin cambiar de calle.

5

El guarda jurado, con pinta de aburrido y creo que coqueteando, responde a mi saludo.

Bajando las escaleras me cruzo con el estereotipo cuarentón que frecuenta este tipo de salas, que, *ciego*, me hace un guiño de complicidad al que respondo con una seria mirada.

Ahora contemplo a las *putas* desde la barra con un *cubalibre* de *ron* en la mano. La mayoría son negras, gordas, y con pinta de aburridas. También hay alguna brasileña blanca y portuguesas, y localizo a una que no puede ser más que española.

Todas me miran y barajan la posibilidad de abor-darme. Muchas no se atreven, me ven muy joven y guapo y saben que obtendrán mi rechazo. Una mulata cubana me guiña un ojo, yo tomo un sorbo de mi bebida y decido comprar tabaco, aunque no fumo.

Es en la máquina expendedora cuando la portuguesa jovencita, que se escapa de un gordo de cincuenta años que está muy borracho, se decide a acercarse y me dice algo así como que le gusto y me toca la cara. Yo me aprieto a ella, dejando el vaso en la barra, y me susurra que quiere *follar* conmigo. Yo, mirando cómo la mulata cubana está ahora ofreciendo sus carnes a un señor casado que huye del tedio matrimonial, le digo que va muy deprisa, y ella explica que es porque van a cerrar ya, y entonces le intento besar en la boca, pero ella no la abre, e insisto, y comprueba si el camarero nos vigila, y al ver que éste no lo hace abre la boca y permite que le bese con lengua, e incluso mueve la suya y se junta más a mi, y descubro que besa igual que las chicas que no son *putas*. Y soy yo el que para el beso para decirle, mintiendo, que me gusta mucho, y le cojo una mano y con la otra le retiro una hilera de pelo negro de la cara, acariciándolo lentamente, y en este momento su mano ya me está tocando la encendida zona genital, y estoy plenamente excitado, y le ofrezco mi bebida pero responde que sólo bebe *Champan* y que le invite a una copa, y le convengo de que si le invito a esa copa quede conmigo cuando salga del trabajo, y me la sigue tocando, y continuo besándola tras pedir su *Champan*, y ella ya no se

preocupa de si el camarero nos ve besándonos, e incluso la estoy explorando la entrepierna con discreción.

Y todo esto está ocurriendo cerca de la barra, en una zona iluminada próxima a la entrada.

Ella no toca el Champan en absoluto, lo cual no me molesta porque se que me la voy a *follar* gratis en mi propia casa. Se llama Celia y tiene diecinueve años. Está buena para ser *puta*, debe ser nueva, lo que me gusta y acelera aún más. Siento de repente unas tremendas ganas de llamarle *puta*, y le digo:

- Eres una *puta* muy guapa, me gustas- y esto me excita, y mi erección palpita. Estudio su reacción ante aquella palabra, pero no aprecio nada destacable. Sin embargo, dice:

- Me tengo que ir, es la hora- y me pregunto si lo habré estropeado, pero me dice que le espere en la puerta trasera, que saldrá pronto.

6

Son ya las siete menos cuarto de la mañana, ha amanecido hace un momento y siento un frío infernal, si bien ya no llueve. Se me ha pasado casi toda la borrachera y estoy empezando a estar cabreado. Llevo casi una hora esperando y la *puta*, la muy *puta*, no sale por ningún sitio. El fantasma de haber sido engañado empieza a sobrevolar.

Pasan diez minutos y me doy por vencido.

La calle *Las cortes*, el *barrio chino* de Bilbao, está bastante cerca de donde me encuentro. Una extraña fuerza que me era desconocida me empuja a visitar esa zona, y salgo

hacia allí dispuesto a encontrar algo que hoy parece se me niega en todos los sitios.

En mi caminar errante hacia la calle más conflictiva de todo Bilbao me siento ya algo cansado e incapaz de quitar de mi cabeza a esa *puta* de diecinueve años, y cavilo sobre posibles torturas a que debería de someterla. Sólo un perro negro y cojo que se me acerca temeroso me distrae de esa idea de venganza.

Llego a la calle *Las cortes*. Descubro algo que ya temía, pero que deseaba no sucediera. La calle está desierta. Sólo un camión del ayuntamiento que echa agua para limpiar la calzada, y los barrenderos, que no están aquí precisamente de *putas*.

Decido volver a casa. Sonríe incluso un instante al pensar en las cosas que me han ocurrido este día. Determino, finalmente, ya serio y disgustado, que mi actuación no ha sido en absoluto metódica, y pongo rumbo de vuelta pensando de nuevo en turborreactores de todos los tamaños y en estadísticas sobre accidentes aéreos.

Mientras camino a paso ligero observo que ya no hay ni policía en una calle en la que siempre hay dos o tres coches vigilando, no patrullando sino parados en las aceras. También me doy cuenta de que me estoy meando, y penetro por una callejuela que es difícil de pensar que pueda existir de lo corta, estrecha, oscura y sucia que es; no tiene ni salida, es realmente inquietante, y por ello meo rápido a la vez que miro hacia la oscuridad por si acaso.

Me abrocho los botones del pantalón y echo la última ojeada al fondo de la calle, que ya distingo perfectamente.

Veo una pierna en extraña posición que, tímidamente, sale de detrás de unas basuras y cartones. Pienso que quizá sea un mendigo, pero intuyo que no lo es, y me entra el pánico porque sé que esa persona no se ha echado ahí voluntariamente. Siento deseos de correr, de liberarme de esta sensación. Vuelvo a mirar y ahora me parece que es un pedazo de madera, pero no puede ser porque lleva pantalones de pana. Ahora veo también un objeto oscuro al lado del cadáver que parece una cartera, y también distingo perfectamente el charco de sangre...

La calleja está en pendiente hacia abajo y subo corriendo hacia la calle principal con todos mis sentidos alerta para asegurarme de que nadie anda por aquí, de que nadie me ve, y a unas ciento ochenta pulsaciones por minuto, cerca del límite del umbral anaeróbico, vuelvo al lugar e inspecciono visualmente el cuerpo. Compruebo, seguro, que está muerto, degollado, totalmente blanco por la falta de sangre, ya seca, toda, a su alrededor.

Decido que mi curiosidad está lo suficientemente satisfecha como para marcharme corriendo, y echo un último vistazo a aquel objeto que distinguí desde la distancia, y casi me estalla el corazón al descubrir, emocionado, que esa oscura forma que me ha atraído no es una cartera. Es una pistola.

DOMINGO 27

1

Es a las doce y media de la mañana cuando el teléfono, implacable, me despierta. Tras un estremecimiento permanezco inmóvil, deseando que cada pitido sea el último, que termine cuanto antes ese sonido tortuoso. Podrían ser mis padres desde allí donde se encuentren. Pero estoy casi seguro de saber quién me molesta. Por fin, termina esa insistencia.

Ni siquiera la circunstancia de estar solo en la casa me anima a levantarme. De un tiempo a esta parte esta situación es habitual, de hecho, pasan largos períodos en los que no veo a mis padres y, cuando vuelven, siempre sorpresivamente, no es mucho el tiempo que tardan en volver a irse. Hace unos días un señor al que nunca había visto, que salía de la puerta contigua a la mía, me preguntó, mientras esperábamos el ascensor, que dónde estaban éstos, y yo le dije que,

como la casa es mía, les había obligado a abandonarla y que ahora viven en un lugar indeterminado de la costa del sol.

Contaba con una resaca similar a la que tengo, pero aún me sorprende cuando siento dificultad para caminar en línea recta. Mi cabeza parece estar en otra dimensión. Escucho un leve zumbido en el interior de los oídos. Uno de los ojos llora, irritado. Tengo agarrotada la parte superior de ambas piernas, y molestias en la zona dorsal de los tobillos.

Decido caminar durante veinte minutos en el *stepper-BH-Sherpa*, lo que me ayuda con el dolor de cabeza y me hace sudar bastante, a la vez que limpia mis pulmones del humo que absorbí en los bares y refuerza la estabilidad del ritmo cardíaco.

Antes de desayunar me ducho durante más de media hora. Primero con agua muy caliente, por momentos casi insoportable, escaldante, lo cual es agradable y, además, ayuda a eliminar toxinas. Después alterno con agua helada, que es bueno para la piel y, según algunos médicos polacos, muy beneficioso para la salud. Entretanto me ha parecido escuchar hasta tres llamadas telefónicas más. Antes de salir de la ducha me intento masturbar, pero recuerdo a la prostituta de ayer y prefiero dejarlo.

Ahora, tumbado frente al televisor del salón, vestido tan sólo con unos pantalones cortos de verano y una camiseta de manga corta que me costó más de quince mil pesetas, con el mando del vídeo en la mano, y tras las oportunas manipulaciones, descubro para mi desgracia que la *película-pornográfica-de-canal-plus-del-viernes-noche* no se ha grabado. Así que vuelvo a mi cuarto y entro en la cama.

Intento excitarme pensando en una chica de quince años que me espiaba ayer a través de la abertura de la puerta del váter en un bar del casco viejo, mientras meaba. Pero sólo

me viene a la cabeza el *niki* que llevaba ese tal Aitor, y pienso si realmente pondría *el tricicle*, y me irrito por un momento, poniéndome nervioso, y acabo convenciéndome de que probablemente era otra cosa lo que ponía, e incluso de que quizás no llevaba esa perilla tan cargante, y de que, a lo mejor, no se llamaba Aitor, ni vino con Alberto, Julen, Jon y Juan. Luego pienso en una conversación sobre la mezcla de antibióticos con alcohol que escuché mientras me servían un *JB-con-Coca-Cola* en la barra del Aitortxu y acabo ensimismado con la idea de poseer una pistola que nadie sabe que tengo. Fantaseo con el inmenso poder que esto me confiere. Eso me excita definitivamente y, finalmente, me masturbo mientras hablo por teléfono con una chica que se llama Blanca y que me dio su número hace casi tres meses, cuya cara no recuerdo, que dice que no sabe quién soy cuando le informo de que estoy *tocándomela* y le pregunto si quiere quedar conmigo algún día sólo para *follar*.

2

Insistente, terco, tozudo, empecinado, intransigente, encaprichado, pertinaz, obcecado, obsesionado, empeñado, contumaz, impenitente, obstinado, testarudo e impertinente, suena de nuevo el teléfono. Cuando me aproximo a contestar pienso que quizás esté vivo o, al menos, más vivo que yo.

Imito a Carlos Pumares tras descolgar:

- ¿ Si, buenos días, digamé?.

- Hola rubio, ¿ qué tal?, soy Rafa- es Rafa, el gordo, al que nunca he sabido por qué llaman *Gandhi*.

- ¿ Qué pasa Rafa?, ¿ has llamado antes, no?.

- Sí, hace un rato. ¿ Qué tal?, ¿ Qué hiciste ayer, *pillaste* algo?

Rafa siempre llama temprano y me acribilla a preguntas, y me cuenta anécdotas de su vida, normalmente carentes de interés, sin que yo le pregunte por ellas. Compruebo que ya empieza a interrogarme y pienso en algo rápido para deshacerme de él, puesto que la resaca me aconseja tumbarme de nuevo delante del televisor tras tomarme el café, la aspirina y el zumo de tomate, no de bote, sino exprimido, con aceite y sal. Al fondo oigo su voz:

-...*pub* nuevo que han abierto en la calle Buenos Aires...- retiro el auricular y echo un vistazo por la ventana. No hace mal día. Hago un gesto de dolor tras un brusco giro de la cabeza. Siento como si tuviera una bola de plomo bajo el cráneo, sobre las vértebras superiores. Me aproximo al auricular cuando escucho:

-...¿ estás ahí?.

- Ssí, sí, espera...es que llaman a la puerta. ¿ Por qué no vienes aquí una hora antes del partido y me lo cuentas?, ¿ es a las cinco, no?.

- Sí, a las cinco. Entonces después de comer voy para allá. ¿ Tus padres no han vuelto aún, no?.

- ¡ Qué va!.

- Hasta luego, entonces.

- Adiós.

Hoy juega el *Athletic* contra el *Zaragoza* en *San Mamés*. El gordo *Gandhi* siempre va al fútbol conmigo. Desde pequeños nos hicieron socios en localidades contiguas. Hoy el partido se presenta complicado. El *Zaragoza* va primero en la clasificación. Será el tercer líder europeo que llega aquí en pocas semanas. Los dos anteriores fueron derrotados, primero el *Newcastle*, líder de la liga inglesa, y después el *Parma*, de la liga italiana, ambos en encuentros correspon-

dientes a la copa de la *UEFA*, y con idénticos resultados de uno a cero.

3

En la televisión encuentro una programación que de no ser por el estado de mi cabeza me haría, con toda probabilidad, perder los nervios. Repeticiones de programas infames y anuncios prenavideños de colonia y juguetes. También algunos de bebidas fuertes con las que ya me he emborrachado y que no avisan de las terribles resacas que producen. Lo que viene del extranjero a través de la antena parabólica no es mucho mejor, pero tiene la ventaja de que no entiendo con precisión lo que dicen y, en consecuencia, no puedo asegurar que mienten.

Son ya casi las dos de la tarde y no tengo apenas hambre. Miro la segunda cadena de televisión española, donde parece que ofrecen un partido de balonmano. Los de amarillo atacan y meten un gol. Luego los de azul hacen lo mismo, pero los de amarillo repiten la misma jugada que antes. Cambio a *Antena-3* un segundo. Gasto otro segundo para ver *Tele-5*, *Canal-plus* y los dos canales de *E.T.B.*. Acabo en *Eurosport*, donde echan una curiosa competición de *karts* que me relaja, incluso cierro los ojos por un momento, escuchando la narración en inglés del comentarista, intentando interceptar sus palabras.

Desde que he decidido conectar el contestador automático mis padres han llamado dos veces desde Puerto Ri-

co, según lo que ha quedado grabado. He llamado a Andrés para felicitarle por su cumpleaños pero éste me ha dicho que no lo era, y ha aprovechado para comentarme, divertido, que un vecino suyo se ha tirado por la ventana con la mala suerte de no matarse. También me ha contado que ha hablado con Luzu y éste le ha dicho que esta mañana se ha despertado en una casa que no era la suya y que, cuando se iba, aturdido, una mujer de cerca de cincuenta años le ha dicho que volviera cuando quisiera.

Al colgar el teléfono he olvidado volver a conectar el contestador, y por ello, ahora, a las dos y cuarenta, mientras como algo con desgana, sólo por alimentarme y evitar perder masa muscular, vuelve a sonar. En esta ocasión también imito a Carlos Pumares al contestar, y me quedo mudo cuando una voz femenina que no recuerdo me dice que le tenía que haber llamado y que estamos saliendo, y que quiere que nos veamos esta tarde. Yo simulo serenidad y control, y me imagino que es la chica con la que estuve hace tres semanas, y no tengo ni idea de su nombre, y además creo que era bastante fea y me pregunto, extrañado, cómo puede ser que tenga mi teléfono, y, probablemente, pienso, estaba tan borracho que no le di el falso. Finalmente me cito con ella en un bar de la calle Licenciado Poza a una hora en la que sé que estaré en la tribuna del campo de San Mamés, pero no se me ocurre otra forma de salir de ésta.

4

Soy el Diablo. No uno de esos farsantes, sino el auténtico, la viva imagen del señor de la hoguera. No un repre-

sentante de él en la tierra con cuerpo de un humano mortal. Soy él. Yo soy él. Disfruto con la destrucción. Me excita el sufrimiento de aquellos a quienes ataco. Y tengo una pistola. El poder es mío...

Unos fuertes golpes en la puerta de casa penetran en mi sueño. Despierto ofuscado. Siento un fuerte dolor de cabeza. Salto del tresillo. Escucho a José María García ya en la radio. Me pregunto quién la habrá conectado. El hecho de que Gandhi aporree la puerta supone que lleva bastante tiempo llamando. Me he dormido inconscientemente. Debe de ser más tarde de las cuatro. El estadio de San Mamés está a media hora de mi casa andando, y una hora y diez minutos en coche.

Corro hacia la entrada y abro. Rafa entra sin decir ni hola. Con el rostro serio, dice:

- Pero, ¿ qué haces así, *tío*?, ¿ te has dormido, o qué?.

- Si, *tío*, me había quedado *frito*. En cinco minutos me preparo.

- Eso no se lo cree ni Dios.

- ¡ *Joder!*, sino no llegamos.

- No, es que no llegamos ni aunque vayas en pijama y salgamos ahora.

Entretanto, me dirijo a mi cuarto. Me sigue, metiéndome prisa. Logro quitarme el pijama en el pasillo, de forma que llego a la habitación vestido tan sólo con la ropa interior. Rafa hace un comentario sobre un libro que descansa sobre mi escritorio. No me da tiempo a cambiarme los calzoncillos, así que me los quito y me pongo unos vaqueros. El *niki* que llevé ayer huele a una extraña mezcla de sudor, tabaco y colonia, pero aun así lo utilizaré. Me calzo una cazadora vaque-

ra barata, marca *Levi's*. Calcetines negros limpios y zapatos, también los de ayer, con algunas manchas de barro.

Sin tiempo para rituales me peino con agua en unos quince segundos, aprovechando la espuma seca que, de ayer, que queda en mi pelo. Consumo otros veinte segundos en cepillarme los dientes. Decido no afeitarme, tan sólo me aplico un poco de crema hidratante en la cara. Tardo un minuto en encontrar mi cartera. Parece que la arrojé detrás de la televisión al llegar borracho. Compruebo que en ella quedan casi ocho mil pesetas. Ayer debí de gastar bastante dinero. Cojo el carnet de socio del *Athletic* y me dirijo a Rafa, que está entretenido hurgando en el disco duro de mi *Pentium*, con un grito a media voz:

- Ya estoy, ¡ eh!.

He tardado poco más de cuatro minutos en ponerme a punto. Además, desde más allá de cinco metros puede que tenga un aspecto decente. De todas formas, será mejor evitar ser reconocido.

5

Rafa no está en forma. Aún es más, le sobran bastantes kilos. Es por esto por lo que cuando, con puntualidad británica, alcanzamos el estadio, le falta el resuello y respira con dificultad. Hemos venido corriendo y esto no le ha sentado nada bien. Su cara delata el cansancio, está pálida y tiene manchas rojas bajo los pómulos. Y eso que no he querido forzar la marcha porque el *steper-BH-Sherpa* me ha sobrecargado los gemelos. En condiciones normales hubiera podido hacer el trayecto en cuatro minutos menos, a pesar de la

resaca. Pero Rafa jamás ha podido seguir mi ritmo, ni en esto, ni en nada.

Estamos en el descanso del partido. Van empatados a cero, pero está siendo bastante entretenido. El *Athletic* ha podido marcar en un par de ocasiones, a pesar de que el *Zaragoza* está jugando con mucha solidez. Ninguno de los presentes apostaríamos porque el *Athletic* vaya a ganar. Yo estoy algo nervioso, tengo las yemas de los dedos heladas y me he sorprendido intentando morderme las uñas. Mientras observábamos las incidencias Rafa me ha contado que ayer casi *follo* con una chica de veinte años en una discoteca de Baracaldo. Desde entonces estoy mucho más nervioso. Ahora estamos meando. Los servicios están saturados. Un señor mayor, con una bufanda de un equipo inglés, me está mirando lascivamente mientras intento hacer mi necesidad y no puedo terminar. Ello hará que me esté meando durante toda la segunda parte. Creo que Rafa también me la estaba mirando, y también creo que es mentira lo de su aventura de ayer en Baracaldo. Por un momento me siento tranquilo y se me pasan las ganas de llevarle luego a mi casa con cualquier pretexto y dispararle en los intestinos, todo ello mientras le grito que es un *jodido gordo* y un *mariconazo*.

La segunda parte ha empezado hace cinco minutos. No se de dónde ha sacado Rafa esas pipas que esta *baboseando*. Miro al campo de juego y veo figuras moviéndose alrededor de un balón y me pregunto por qué los humanos estamos tan locos. El señor del puro me acaba de comentar que *Lacabeg* está haciendo el mejor partido de su vida. Yo le he respondido que podría ser que esté en lo cierto. Sigo pensando que, posiblemente, Rafa no fuese ayer a Baracaldo, incluso que no salió de casa o que, con casi total certeza fue al ci-

ne con una gran bolsa de pipas. El jugador del Athletic, *Lacabeg*, que suele actuar de lateral derecho, lleva cerca de un mes lesionado. La chica con la que he quedado debe de estar ya esperándome. Hace un rato *Goikoetxea* ha sacado una falta desde la parte derecha del ataque del Athletic, *Ciganda* ha tocado hacia atrás desde el segundo palo, y Julen Guerrero ha marcado el único gol del partido.

De camino para casa evito la calle Licenciado Poza.

RUTH

1

Viernes 2. En el bar *Kaixo*.

Para cuando Asier, Alberto y yo logramos un pequeño resquicio por el que alcanzar la barra para hacernos con unos *zuritos-con-absenta*, Jon y Aitor, que lleva la misma camiseta que el sábado anterior, ya han consumido las suyas y se están fumando otro *porro*.

El ambiente está realmente cargado. Es un bar pequeño, moderno, y sin una decoración especial, en el que se reúnen jóvenes de todas las tendencias, aunque la música que suena al fondo sea un poco radical, lo cual unido al humo y la cantidad de gente existente provoca esa sensación tan desconcertante que es la claustrofobia.

Nuestro grupo se ha disgregado, Carlos se ha encontrado a Virginia, su novia, y se ha quedado definitivamente

con ella. Luzu, el más bebido, ha desaparecido, aunque dudo que con una chica. Estoy borracho. Me he informado de que, definitivamente, a ese Aitor le gusta el grupo humorista *el tricicle*. Esto último me molesta y ya quiero matarle.

A nuestro lado, Juan, Oscar y Andrés están tentando a unas quinceañeras con aspecto de fáciles, a las que conozco de algo, y que me miran nerviosas, probablemente excitadas, deseando que entre yo también en el juego de la seducción. Pero es demasiado pronto. Así que decido ensayar una de mis posturas más frías, aparentando ser inaccesible, duro, hostil.

Alberto habla de sexo con Asier. Yo estoy situado entre ellos, pero no les escucho, ya que intento evitar que me reconozca una chica con la que estuve hace un par de meses, la cual creo que llevaba el pubis rasurado, aunque no lo llegué a ver a pesar de haberla estado masturbando.

Me he enterado de que la pistola que encontré el sábado en Las Cortes es una *Star 9mm Parabellum*. Ahora, que estoy muy *cargado*, pienso sólo en ella, ensimismado. Curiosamente eso me provoca una compulsiva erección. También siento nerviosismo, aceleración, ansiedad. Intento olvidarla y resuelvo atender a la conversación de mis dos amigos. Alberto ha empezado a hablar sobre su novia:

- Estaba el otro día con Silvia en una fiesta que hizo un amigo suyo, en la que, por cierto, no conocía a nadie. Silvia se fue a hablar con unos chicos y tardó dos horas en volver...

- ¿ Te dejó *tirado*?- interrumpe Asier, divertido.

- La muy *puta* me dejó *tirado*. Pero me quedé bebiendo con una *tía* que me propuso un intercambio.

- No te creo- le digo, ofuscado.

- ¡ Que sí, que es cierto!- asevera, disfrutando-. Resulta que tenía un novio canario, un pelos...ya sabéis, de estos liberales...

- ¿ Bisexual?, ¿ un *maricón*?- Asier, sorprendido.

- No se, no creo. Según ella ya habían hecho varios intercambios...

- ¡ Qué *putón*!, ¡ a ver si me echo yo una así!- dice Asier.

- ¡ Venga, y qué!- le digo, creo que otra vez ansioso.

- Pues que la *tía* me puso *supercachondo*, y fui donde Silvia y se lo dije.

- ¿ Y?- pregunta alguno de nosotros dos.

- Que se enfadó.

- ¡ No *jodas*!- exclama Asier, evidentemente aliviado, como yo.

- ¿ Qué *golfa*, no?- digo yo, aparentando poco interés.

- Sí, me decía que ella no se lo hacía con ese pelos *ni-pa-Dios*, que yo hiciera lo que me diese la gana. Pero claro, *mosqueada*. Así que nada.

- Quiero que me presentes a esa *tía*, me la quiero *foliar*- yo.

- Bueno- dice Alberto-, la verdad es que hasta que no me la *tire* yo no la vas a conocer, que tu eres capaz de *jo-derme* el *rollo*.

- ¡ Venga ya!- exclamo, convencido de que tiene razón. Asier ríe, sin disimulo.

Hacemos una pausa para mirar a una rubia que entra, que está buena, y que dudo si se llama Marta o Eva, y si me lo hice con ella en una fiesta universitaria de empresariales o de derecho.

- Con esa *tía pillé* en fiestas de Bilbao- dice Alberto.

Asier dice que él también ha *pillado* con ella. Yo me callo.

Otra pausa es aprovechada para dar un trago a nuestras absentas, que están realmente detestables. El sabor es muy parecido al elixir bucal *licor-del-polo*, y es un poco anisada, pero muy fuerte, con unos cincuenta grados, aunque algunos que no lo han comprobado en la etiqueta de la botella todavía dicen que tiene más de ochenta. Lo que si es cierto es que la resaca del día siguiente llega a ser infernal.

- ¿ Sabéis algo de armas de fuego, de pistolas?- pregunto finalmente.

2

Tras haber tirado el resto de mi *zurito-con-absenta* contra la pared me he hecho con una *San Miguel*, que aquí vale ciento cincuenta, y después me he dirigido al váter. Ahora estoy esperando tras tres o cuatro personas. Compruebo que algunos están más borrachos que otros. Posiblemente, alguno de ellos vaya a mear.

En la cola me aborda Bernie, un camello de costo que es bisexual y que conoce los barrios bajos. Es el tipo que estaba buscando.

- ¡ Hombre!, si está aquí el niño prodigio de la bolsa, ¿ qué es de tu vida, muchacho?- me dice, gritando.

Conocí a Bernie en una conferencia sobre economía financiera que tuvo lugar en el salón de actos de la Universidad de Deusto. Tras la conferencia hubo una especie de tertulia y él y yo discutimos con uno de los ponentes sobre temas

relacionados con los factores que influyen en las alzas y bajas de las cotizaciones bursátiles. Nos hicimos amigos y quedamos un par de días para comer e intercambiar impresiones. Lo más destacable de este personaje es que estudia tercero de derecho, que siente pasión por los aviones militares y que está loco por metérmela por el *culo*.

- ¿ Qué es de tu vida?, hace un par de semanas que no te veo el pelo- le contesto.

- Bueno, ya sabes, estuve en Torrejón...

- Con tus *putos* aviones, ¿ no?.

- Claro, chico.

La cola del váter se ha consumido y es mi turno. Bernie entra conmigo, creo que *cachondo*. Me la saco y empiezo a mear en el lavabo.

- Oye, ¿ tu pasas *speed*?- le digo.

- No, pero en un cuarto de hora te puedo conseguir un gramo- responde, mirándome tímidamente a la *polla*, lo cual no me molesta tanto. Sí me molesta comprobar que la suya es mucho más grande que la mía.

- Te lo agradecería- me la estoy guardando ya, y ahora me ato los botones de los vaqueros -. ¿ Valdrá con esto?- le tiendo cinco mil pesetas.

- Seguro, espérame en este bar, que en un momento estoy de vuelta.

Cuando llego a donde se encuentran Alberto y Asier, que están hablando con una chica que se parece terriblemente a la portuguesa *puta* del *D'angelos*, me doy cuenta de que me he dejado la *San Miguel*, llena, encima del lavabo donde he *meado*. Entonces, voy a la barra y pido otra. Regreso. La chica que se parecía a la *puta* ya no está. Pregunto:

- ¿ Quién era esa *tía*?
- Es mi prima, Sonia, ¿ pues? - dice Alberto.

3

Alberto se ha ido con su novia Silvia, y ahora Asier y yo estamos buscando algunas chicas en el *Aitortxu*.

Bernie me ha conseguido el *speed* , que, según él, está muy bien pasado. Le he preguntado por la *Star 9mm Parabellum* y me ha explicado algunas cosas sobre ella. Además, me ha asegurado que me puede conseguir munición sin muchas dificultades, aunque a precio elevado.

Resulta que es una pistola automática, diferente del revólver, que es la típica pistola del oeste americano. Esta no tiene tambor giratorio, sino un cargador, situado dentro de la empuñadura, en la cual se encuentran, además, los seguros, el disparador y el percutor.

Otras piezas importantes de la automática son: el *cañón*, dentro del cual está la recámara, el *cierre* o *cerrojo*, que está atravesado por una aguja percutora, y la *corredera*, sobre la cual están el alza y el punto de mira.

La característica principal de esta arma es que aprovecha la energía de retroceso del disparo cuando la expansión de los gases de la pólvora se produce en todas las direcciones. Esta sólo encuentra resistencia vencible por delante, el *proyectil*, de poco peso, y por detrás, el *cierre* trasero, formado por un conjunto muy pesado en relación con la bala.

Resultado de esto es que la bala sale a una velocidad aproximada de trescientos sesenta metros por segundo y, por

el principio de acción y reacción, la energía que la ha impulsado es igual a la que hace retroceder la corredera y el cierre, a velocidades reducidas, ya que vencen su propia inercia y la acción de un fuerte muelle, llamado recuperador. Este impulso de nuevo el conjunto formado por el cierre y la corredera a su posición inicial, una vez que la energía del disparo se ha disipado. Con esta operación se consigue introducir una nueva bala en la recámara, desde el cargador.

Alberto y yo estamos en el váter, de pie frente a los urinarios.

- He *pillado speed* - le digo mientras meamos.

- ¡ No *jodas!*- me dice, sorprendido, viendo como ya he abierto la bolsita transparente y estoy preparando dos rayas encima de la *Visa*.

Me tiembla la mano de la excitación, ya que no tengo experiencia. Sujeto la *Visa* horizontalmente para que Asier se meta una raya. Luego él hace lo propio, y yo, con mi último billete de cinco mil, saboreo nasalmente ese polvillo blanco que espero me baje la borrachera hasta el nivel perfecto. Tras ello, nos miramos en el espejo, sonrientes, satisfechos y seguros de nuestras posibilidades. Entonces, salimos al bar.

En la pequeña pista de baile, que cruzamos para ir a la calle, nos encontramos con Luzu y Andrés, que se unirán a nosotros, y que nos anuncian que Juan y Oscar se han *enrollado* con aquellas quinceañeras.

4

El caprichoso reloj me informa de que ahora son las dos en punto de la madrugada, y no se si es él también el que me comunica que me quedan apenas tres mil pesetas. Ello va a obligarme a volver a la cafetería *La granja*, que es donde hemos ligado con las chicas con las que estamos, ya que al lado de ésta está el único cajero automático del que me fio.

Estamos en el *pub Crystal*, Andrés, Asier y yo, con Sonia, Beatriz, y Ruth. Luzu ha desaparecido con una Alemana amiga de ellas que apenas hablaba castellano, que tenía pinta de ser muy *zorra*, y a la que le sobraban seis o siete kilos. Probablemente ella le lleve al piso y, probablemente también, le haga una buena *felación* al estilo alemán. La chica no valía mucho, pero por ser extranjera le doy un cuatro.

Las tres que están con nosotros también parecen ser unas viciosas. La de Andrés, Sonia, está lejos de los cánones de belleza. Es patente su carencia de tono muscular, reflejada en unos prominentes *michelines*. Se ve realmente fea, y está muy pintada. Le doy un cero.

La de Asier es Beatriz, que llega al cuatro, lo que no deja de ser suspenso. No es fea, pero no logra disimular el grueso *culo* que tiene, a pesar de que, por su forma de vestir, es evidente que lo intenta.

Ruth, sin embargo, es delgadita. Me ha dicho que pesa cuarenta y siete kilos. Lleva tetas grandes y su cara es huesuda, no guapa, ni fea. Es morena, con el pelo liso sobre los hombros, y viste con sencillez, pero aprovechando sus encantos. Lleva unas mallas baratas de pana, unas bonitas botas marrones oscuras que le cubren los tobillos, y un niki ajustado, del mismo color que las botas, escotado, sin sujetador.

Marca los *pezones*, la mayoría del tiempo duros, y marca también la hendidura de su sexo, lo cual ha provocado que me haya sorprendido ya un par de veces mirándola ahí. Es una chica muy excitante. Un siete.

Ha sido fácil convencerlas. Asier, indiscutiblemente ayudado por la droga, les ha empezado a hablar en *La Granja* y yo le he hecho una buena cobertura. Andrés y Luzu han venido inmediatamente después. Parecían los leones hambrientos en época de sequía de un documental de National Geographic.

Luego hemos ido a un par de bares situados en la calle *Ledesma*, donde hemos tomado *tequila* jugando a los *chinos*. Estábamos los machos compinchados para que ellas bebieran y pagaran, pero no ha salido siempre bien, aunque hemos conseguido divertir las con el juego y ponerlas *lúbricas* con la bebida.

Sin salir del primer bar de *Ledesma* Andrés ya se estaba *morreando* con la gorda, y Luzu bailaba lentos con la alemana. Asier y yo teníamos a las mejores, pero no estaban decantadas las parejas, así que cuando se han ido juntas a mear, mi amigo, me ha dicho:

- ¿A ti, cuál te gusta?.

- La delgadita, la buena. ¿y a ti?.

- También, ¿qué te crees?.

- ¿A cara o cruz?- he propuesto.

- Vale- ha aceptado un sonriente Asier, al cual le encanta jugárselo todo a los dados, chinos, o a cara o cruz.

Asier ha sacado una moneda de esas que no se sabe si son de cincuenta o de doscientas hasta que miras lo que pone en ella, y que, en esta ocasión era de doscientas, y hemos dicho que elegiría chica el que primero ganase dos veces, y yo he elegido cruz, y él ha tirado al aire, y la moneda

ha aterrizado en la barra metálica del bar, y no hemos sabido si eso que ha aparecido era la cara o la cruz, y ha sacado otra moneda, esta vez de cien, y ha vuelto a tirar, y ahora sí hemos avistado que era cruz, y Asier, ofuscado, ha vuelto a lanzarla contra la barra, y de nuevo ha salido cruz, lo cual ha significado que él lo intentaría con la más fea.

Cuando las chicas han llegado del váter, donde probablemente también han estado eligiendo quién se iba a ir con quién, Ruth se ha colocado a mi lado y Asier, aceptando su papel, ha invitado a bailar a Beatriz. Yo he decidido no besarla todavía, si bien percibía que ella lo deseaba. Cada vez que me acercaba a su oído a hablarle ella se creía que la iba a besar, y cuando veía que no era así, notaba que se quedaba decepcionada.

Le he propuesto jugarnos a los chinos el último *tequila*, y ella ha aceptado. Entonces, tras decidir que sería yo el que hablaría primero, y, con una moneda oculta en mi mano, he dicho:

- Tres.

Y ella:

- Dos.

Y como ella guardaba tan sólo una moneda, me ha ganado, y he demandado dos tequilas al camarero, y ella me ha dicho que no quería otro, pero he insistido, y finalmente los hemos ingerido de un trago, sin sal ni limón. Y tras la mueca obligada, sin mediar palabra, me he acercado a su boca y he abierto la mía, y cuando ella ha notado el rozar de los labios ha abierto la suya sacando la lengua y buscando la mía, y pasándomela por los dientes, y chupándome la boca por fuera. Y he notado cómo su respiración se agitaba y también cómo mi miembro viril se hacía grande, y esto también lo ha notado ella porque se me ha juntado mucho más. Y, de repente, me ha dicho:

- Tengo novio.

Y eso me ha excitado aún más, y me ha hecho pensar que hay posibilidades de que me la pueda *follar* sin que luego me acose para salir con ella, y que no habrá ni siquiera necesidad de que le de el teléfono falso, puesto que no me lo pedirá.

- ¿ Te...importa?- ha añadido, dubitativa.

Ahora, en el *Crystal*, estamos jugándonos a los dardos unos licores de melocotón, entre Asier y su pareja, y yo y la mía. Andrés esta en una mesa con Sonia, metiéndola mano.

A pesar de no haber jugado nunca a los dardos, la confianza y concentración con que me ha dejado la última raya de *speed* han hecho que Ruth y yo ganemos la partida. Ahora contemplo cómo Asier paga más de dos mi pesetas por los cuatro licores.

Decidimos ir al piso de abajo, donde esperamos que haya mesas con un aire más reservado. Pero encontramos que únicamente hay una mesa de billar y un *futbolín*. Ruth me apuesta algo al *futbolín*, y le gano con facilidad. Cuando busco con la mirada a Asier y Bea constato que se han metido al váter de caballeros. Entonces, agarro de la mano a Ruth tirando de ella hasta el de señoras, y cierro el pestillo. Sin hablar, con dureza, la beso. Ella debe estar muy excitada a juzgar por su manera de comportarse.

Estamos de pie en ese pequeño recinto, ella contra la pared, y yo apretado a su boca y cuerpo. Ella me chupa los lóbulos de las orejas y el cuello, y gime cuando le meto las dos manos por debajo del niki y se lo subo hasta el pecho, dejando sus tetas al aire, y cierra los ojos cuando le chupo las *tetas*, y se excita increíblemente cuando le chupo la nariz,

primero por fuera y luego por dentro, notando los pelillos y ese sabor salado de la parte interior de las fosas nasales. Y ella me toca los músculos pectorales y los de la espalda, con detenimiento y admiración, y yo empiezo a morir de ganas de que me toque la *polla*, y decido meter mis manos por debajo de sus pantalones ajustados de pana, que no obstante son bastante flexibles. Y me doy cuenta de que no lleva bragas, y esto me vuelve loco de placer, y busco su coño, que está caliente, viscoso, resbaladizo, y toco el clítoris, duro y fugitivo, y capto el agujero vaginal, donde introduzco sin dificultad dos dedos, apreciando que no es ni mucho menos virgen, y ella suelta un grito, un suspiro de placer, y dice:

- Aquí no.

5

No necesito ir al cajero a por dinero porque me estoy llevando a Ruth a casa. Ella me agarra de la mano y me mira como enamorada, y noto que cuida sus palabras al hablarme, resultando ser bastante fina y educada, y me pregunto cómo puede salir con chicas como esa gorda de Sonia, la que está con Andrés.

- ¿ A qué te dedicas?- le oigo preguntar.

- Compro y vendo.

- ¿ Compras y vendes?, ¿ no estudias?.

- No, ya no estudio- respondo sin dar más detalles de los estrictamente necesarios, a la vez que pienso en la faena que me espera en casa con una chica que sale sin bragas, y también a la vez que disimulo el bulto que destaca en mi botonadura con una mano en el bolsillo, aprovechando para rozármela mínimamente.

- ¿ Y qué compras y vendes?.
- Títulos valores de participación social fundamentalmente, aunque en alguna ocasión me meto en mercados secundarios de opciones y futuros, y ahora estoy pensando en comprar deuda sudamericana.
- Eso es muy interesante. ¿ Y no tienes novia?.
- Sí- respondo, mintiendo, inventando-, estudia arquitectura en San Sebastián, pero ahora está en Dinamarca siguiendo un programa de intercambio universitario de esos que promueve la U.E.
- Yo el año que viene también quiero ir a estudiar al extranjero, me gustaría ir a Italia- me informa, noto cómo le tiembla la voz de la emoción.
- ¿ Y vas a dejar aquí a tu novio, solo?- indago.
- ¡ Qué remedio!, de todas formas es muy formal y muy bueno. Si no sale conmigo se queda en casa estudiando.
- ¿ Y le sueles poner muchos cuernos?- me atrevo a preguntar. Esto me excita.
- Últimamente, no, sólo si el chico me gusta de verdad- dice mintiendo.

En el camino nos sale al paso un pobre, borracho, que aparenta treinta y cinco años y probablemente no pase de veinticinco, y nos pide dinero, y ella no responde, temerosa, y yo le digo que no me queda nada, matizándole que me lo he gastado en bebidas y en *speed*, y se pone pesado, incluso me toca, y me suelta ese *rollo* de que acaba de salir de la cárcel y no le importaría volver a ella, y mete una mano en su raída chaqueta para fingir que lleva una navaja, y maldigo el no haber sacado de casa la *Star 9mm Parabellum*, y meto la mano en mi bolsillo trasero y saco la cartera, y el se relame del gusto, y saco las tres mil pesetas y le digo:

- La verdad es que me quedan tres mil pesetas.

Y él tiende su mano izquierda, semiescondida bajo un sucio y ajado guante recortado por los dedos, y sigo diciendo:

- Pero no se las voy a dar a un vago como tú.

Y esto no le gusta nada, pero hace como que no me ha oído, y suelta un ultimátum, y le digo:

- Me gustaría que me enseñes lo que tienes en el bolsillo, *mamón*- y Ruth se separa, muy asustada, y a mí no se me ha bajado el empalme.

Entonces descubro que yo estaba equivocado, porque saca una navaja, y tengo que actuar con rapidez, soltándole una patada alta al pecho, que le hace recular hasta una valla verde que separa la acera de la carretera, y la navaja cae a unos cuatro metros, y la doy una patada, mandándola más lejos, y el mendigo ladrón está atemorizado, y le pego un puñetazo en la zona abdominal, que tiene más blanda de lo que imaginaba, evidenciando que trabaja poco sus músculos, y le digo que es un *hijoputa* pobre, y que si no estuviera acompañado y no tuviera prisa me iba a entretener con él, y le escupo antes de enseñarle las tres mil pesetas y decirle:

- Mira, *cabrón*, mira lo que hago con las tres mil pesetas- y las rompo en pedacitos, delante de su perpleja mirada, y él tiembla, y yo me río, y le tiro los trozos a la cara y le digo:

- Te voy a buscar otro día- lo cual creo que no es mentira.

Al abrir la puerta del portal observo cómo ella pasa primero, y me fijo en su culo, casi perfecto, sin marcar la goma de las bragas que no lleva.

Ya en el ascensor, tras besarla con la lengua, empiezo a pensar si mis padres se encuentran o no en casa. Disimulo de mala manera un gesto de contradicción. No había caído en ese detalle, y me siento *jodido* porque no se si están o no

de viaje, de hecho, no recuerdo si les he visto esta mañana, ni ayer.

6

Tumbados en la cama de mi madre, vestidos, besándonos cada vez mas apasionadamente, le empiezo a meter las manos por debajo de los pantalones y no puedo evitar decirle:

- Lo que mas me gusta de ti es que no llevas ropa interior.

- Es que así estoy más cómoda.

- ¿ Lo haces muy a menudo?.

- Si, bastantes veces- lo dice susurrando, lentamente, mirando provocadoramente hacia abajo.

- Y, ¿ a tu novio le gusta?.

- No lo sabe, él es muy cristiano y pulcro, nunca me ha visto desnuda, y dice que no va a hacer el amor hasta que se case.

- ¡ Ah!- pensando quién será ese *pelele*, y metiéndola el dedo corazón por el coño, mientras le rozo el culo con el índice.

La beso con fuerza, ella me toca la polla por fuera, y yo decido desatarme el pantalón, y me empieza a masturbar, mirándomela, y me dice:

- Hueles muy bien.

Y le digo:

- ¿ Te excita el ir sin bragas?.

Y responde:

- Si.

- ¿por qué?

- No se, parece que vas como desnuda.
- ¿ Te atrae la posibilidad de que te puedan ver el *coño*?- digo, totalmente *salido*.
- Igual es por eso.
- ¿ Te sientes una *guarra*, no?- digo, jugándomela, temiendo su reacción.
- Sí- gime -, eso me excita.
- ¿ Te importaría que te llame *puta*?
- Llámamelo, venga, dime que soy una *zorra*.
- Te voy a follar, *puta*.

Y le quito toda la ropa en muy poco tiempo, y ella se tiende, sumisa, con los ojos cerrados, y se la meto sin *condón* y no dice nada, y de vez en cuando la llamo *puta* o *zorra* o *guarra*, y ella me dice que sí, que es una *puta*, o una *zorra* o una *guarra*; y en un momento bajo y pruebo su *coño*, y ella me la chupa en otro momento, y subo y se la meto de nuevo, y le digo que me voy a *correr*, *puta*, y me suplica:

- ¡ *Córrete* dentro!, por favor.

SABADO 3

1

Mañana el Athletic juega en Madrid contra el Atlético de Madrid y posiblemente perderá por dos a uno, con goles de Simeone para el equipo local y Goikoetxea para los nuestros.

Actualmente son las ocho y media de la mañana, y hace aproximadamente dos horas que he llevado a Ruth a su casa y he regresado a la mía, y hora y media más o menos que me he masturbado viendo la película porno de *Canal plus*, que había programado en vídeo previamente, y hora y cuarto desde que me he dormido, y en un par de minutos hará media hora que estoy soñando:

...Soy un taxista norteamericano, un cabby, como les llaman allí. Tengo uno de esos coches amarillos, grande, an-

cho, espacioso, en el que monta todo tipo de gente, incluyendo a la chusma, formada principalmente por putas, travestidos, chulos, macarras y negros, que me dejan el asiento trasero hecho una porquería, casi siempre con manchas de semen, e incluso de sangre...

...Al mirarme en el espejo retrovisor he constatado lo que ya imaginaba, tengo la cara de Robert de Niro...

...Estoy asqueado de la porquería que hay en esta ciudad, todo está sucio, tanto las calles como las personas. Poco a poco me voy dando cuenta de que yo soy un ser diferente, de que, a pesar del poco dinero que tengo, no se en qué gastarlo, ya que no me interesan todos esos artículos inútiles que la gente desea poseer sin necesitar. Estoy harto de esta sociedad consumista e hipócrita, carente de valores morales...

...Creo que me llaman Travis, y también creo que ese nombre me gusta, aunque no me importaría llamarme Henry Krinkle, por ejemplo...

...Hoy ha montado en mi taxi Martin Scorsese y me ha mandado llevarle a la puerta de una casa donde su mujer se lo estaba haciendo con un negro, y me ha dicho que la iba a matar, y no puedo recordar si finalmente lo ha hecho o no...

...Desde que una chica que se parecía increíblemente a Cybil Sheppard me ha mandado a la mierda por llevarle a un cine porno en nuestra primera cita, he decidido que tengo que hacer algo por cambiar esto, que yo soy el representante de la justicia, el elegido que va a limpiar esta ciudad...

...He comenzado a cuidar mi cuerpo para recuperar la forma perdida, y a poner mis músculos en orden, para que alcancen el tono necesario...

...Aquí es fácil conseguir armas como una Magnum o una treinta y tres, así que he encontrado algo en lo que gastar mi dinero. Pero mi pistola preferida sigue siendo la

Star 9mm Parabellum, que tiene un valor sentimental fuerte, puesto que la encontré en el barrio chino de una perdida ciudad europea...

...Con mi arsenal de ataque y defensa me gusta ensayar distintas posibilidades. Hago como que un macarra me insulta o me mira mal y yo le digo que si es a mi al que se refiere, y que no veo a otra persona por aquí, así que debe de estar refiriéndose a mi, y entonces saco una pistola que llevo camuflada en la manga de mi chupa militar, y el macarra se queda perplejo, y yo le digo que qué pasa ahora, apuntándole, y le llamo mamón y borde, y disparo...

...Estoy elaborando un plan de atentar contra el futuro presidente de los Estados Unidos, Jack Palantine, al que apoya en su campaña la chica que se parece a Cybil Sheppard, y al que lleve una vez en mi taxi...

...En un momento determinado una chica de unos trece años, con la misma sonrisa que Jodie Foster intenta subir a mi taxi, diciéndome que la saque de ahí, y su chulo es prostituta- se lo impide y me da veinte dólares por las molestias...

...Otro día veo a la misma chica haciendo la calle y la sigo, y acabo con ella, tras hablar con el chulo de los veinte pavos, un tal Sport, en el piso de un edificio que regenta un viejo odioso y corrupto, el cual me cobra por la habitación y nos cronometra. Ella quiere follar conmigo, y yo estoy indignado y quiero sacar a la chica de esto y llevarla con sus padres, pero se me lanza a la polla para chupármela y la aparto, llamándola pecadora, pero en ese momento escucho la voz del diablo, que es mi señor, que me dice que me la folle, y ahora tengo unas terribles ganas de joder a esa niña, y ya no soy Robert de Nyro, sino que he recobrado mi aspecto habitual, y, además, soy Satanás, el señor de la hoguera, y la empujo contra la cama y le digo que se desnude, y ella ríe y se

quita los pantalones y las braguitas de niña y me enseña su coño sonrosadito...

2

- ¿ Por qué me estabas mirando tan fijamente?- me pregunta la chica, a la que no había mirado ni un solo momento, pues no tiene mucho atractivo, aunque es delgada, pero viste como una sucia, probablemente sin serlo.

- Es que tienes unos ojos negros grandes preciosos- digo lo primero que se me ocurre.

- Oye, ¡ qué reloj tan bonito!, ¿ qué hora es?- exclama y pregunta tras una mínima pausa en la que he escuchado al fondo una fuerte música, un estruendoso *rock duro*.

- Son las doce y cuarto- respondo sin mirar el reloj.

- ¿ No serás Acuario, no?.

- No sé- contesto intentando demostrar indiferencia.

- ¿ No sabes de qué signo eres?, ¡ qué curioso!, todo el mundo sabe de qué signo es.

- Yo no, pero tengo una pistola debajo de mi ropamatzio.

- Seguro que eres Acuario. ¿ Cómo te llamas?.

- Patrick, pero me puedes llamar *pi-bi*.

- *Pi-bi*, es un mote, ¿ no?- dice la listilla, que de repente me empieza a dar lástima.

- No, son las iniciales de mi nombre y primer apellido, pronunciadas en inglés.

- Entonces eres Patrick B.

- Efectivamente.

- Y, ¿ qué estudias?.

- No estudio.

- ¿ Qué haces entonces?
- Compro y vendo.
- Yo estudio turismo en la Universidad de Deusto-me espeta, orgullosa. Estaba seguro de que esta chica estudiaba turismo en la U.D.
- ¿ Sabes quién es Jack Palantine?- pregunto.
- No, ¿quién es?- responde y pregunta la lista.
- Es el nuevo delantero centro negro que ha fichado el Athletic, ¿ cómo no puedes saber eso?- cuestiono con indignación y sorpresa.
- Pues no lo sabía, y eso que a mi padre le gusta mucho el fútbol- se explica la sucia. Luego cambia de tema:
- ¿Quieres tomar algo, Patrick?- me ofrece.
- No, ahora voy a ir a mear- asevero.
- Pues te voy pidiendo algo, si quieres- insiste.
- Un *J.B.* con hielo- respondo, esperando molestarla.

Vuelvo del váter, donde me he metido un poco de polvo blanco por la nariz que me ha puesto a tono, y allí sigue la chica sucia, con mi *J.B.*, que le ha costado un ojo de la cara.

- Tienes un peinado muy bonito- se lanza.
- ¿ Si, eh?- bebo medio Whisky de un trago, sin problemas, ayudado por la droga.
- ¿ Has bebido mucho?- se interesa.
- Si, y ahora, en el váter, me acabo de meter una raya de *speed*- explico con naturalidad.
- ¿ Me invitas a un poco?- dice, mientras sonrío con tímida coquetería.
- Sólo si me respondes a unas preguntas sin cabrear-te- hablo seriamente.
- Vale, empieza.

- ¿ Has ido alguna vez sin bragas?- hago mi primera pregunta.

- Si, en casa.

- No, no...me refiero a la calle. Ya sabes, llevar minifalda o mallas ajustadas sin nada por debajo...- aclaro.

- No, no soy una *puta*.

- Te has enrollado en alguna ocasión el mismo día con varios chicos- hago mi segunda pregunta.

- ¿ Te piensas que soy una *puta*, no?.

- Yo no pienso nada.

- Pues lo parece.

- Venga, la última. ¿Cuál es el sitio más extraño donde te has masturbado?.

- Oye, creo que te estás pasando, y pienso que no eres Acuario, sino Aries, así que me voy, que me están esperando, y a ver si encuentras una tía que te aguante esas groserías- se va. Yo me quedo en la barra, con el vaso de J.B. en la mano, divertido por su reacción y pensando lo diferentes que son unas chicas de otras, en realidad, lo distintos que somos unos de otros.

3

Vuelvo a casa por la calle Bailén, que está solitaria, desértica. El efecto del *speed* no ha durado tanto como ayer, y necesito descansar.

He dejado a Carlos, Alberto y Juan con un grupo de chicas que prometían, pero no me apetece otra bacanal de sexo como la de la noche pasada. Además, he visto a Ruth con su novio, el casto, y me ha saludado incómoda, y yo he sido diplomático y no he levantado sospechas, pero Luzu conoce al chico, un antiguo estudiante de *Munabe*, y posiblemente

me pueda conseguir su dirección, y posiblemente le escribiré un anónimo, sin implicar a Ruth, diciéndole que es un jodido virgen maricón y cornudísimo, y posiblemente le escribiré, también, cuadernos enteros con poesías o amenazas de muerte, y posiblemente le darán de ostias unos negros de mierda con los que he coincidido en varios váteres, y es seguro que luego le mataré.

He atravesado toda la calle sin encontrarme con nadie. Nadie que vuelva a su casa por aquí, ninguna *puta*, ningún travestí, ningún negro, ninguna chica que se me cruce, a la que pueda mirar al *coño* con atrevimiento. Es en el momento en que alcanzo el cruce con la calle San Francisco cuando he exclamado en voz baja, para mí:

- Bilbao es una *puta*.

Y ahora estoy a pocos metros de la plaza *Zabalburu*, que está cerca de donde vivo, y antes de cruzar el puente que hay sobre las vías distingo una figura, la primera persona que veo en el camino, un alma. Y resulta que, al llegar a su altura, le reconozco. Reparo en que es el mismo pobre al que robé la navaja ayer mientras recogía cachitos de los billetes que rompí en su cara, y viene hacia mí y me dice:

- ¿Tienes un cigarro?.

Y seguramente no me recuerda. Y yo, que llevo la *Star 9mm Parabellum* escondida en algún lugar de mi vestimenta, decido perdonarle, pues estoy cansado, aburrido, apático. Y sigo mi camino.

4

En casa vacío el cargador de la *Star* sobre la canasta del pan y me observo en el espejo del dormitorio mientras apunto y disparo. Después ensayo, como *Travis en Taxi driver*, y me río tras repetir esa escena una y otra vez, sobre todo tras ver la cara de seriedad y de enfado que llego a poner.

Luego me meto en la cama. Duermo durante diez minutos. Vuelvo a soñar con el diablo. Pero me despierto con una fuerte necesidad de mear, si bien no me apetece ir hasta el cuarto de baño, y decido aguantarme. Entonces recuerdo que al lado de mi cama tiene que estar la botella de agua que ayer traje para aliviar la resaca y esa sed tremenda que suelo tener cuando despierto de repente, a mitad del sueño, y veo cómo el alcohol huye de mi cuerpo. Así pues, alargo el brazo y encuentro, no sin dificultades, la casi vacía botella de agua, y derramo su contenido sobre la moqueta, y calzo la punta del miembro viril en el orificio, y meo durante cerca de cuarenta segundos, y cuando termino cierro el tapón y la palpo, calentita, y, finalmente, la coloco con cariño en el lugar del que la cogí.

Poco después me encuentro desvelado. Me ha abandonado el cansancio, pero no estoy excitado, así que rechazo la idea de masturbarme. Salgo de la cama, busco una vieja agenda, y me dirijo hacia el teléfono. Son las cuatro y media de la madrugada, una buena hora para las llamadas obscenas.

Voy a llamar a esos teléfonos que suelo recoger de chicas que ponen anuncios en las carteleras de las universidades. Tengo uno de una que se ofrece a pasar trabajos a máquina por una módica suma de sesenta pesetas el folio, se

llama Pilar. Marco ese teléfono y no contesta nadie, cuelgo y vuelvo a marcar, y esta vez coge su madre, dormida:

- ¿ Quién llama?...

- Hola, ¿ está Pilar?.

- ...Pero, ¿ quién es, quién llama a estas horas?.

- Verá, es que tengo un asunto para su hija, se trata de un trabajo que quiero mecanografiar...

- No ha vuelto todavía, ¿ eh?.

- Pero, es ya muy tarde, ¿ seguro que no ha vuelto?.

- Seguro, aquí no hay nadie...

- ¿ Estas sola?.

- ¿ Qué quieres?.

- ¿ Duermes desnuda, llevas braguitas?.

¡ *CLOC!*

- ¿ Diga...?- voz de dormida, he llamado a una chica que quería compartir piso con otras estudiantes.

- ¿ Eres Olga?.

- Sí, ¿ quién es?.

- Vivo enfrente tuyo, creo que ya sabes quién soy.

- No, no se quién eres.

- Soy el que te mira desde la ventana cuando te desnudas y no cierras las cortinas...

- ¿ Que me miras cuando me desnudo?.

- Si, tienes unas tetas preciosas, y te gusta tocarlas, también te he visto masturbándote...

¡ *CLOC!*

He llamado a otras dos chicas sin éxito, y ahora marco el número de una que quiere cuidar niños, que estudia *químicas*, y que debe de estar en un piso sola, sin padres, a tenor de su anuncio, en el que dice que es de Santander:

- ¿ Si...?- voz alegre y música de fondo, parece una fiesta.

- Isabel, soy yo.

- ¿ Quién?

- ¿ No me conoces?

- Ah, creo que ya se quién eres...

- ¿ Qué haces, una fiesta?.

- Si, con las amigas del piso, se nos han acabado ya las bebidas y la gente se está yendo, ¿ quieres venir?.

- Si voy, ¿ podremos *follar*, tú y yo?.

- Es que estoy con un chico.

- Me gustaría que te tocaras un poco el *coñito*, y me contaras cómo lo haces y qué sientes.

- No puedo, hay gente mirando, si quieres te llamo luego, ¿ cuál es tu teléfono, que no lo tengo?...

Tras darle el número del teléfono de Luzu, cuelgo, ya excitado y llamo a una belga que pone en su anuncio que quiere contactar con españoles para perfeccionar su castellano, pero coge el teléfono un chico, y *paso* de decir nada. Tan sólo hago muecas, gestos y gemidos guturales.

Sólo me queda un número, de una tal Idoia, que también se ofrece a compartir un piso, por lo cual supongo que no estará con sus padres.

- ¿ Dígame?- voz suave de chica, me gusta, me calienta. Ya me la meneo lentamente.

- ¿ Idoia?- pregunto.

- Idoia no ha vuelto aún.

- ¿ Y tú, cómo te llamas?.

- Tamara, ¿ quién eres?.

- ¿ Qué estabas haciendo, Tamara?.

- Viendo la tele...

- A estas horas seguro que alguna película erótica, ¿ no?- pregunto salido, masturbándome más rápido.

- No, nada en particular.

- ¿ Estás *cachonda*, Tamara?.
 - ¿ Por qué preguntas eso?, ¿ a ti qué te importa?.
 - Es que me la estoy meneando, estoy a punto de correrme...
- ¡ CLOC!.

LA BOLSA

1

Jimmy, que es como llamo yo a Jaime, ronda los treinta años y está forrado. Vive en un chalet en las afueras de Bilbao, y tiene una novia rubia que se llama Carolina, creo que adicta a la *coca*, muy delgada y con tetas grandes, que monta un *Maserati* rojo.

Jimmy es rubio y se peina el pelo con espuma, hacia atrás. Viste siempre con chaqueta, corbata y vaqueros, y es raro verle sin gafas de sol, aunque le tapen sus espectaculares ojos azules.

En lo que respecta a mentalidad y forma de pensar, es la persona más parecida a mi que conozco. Sólo hay dos temas sobre los que tenemos diferencias: la bolsa, sobre la

que él se cree el mejor, y lo es, y el Athletic, puesto que a él no le gusta Ander Garitano, mi jugador preferido.

En cierta ocasión le dije:

- Eres un *hijo de puta*.

Y me contestó:

- Bueno, el mundo está lleno de *hijos de puta*. No es tan grave que yo sea uno más.

Y lo es.

Cuando Jimmy y yo hicimos aquella apuesta sabía que esto podría suceder, era lo más probable. Pero ello no significa que por haberla perdido no este *jodido* en mi orgullo. Además, he estado mucho más cerca de lo que imaginaba, lo hice realmente bien, pero un golpe final de mala suerte me ha hecho *morder el polvo*.

El día diecisiete de Noviembre entregué a Jimmy el sobre cerrado que contenía detalladamente los valores bursátiles que me comprometía a adquirir, y las cantidades que iba a invertir en cada uno de ellos, y Jimmy me entregó a mi otro similar suyo.

En la apuesta no había límite de dinero a emplear, ello era libre, pero se estipulaba que tendríamos que comprar acciones de cuatro bancos, dos eléctricas, dos empresas de alimentación, dos de comercio y seguros, una de textil y papeleras, una de inmobiliarias, una de minero-siderúrgicas,

una de automóviles, dos de inversión mobiliaria, dos de químicas-energía, dos de cementos y construcción, una de metal-mecánica y una de transportes y comunicaciones.

En total veintidós empresas, que nosotros elegiríamos según nuestro criterio, compraríamos, en la cantidad que estimásemos oportuna, y venderíamos hoy, un mes después de la compra, día diecisiete de Diciembre.

Aquel de los dos que más plusvalía obtuviese con las inversiones indicadas en aquellos sobres sería el ganador de la apuesta, es decir, se quedaría con la ganancia obtenida por el otro. Y yo, por una mísera diferencia de seis mil pesetas, he perdido quinientas cuarenta y siete mil, que seguro que el *cabronazo* se las gasta en montarse un par de orgías de *coca* con su novia y algunas otras chicas.

2

Sin poder quitarme de la cabeza el asunto de la bolsa, y escocido por las bromas que he tenido que aguantar a Mister Jaime, regreso por la autopista, cabreado, tras llevar al colega a su chalet, donde, por cierto, estaba Carolina esperando, *colocada*, vestida tan sólo con un *niki* largo que le tapaba las bragas, que, no obstante, sé que eran rojas, ya que no ha tenido reparos en enseñármelas, con la indiferente complacencia de Jimmy.

Estoy entrando ya en la calle Juan de Garay, que desemboca en la plaza *Zabalburu*, y voy pensando en intensificar mis ejercicios de hoy, que en un principio, por ser martes, deberían de ser simplemente de mantenimiento del tono

muscular, pero en vistas de que estoy muy *quemado*, siento la necesidad de descargar mi furia, lo cual puede que consiga con media hora de golpes al saco de *boxeo* que cuelga del techo de la habitación-gimnasio que he hecho montar en casa, en la cual tengo, además, un par de aparatos de musculación, un banco de abdominales y dorsales, un aparato de simulación de subir escalones, una bicicleta fija, un aparato de remo, todo tipo de pesas y tensores, y una pequeña sauna.

Cuando paro en uno de los múltiples semáforos de la calle Juan de Garay me vuelvo a sorprender pensando en cómo el clima de enorme volatilidad financiera que vivimos me ha jugado una mala pasada. Hace cuatro días le sacaba a Jimmy más de cincuentamil pesetas de diferencia, pero la desconfianza que respiran los inversores se traduce en constantes turbulencias, una de las cuales me ha perjudicado de manera ostensible, sobre todo porque, a pesar de que yo preveía tal desenlace, me encontraba maniatado, porque no podía vender hasta hoy, según la apuesta. Finalmente, el temor a nuevos ataques sobre la peseta, el miedo a nuevos desplomes de la bolsa, la posibilidad de que la deuda siga cayendo, y, sobre todo, la crisis política, han sido los factores que han decantado mi fracaso.

Un pobre que vende pañuelos de papel, y que siempre está en este semáforo, y que siempre me molesta, y al que nunca he respondido, me hace señas de que baje la ventanilla, y en un principio hago que no le veo, imitando la cara de *Clint Eastwood* cuando se hace el duro, y él insiste, y, finalmente, bajo la ventanilla, y le digo:

- No quiero nada.

Y me enseña los pañuelos.

- No tengo mocos- aseguro.

E insiste. Y me siento muy cabreado, y me doy cuenta de que tengo mucha manía a este pobre, y le especifico.

- Mira, *cabrón*, todos los días que paso por aquí me ofreces esos *putos* pañuelos, y nunca te he comprado ninguno, porque me eres muy molesto, y no quiero que vuelvas a venir a *joderme* ningún día más, ¿entendido?.

Y el pobre se mosquea y le da una patada a la puerta del coche, sin abollarlo, y ya con el semáforo en verde aprieto el freno de mano y abro la puerta con fuerza, golpeándole tal como ví en alguna película, y llevo en la mano a la *estrella* de nueve milímetros, y los coches pasan a nuestro lado indiferentes, salvo uno, del que asoma un joven elegante y que escucha electro house del bueno, que grita:

- ¡ Mátalo ya!.

3

Son las tres de la tarde y estoy en el monte *Archanda*, que está a las afueras de Bilbao, y siento hambre, y ya me estoy empezando a aburrir de torturar al pobre, que está atado a un árbol, llorando.

Traerle hasta aquí no ha sido complicado. A punta de pistola le he obligado a subir al coche:

- ¡ Sube al coche, *cabrón!*

Y una vez dentro, para eludir que me molestase mientras conducía, y para evitar oír sus súplicas y disculpas de cobarde, le he golpeado bastante fuerte en la cabeza, haciéndole dormir un rato, lo cual, además, le ha hecho sangrar abundantemente, arruinando la tapicería del asiento, siendo esto lo que, añadido al olor del indigente, me ha hecho conducir más aprisa.

Tras arrastrarle hasta este apartado lugar, le he atado a un árbol concienzudamente, probablemente dejándole marcas en las zonas oprimidas por la cuerda.

Luego he esperado a que despertase, impaciente, y al final he tenido que echarle aceite de coche, del que me sobró de la última revisión, por la cabeza, y darle patadas en las piernas, y pincharle con la navaja multiusos en un muslo, con lo que ha vuelto en sí para descubrir, aterrado y perplejo, lo que le estaba sucediendo.

Tras unos segundos ha reaccionado y se ha puesto a gritar, y le he tenido que encañonar con la *Star*, con lo que ha callado, y le he metido una fruta rara, una especie de piña seca que había por allí, en la boca, y he enrollado bastante cinta adhesiva de esa de embalar, marrón, que se usa en realidad para todo, en torno a ésta.

Después he dicho:

- Hoy es tu día de suerte, mendigo. Eres una escoria, un residuo social, la última lacra del sistema, un componente de las cloacas de la sociedad capitalista. Pero hoy, por fin, la suerte ha llamado a tu puerta. Y ello ha ocurrido porque te has encontrado conmigo, la persona a quien deberás agradecer en el futuro el haber acabado con tus penas. Si, *jodido* pobre, pobre de *mierda*. Voy a hacer por ti lo que tú no te has atrevido a hacer en lo que llevas de vida. ¿ Cuántas veces has pensado en tirarte a la ría, o saltar bajo un camión, o bajo el tren, eh?. Yo lo voy a hacer por ti, y voy a librarte a ti de la sociedad, y a la sociedad de ti, y las dos partes vais a salir ganando...

Y levantando la *Star 9mm Parabellum* a escasos centímetros de su cabeza, que movía frenéticamente, abriendo los ojos hasta el límite, intentando gritar, probablemente a punto de tragarse la piña, sudando, temblando, he esperado medio minuto, observándole, disfrutando de su angustia, acariciando el gatillo, intentando poner cara de loco, y finalmente, he dicho:

- Muere, cerdo.

Y he apretado el disparador, y ha sonado el ¡ *CLAC!* típico que delata que la pistola no está cargada, y me he reído, sobreactuando, y tras unos segundos he parado de gozar y he vuelto a poner la cara de loco, muy serio, y le he dado una patada en el estómago. Tras ello, le he susurrado:

- ¿ Qué te crees, *hijo de puta*, que te vas a ir de la vida sin sufrir, qué *ostias* te creías?. Las vas a pasar muy *putas* conmigo, *cabrón*. La verdad es que has tenido muy mala

suerte, ya que tú vas a pagar por todos los de tu especie que me molestan a diario.

Y le he dado otra patada, y le he echado un poco más de aceite de coche sobre la herida de la cabeza, y le he dicho:

- No logro adivinar cuál es tu marca de colonia, ¿*Loewe*, quizás?.

Y me ha mirado, con los ojos inyectados en sangre, y le he dado otra patada más, y le he gritado:

- ¿*Loewe?*, ¿ es *Loewe, cabronazo?*.

Y me he acercado mucho más a él y le he siseado:

- Ahora te voy a hacer unas preguntas, y quiero que me contestes, así que te voy a quitar la mordaza, y si gritas te la voy a poner otra vez, y te haré cortes en las piernas y los rociaré con alcohol. Así que espero que te portes bien, y te daré un caramelito.

Entonces he tirado de la cinta adhesiva, le he ordenado que escupa la piña, le he dicho que si contesta correctamente a mi interrogatorio igual le dejo libre, le he preguntado que qué le parecía, y ha contestado:

- E...esta bien.

Y he comenzado: ¿ tienes algún traje de Armani?.

- No se.

- ¿ Si o no?- dándole una fuerte bofetada, gritando, aparentando estar muy disgustado.

- N...nno- temblando.

- ¿ Qué nivel de flúor tiene tu marca de pasta de dientes?- me ha mirado sin responder, inseguro, en el límite del miedo.

- Está bien, me estás decepcionando. Pregunta número tres: ¿ Sabes lo que es un *stepper*?- ha movido la cabeza, sollozando.

- Lo estas haciendo muy mal, si sigues así te voy a torturar. Pregunta cuarta: ¿ Sabes quién es *Patrick Bateman*?- ha respondido que no.

- ¿ Pero, no sabes nada?- le he vuelto a abofetear, él me ha suplicado que le mate ya, y yo le he dicho que no se sabía la lección, y que le iba a seguir preguntando, y le he hecho la quinta pregunta.

- ¿ Sabes quién es Arturo Romaní?- y ha dicho que no, desmoralizado, colgándole la baba por la barbilla.

- Sexta pregunta: ¿ Sabes cuál es la última película de *Quentin Tarantino*?

- *Pulp fiction*- ha respondido, dejándome asombrado.

- ¡ Joder!, has tenido suerte, *cabrón*, has salvado tu vida, pero como has fallado las cinco primeras te voy a castigar.

Y he sacado la navaja y la he abierto y untado de aceite de coche y de un poco de mugre que había por aquí, y se la he clavado cinco veces en el muslo, haciéndole heridas superficiales. Luego, informándole que era de propina, le he clavado una más en la otra pierna, esta vez intentando llegar al hueso. Y finalmente he encontrado el alcohol en el coche, y le he rociado las heridas, aconsejándole que no gritase más de lo necesario.

Y es ahora cuando decido que me voy a ir a comer a casa, y, delante de sus narices, meto balas en el cargador de la *estrella*, y le comienzo a aflojar las ataduras, dejándole de tal manera que en pocos minutos podrá soltarse él por su cuenta, y le digo:

- Ahora me tengo que marchar, amigo, siento no poder quedarme a hacerte compañía, pero tengo mucha hambre, y todavía no he hecho mis ejercicios musculares de hoy.

Entonces, sacando un billete de diez mil pesetas de los nuevos, y dejándolo en el suelo, a su lado, le digo:

- Esto por las molestias. Y espero no volver a verte en aquel semáforo ni en ninguno, porque sino te mataré.

Añado:

- Ahora espera a que me haya ido antes de intentar soltarte.

Más tarde subo al coche, cierro la puerta y bajo la ventanilla. Le reprocho que me ha dejado el asiento hecho

una porquería. Tras ello me voy tarareando, sin saber por qué,
esa antigua canción de *John Lennon, El loco de la colina*.

FIN DE AÑO

1

Las Navidades están pasando como si de una película se tratase, casi todo el rato en *cinemascope*.

Me siento como un espectador de mi propia actuación en un filme celulóidico, siéndome a veces desconocido y otras veces familiar lo que en él sucede.

La música que ha sonado de fondo durante todo este ciclo, que empezó el jueves veintidós y termina hoy, sábado, treinta y uno, ha sido, sin un sólo momento de pausa, el conocido *Adagio* en sol menor de *Tommaso Albinoni*.

El día veintidós comenzaron las vacaciones mis amigos, y fuimos a una fiesta universitaria que organizaba la clase de alguno de ellos para obtener fondos para el viaje de estudios.

Recuerdo que me emborraché tanto que Bernie, aquel camello de *costo*, me convenció para que me le comprara medio *tripi*, que es *LSD*, y este me *colocó* de tal forma que no me dio tiempo de entrar a ninguna *tía* de lo que me estuve riendo con Juan, que se comió el otro medio, de unos amigos de Luzu, a los que creo que llamamos *maricones* y todas esas cosas, según el propio Juan me recordaría al día siguiente.

Y también recuerdo que le conté a Carlos que tenía una pistola, y menos mal que no se debe de acordar o, con más probabilidad, no me creyó, aunque maldigo el haber abierto tanto la boca.

Y ahora recuerdo que Bernie se me estuvo insinuando toda la noche, y me dijo que era el chico más guapo que conocía, y en un momento determinado me intentó dar un beso en la boca, y a mi me entró la risa, y él también se rió. Y luego le encargué más balas para mi pistola, y más *speed*.

Cuando llegué a casa esa noche comencé a escuchar el *Adagio* de *Albinoni*, y todavía no he parado de sentirlo, a veces dentro de mi cabeza, y otras saliendo de lugares inverosímiles, como los radiadores de casa, o el exprimidor de naranjas, o el claxon de los vehículos.

Y desde entonces, he soñado todas las noches con el diablo, diciéndome que el año noventa y cinco será mi despertar, e informándome de que ya estoy preparado. Y algunas veces el diablo tenía la cara de Jimmy, y me decía que sería un buen discípulo.

Al día siguiente el malestar fue tan espantoso que decidí no volver a probar jamás el *LSD*. Fue una resaca ex-

traña, ya que además de la cabeza y el estómago, me dolían las articulaciones y los músculos, y me entraban ganas de dormir para evitar tal sufrimiento, pero me era imposible. Además, me hice tres *pajas* en dos horas.

Y lo peor fue que era viernes, y al día siguiente nochebuena, con lo que se perdería el sábado, por lo que era obligado aprovechar esta jornada, así que comencé a rebajar la resaca desde la mañana con ciertas dosis horarias de *Whisky* de malta.

Ese día me llamó Jimmy para invitarme a comer y proponerme *no-se-qué* negocio, probablemente otra apuesta, y le dije que me encontraba muy mal, pero que me iba a pasar por su residencia sobre las cuatro de la tarde.

Así que fui allí, creo que borracho, y me dijo al verme que tenía una pinta nauseabunda, y Carolina dijo que estaba muy guapo, y Jimmy le respondió que a ella le gustaban todos, llamándola *golfa* cariñosamente, y ella explicó que todos no, pero que yo sí, y Jimmy me dijo, creo que sin bromear, que por dos mil duros me la podía tirar, y yo le respondí:

- Esta noche soñé contigo, Jimmy.

- ¿ No sería alguna *mariconada*, no?- dijo él, ahora con sorna.

- No, eras el diablo.

Y los dos se rieron y chocaron unas copas de *Champán* que detentaban, y me ofrecieron algo de beber, y me sorprendí diciéndoles que si tenían *cocaína*, y fue cuando Carolina me cogió de la mano y me dijo:

- Ven conmigo.

Y me llevó al piso de arriba, y entramos en una habitación donde había una chica desnuda, creo que una prostituta, y me puso una raya, y se metió otra, y luego le pedí más:

- ¿ Podrías pasarme un gramo?.

Y me pasó un gramo.

- ¿ Qué te debo?.

- La voluntad- y me besó con lengua, y me volvió a coger de la mano, y volvimos donde Jimmy, que me dijo:

- Límpiame el carmín, por favor- con guasa.

Y luego, tomando café, me aclaró que me había llamado para proponerme una partida de *Póker* con un conocido suyo, y le dije que me apetecía muchísimo, y quedamos para el día veintinueve, en su casa, y añadió:

- Tráete a dos amigos, es mejor que seamos cinco.

2

Esa noche empecé a salir con Ruth. Tropecé con ella en el *kaixo*.

- Te estaba buscando- me dijo, tras pronunciar mi nombre con timidez.

- ¿ Ah, si?- creo recordar que respondí.

- La verdad es que llevo una semana haciéndolo.

- ¿ Por qué?.

- He *cortado* con mi novio.

- Ah.

Fuimos a la barra, pedimos un par de *gintonic*s, y cuando dejamos de besarnos, dije:

- Un momento- y me dirigí al camarero.

- ¡ *Jefe!*, ¡ eh, *jefe!*.

- ¿ Si?.

- ¿ Podríais poner el *Adagio en sol menor* de *Albino-ni?*.

- No, aquí no ponemos eso.

Pero aun así, yo lo escuchaba, y ahora sabía con certeza que esa melodía no salía del equipo de música del *Kaixo*.

El sábado fue Navidad, y vi con Ruth una película en el cine *Capitol*, en la que estuve seguro de que actuaba Jimmy, e hice la siguiente observación:

- Conozco a ese actor.

- ¿ A *Tom Cruise* ?.

Y me quedé asombrado, porque el actor que hacía de vampiro y me miraba no debía de ser Jimmy, pero, aunque éste no se parezca en absoluto a *Cruise*, para mi lo era.

Y me enfadé mucho, aunque no le dije nada, cuando le metí la mano por debajo de la minifalda y comprobé que llevaba bragas. Claro que, quizá tuviese la regla.

El domingo, como regalo de Navidad, invité a Ruth a Ibiza. Cogimos un *DC-9* de *Oasis* desde el aeropuerto de *Sondica* por la tarde, y en algo menos de una hora estábamos allí.

Los tres días que estuvimos los pasamos haciendo garradas y metiéndonos *coca*, y *follando* con *coca* en los genitales, lo que te permite hacerlo muchas veces, y practicando el exhibicionismo, y bebiendo *Vodka* mezclado con *Kalhua*, y haciendo llamadas anónimas a su ex-novio llamándole *pringado*, y comprando ropa muy *sexy* para ella, y cocinando pasta, y bañándonos desnudos en la playa por la noche,

gritándonos cerdadas, helados de frío, y revolviéndonos en la arena al salir, y chupándonos los culos con posterioridad.

Y le regalé el *Adagio* de *Albinoni*.

El día que regresamos a Bilbao, paseando por el puerto, entramos a una confitería que estaba al lado del bar *Mar y sol*, y vi unas pastas con una pinta estupenda y pedí cien gramos, calculando que entrarían unas seis, pues no quería más, ya que mi tono muscular estaba en peligro, tras cuatro días sin hacer ejercicio, y la confitera me puso ciento sesenta gramos, y me dijo:

- ¿ Te pongo así?.

- Pero ahí hay ciento sesenta gramos, ¿ no? - atiné a preguntar.

- Si, sale un poco más- respondió con sosa indiferencia.

- Yo he pedido cien gramos- observé con seriedad.

- Bueno, se pasa un poquito- insistió.

- Se pasa el sesenta por ciento, señora, no un poquito, más de la mitad de lo que le pedí, y yo no quiero tanto.

La chica, enfadada, quitó dos pastas y me dio los cien gramos, sin decir ni una palabra, y al irnos, Ruth me dijo que me había pasado, y yo le respondí que estaba harto de que siempre me pusieran de más en las compras a peso, y le

ofrecí pastas, y dijo que no le gustaban, y como estaba todavía irritado las tiré al mar sin probarlas.

3

El día veintinueve nos presentamos en el chalet de Jimmy Alberto, Asier y yo.

Alberto llevó una caja de puros, Asier una botella de *Pacharán* y yo una de *Whisky* de malta que compré en el aeropuerto de Ibiza.

Jimmy había preparado una mesa redonda cubierta por un tapete verde, con cinco sillas alrededor, y una lámpara encima. La habitación estaba iluminada tan sólo por esa lámpara, que alumbraba justo el tablero.

Al lado de la mesa había un carrito con bebidas, hielo, y cosas de comer, básicamente aceitunas y patatas, y creo que unos bombones baratos. En el centro del tapete nos esperaba una baraja francesa sin estrenar y unas fichas que harían de instrumento de apuesta, de colores amarillo, azul, verde y negro, que se correspondían con cien, quinientas, mil y cinco mil pesetas.

Jimmy nos presentó a su conocido, un tal Ricardo, con pinta de duro, que no bebió ni fumó nada durante el tiempo que duró la partida, y que consultaba una hoja de vez en cuando, probablemente para desconcertarnos.

Antes del reparto de fichas me serví un *Whisky* con hielo y me hice con un puro. Me sobreexcita jugar al *póker* con un puro y un *Whisky* en la mano, es la gloria.

Jimmy se colocó justo enfrente de mí, Ricardo a su derecha, y Asier y Alberto a mis lados izquierdo y derecho respectivamente.

Todos cambiamos dinero por fichas. Yo, en concreto, tenía a mi lado cuarenta amarillas, veinte azules, veinte verdes y seis rojas.

Gané la primera mano con un trío de reyes. Y cuando yo gano la primera mano, siempre acabo ganando bastante dinero.

A partir de ahí el tiempo pasó rápido, aderezado por cartas, alcohol, dinero, gritos de júbilo, risas, lamentos, insultos, humo, más dinero, más gritos...

Asier hizo bastantes faroles, que ese Ricardo le pillaba constantemente, y Jimmy demostró ser un maestro. Alberto perdía dinero por mala suerte, pues si tenía *escalera*, alguien sacaba un *full*, y si llevaba *full*, alguien tenía *color*.

La partida duró cerca de cuatro horas, y todos estábamos borrachos, salvo el conocido de Jimmy, cuando aposté mil pesetas con un mísero trío de seises, y todos pasaron, salvo Ricardo, que dijo:

- Tus mil, y cincuenta mil más.

El se había descartado de una, y aquello olía a escalera, así que iba arrojar las cartas sobre la mesa cuando miré a

Jimmy, del que adiviné unos ojos extrañamente rojos tras el humo de su puro. Repentinamente, abrió la boca, de la que salía sangre, y oí la misma voz que el diablo tiene en mis sueños, que decía:

- Es un farol, *jode* a ese *cabrón*.

Y entonces, le jodí:

- Lo veo.

Y Ricardo no ligaba ninguna jugada de interés con sus cinco cartas.

Gané doscientas cincuenta y siete mil seiscientas pesetas. Jimmy ganó cerca de trescientasmil. Asier y Alberto perdieron algo menos de cienmil cada uno, Ricardo perdió bastante, y se fue cabreado porque nos entró la risa la última vez que perdió.

Justo antes de marcharnos, en el váter, meando, le dije a Jimmy:

- Gracias por la ayuda de antes.

- ¿Qué ayuda?.

- Cuando me has dicho que Ricardo iba de farol.

- Yo no te he dicho nada- espetó seriamente.

Hoy acabará el año noventa y cuatro, y ello requiere unos preparativos para la noche que se avecina.

Me he levantado pronto, y aguantando la resaca he ido a comprar unos regalos y unas botellas de *Vodka*, *licor de café*, y de un *Cognac* jerezano que le gusta a mi padre.

Todo esto lo he hecho muy cabreado, ya que ayer jugamos otra partida en casa de Jimmy, esta vez de *Black Jack*, la versión americana de las siete y media, y perdí más de cincuentamil.

Antes sólo había jugado al *Black Jack* contra el ordenador, en un juego que venía con la última versión de *Windows*, y a la máquina le ganaba sin dificultad. Pero Jimmy se las sabe todas, y pasarán muchos años hasta que los discípulos de *Bill Gates* puedan crear un programa que supere a la cabeza de ese *hijo de puta*.

La furia que llevo dentro se acrecienta porque he comprobado que mi masa muscular se ha deteriorado bastante a consecuencia de los excesos navideños, y me voy a ver obligado a meter un par de horas por la tarde, lo cual no me apetece nada.

En el *Corte inglés* he asustado a una dependienta que me ha atendido con poca eficiencia, y en una tienda de

lencería me han dicho que lo que busco sólo lo venden en los *sex-shop*, y he respondido que si me podía probar unas bragas, para hacerme a la idea de cómo le quedarían a mi novia, y me han acabado echando, y les he dicho, sin gritar, con cortesía, que no cenen tranquilos esta noche porque iba a volver a romper el cristal del escaparate.

Volviendo a casa, ofuscado por no haber podido encontrar esas braguitas totalmente transparentes que vi en un catálogo de lencería erótica, me ha salido al paso una reportera de *onda cero*, que me ha dicho:

- Hola, estamos en directo, ¿ podrías decirme cómo te ha ido el año noventa y cuatro?.

Y, dejándome llevar, he respondido.

- Ha sido un desastre. En primer lugar, no he logrado pasar de los cincuenta millones de ingresos que me planteé como objetivo mínimo para este año, además, he dejado a dos chicas embarazadas, y, para colmo, no ha caído ninguno de los personajes públicos que esperaba que murieran este año. Lo único bueno fue que el Athletic se clasificó para la UEFA, pero ya le han eliminado...

- Está bien, muchas gracias...- me ha interrumpido la chica, que, de no ser por ese culo gordo, hubiera estado buena.

Ya cerca del portal de casa, una pobre me ha abordado, con la mano izquierda en posición de pedir, y le he dicho:

- Tengo menos que tú.

5

Antes de la cena he estado media hora subiendo escaleras en el aparato especial para ello, otra media hora haciendo remo, y otra hora y media más repartida entre pesas, abdominales, y aparatos de musculación.

Cenando me he encontrado *hecho polvo*, y me ha asaltado la inquietud de si podría aguantar toda la noche, y como ayer conseguí más *coca* en casa de Jimmy, me he levantado de la mesa, disculpándome ante los borrachos familiares, y me he ido al váter a ponerme una raya. Al volver a la mesa, un tío mío, creo que hermano de mi padre, que estaba sentado a mi lado, y que me ha estado *jodiendo* toda la cena, me ha dicho:

- Qué, no aguantabas sin echar una *meadita*, ¿eh?.

- ¡ Qué va!, he ido a meterme una raya de *coca*- he respondido seriamente, y él se ha reído de la *broma*.

Lo único agradable de la cena ha sido, aparte de ver a mi padre, borracho, tocando una zambomba que no se de donde ha salido, que nos hemos ventilado bastantes botellas de bastantes marcas y tipos de bebida, por lo que ahora me encuentro en una nube de alcohol y *coca*, en una fiesta-*cotillón* a donde hemos venido todos los amigos.

Tras la última campanada ha dejado de sonar el adagio de Albinoni.

Antes me la ha chupado una rubia a la que he invitado a *coca*, y que se ha ido después con su novio. Ahora me trabajo a otra rubia, que se parece a la anterior, y que me ha entrado poniéndome alrededor del cuello una porquería de esas que vienen en las bolsas de los cotillones. Menos mal que no me ha calzado uno de esos gorros de cartón, porque aunque no me hubiese arruinado el peinado, la habría pegado.

Localizo a Alberto con una *puta* que conozco, que se llama Berta, y él me guiña un ojo desde la distancia. Luego se acercan a mí, me saludan, y me doy cuenta de que no es Alberto, ni nadie que recuerde conocer.

Como los guardas de seguridad no nos dejan subir al piso de arriba a *follar*, paso de la rubia, diciéndole alguna grosería, y de repente recuerdo que he quedado con Ruth a las cinco, en *Pozas*, y como son las cinco y cuarto salgo para allí, escondiéndome de Asier y Oscar, que están borrachos haciendo el idiota con unos *matasuegras*.

A las cinco y media me reúno con Ruth, que no hace ninguna observación por mi retraso, y que me ofrece un vaso de chocolate, que tiro al suelo cuando ella no se da cuenta. Y me pregunta:

- ¿Qué tal la noche?.

- Vaya, normal, ¿y tú?.

- Bien.
- ¿ Has sido muy *puta*?- pregunto maquinalmente.
- Un poco. ¿ Y tú?- curiosesea..
- Yo no.

EL ZAHORI

1

MUSICA.

La música es algo bello, yo diría que es de las pocas cosas que te pueden proporcionar el éxtasis.

Pero es una pena que mucha gente no sepa entenderla, y por esto pienso que puede ser la gran plaga del siglo veinte.

La música divide a la sociedad, la cual ya está lo suficientemente diversificada y no necesita más estructuraciones. Pero la gente que malentiende la música, y que no la ama, la utiliza como instrumento de diferenciación, de carac-

terización de grupos, y, finalmente, de marginación, desprecio e incluso de odio por los otros grupos.

No es concebible la pertenencia a grupos sociales cuya unidad de cohesión es la música, y que anulan la personalidad individual en favor de unos parámetros sin significados reales, que tienen por consecuencia una forma de vestir, de pensar y de actuar.

No es concebible que el que pertenezca a uno de esos grupos evite relacionarse con otros grupos, y rechace la música que no sea la de su tendencia.

El que rechaza la música que no es la de su grupo no ama a la música, y, a la vez, está siendo cómplice de otro factor de confrontación social.

RELIGION.

La religión se sustenta en dos pilares básicos: el miedo y la fe.

Los fieles o devotos podrían ser calificados de cobardes. El aferrarse a una creencia de la que no hay ninguna prueba es un acto consecuente al miedo, primero, a la vida real, segundo, a la muerte. La religión sirve de cobertura para no ejecutar determinadas acciones que dan miedo a los cobardes, cosas que, al ser calificadas de pecado, se dispensan de realizar. Así mismo, la religión es la postura más cómoda para autoengañarse ante el desconocido mundo de la muerte.

La fe es la gran construcción en que se basan las religiones, y es inculcada a los fieles desde la infancia, y ello es así por una sola causa: *la fe es la única prueba de la existencia de Dios.*

Pero la fe no prueba nada, y, además, lo lógico es no tenerla, y ello no puede ser tachado como malo, puesto que es ingenuo creer algo que no se sustenta en nada serio.

SEXO.

El sexo no debería de ser diferente de otros placeres primarios. Este no deja de ser un instinto profundo que tiene todo animal.

El sexo no está unido necesariamente al amor. El amor se complementa con él, pero puede existir sexo sin amor, y sexo con amor, pero con persona distinta a la que se ama.

Podemos amar a una persona y tener sexo con otra, sin ser infieles a ese amor.

El que inculcó la idea de que el sexo debe de estar unido al amor ha hecho mucho daño, porque el ser humano, como animal sexual que es, no está preparado para la monogamia sexual, aunque si para la monogamia amorosa.

Si cambiásemos esa idea, eliminaríamos todos los conflictos de pareja relacionados con los celos.

La promiscuidad, la homosexualidad, las desviaciones sexuales no dañinas o la pornografía son variantes situa-

das en el contexto de la libertad de opción de cada uno, y, por ello, nunca deberían de estar cuestionadas.

MODA.

Debemos de tener cuidado con la moda.

Esta es beneficiosa por cuanto nos presenta un género donde poder basarnos en nuestras elecciones, y, a la vez, es buena para la economía, puesto que es un instrumento más que *ceba la bomba*.

Pero cada persona tiene su propio estilo, que debe conservar, ya que en él se manifiesta su personalidad y su carácter. Por ello, no debemos dejar que la moda nos guíe de tal forma que nos veamos anulados como individualidad, hasta el punto de que todos nos obliguemos a vestir, pensar y actuar de la misma manera.

Y, sobre todo, no debemos seguir a ciegas la moda sin preguntarnos el por qué y sin saber el significado de los cambios que esta introduzca, porque corremos el riesgo de caer en lo artificioso, pudiendo resultar cursi, ridículo o extravagante.

2

Lunes, seis de Enero.

Me levanto pronto, pensativo, a la vez que cansado, notando cierta sobrecarga en los hombros por causa de las pesas.

Pienso en Ruth, en lo especial que es, lo golfa, lo perversa, lo imaginativa, lo fantasiosa, lo atrevida. Pienso en cómo le gusta experimentar, y lo morbosa que puede llegar a ser.

Alcanzo la erección rememorando cómo el otro día entré sola en un *sex-shop*, con una corta minifalda y sin bragas, y coqueteé con el joven dependiente a la vez que le pedía información sobre las *bolas chinas*, que finalmente compré. Todo ello mientras yo pululaba por ahí al lado, mirándola, haciendo como que no la conocía, excitado. Finalmente compré un afrodisíaco llamado *mosca española*, del que oí hablar el otro día en un programa televisivo, y que no es tan malo como dijeron.

Acabo masturbándome fantaseando con ella haciéndoselo con tres hombres a la vez, uno negro, otro muy joven, casi un niño, y otro muy viejo, de unos ochenta años.

Miro por la ventana de mi habitación y, viendo que hace un día radiante decido no ir a la bolsa e ir al monte a hacer prácticas de tiro, ahora que tengo suficiente munición.

Después de hacer doscientas cuarenta abdominales, repartidas en cuatro series de sesenta, me he duchado y afeitado, he hidratado mi cara, me he aplicado la crema antienvjecimiento, y he hecho un fuerte desayuno que ha consistido en zumo de naranja y zanahoria, medio pomelo, café con leche, un bollo suizo, un yogur de fresa con cereales ricos en fibra, y dos huevos fritos sin sus yemas, eliminando así el efecto negativo que para el colesterol tienen éstas.

Me he vestido con un traje negro con chaqueta cruzada, camisa y corbata a juego, medias y zapatos negros impecables.

He mojado de nuevo mi corto y rubio cabello y le he aplicado una pequeña cantidad de suavizante, y luego espuma moldeadora, creando la forma que suele tener mi ya envidiado peinado, y posteriormente un poco de gel fijador.

He aplicado colonia en mis muñecas y en la parte lateral y posterior del cuello.

He cepillado mis dientes durante un minuto, y he notado sangre al escupir la mezcla de pasta dentífrica con agua, lo cual me ha inquietado, pues tengo unos dientes fabulosos, según Héctor, mi odontólogo, por lo que he pensado que podría ser una consecuencia del *speed* o la *coca*, los cuales pienso dejar de consumir.

He metido la *Star 9mm Parabellum* en mi maletín de trabajo, junto con munición suficiente.

He cogido mi cartera, con más dinero del que pienso gastar en todo un mes.

He ido a despedirme de mi madre, constatando que no estaba en casa.

He preguntado a la señorita que limpia en mi casa, que es nueva y no había visto bien hasta hoy, que dónde había ido ésta, y me ha respondido que hace unos días que mis padres están en Tenerife.

He bajado al garaje, entrado al coche y salido para el monte Archanda.

3

Estoy en el mismo lugar donde me divertí con el pobre hace casi un mes. Todavía están las cuerdas alrededor de aquel árbol.

Estoy poniendo algunas fotografías de determinados políticos, árbitros de fútbol y presentadores de concursos de televisión en ciertos árboles, a distintas distancias. En principio me servirán como blanco.

Comienzo a entrenarme. Me gusta la sensación que se experimenta con el retroceso del disparo, pero me sorprende el ruido que hace la pistola.

Noto que la adrenalina sube al hacer fuego, y en un momento puntual, quitando el seguro del arma, dispuesta ésta para su fin asesino, meto la punta del cañón en mi boca y acaricio el gatillo, sintiendo una inusitada excitación ante el riesgo que esto supone, sintiendo qué fácilmente podría descubrir de una vez qué es lo que hay detrás de esa frontera tras la cual no hay visado de vuelta, sintiendo el sabor del humo de pólvora que todavía surge del interior, sintiendo una maravillosa erección ante el flirteo con la muerte.

Tras un cuarto de hora de disparos siento que mi pulso ha cogido firmeza, y veo que ya acierto algunos blancos, incluso disparando con una sola mano. Inspecciono las

fotografías y regreso satisfecho. He masacrado a un árbitro que me hizo llorar el año pasado cuando anuló un gol al Athletic.

Ahora comienzo una serie de disparos contra componentes de la vegetación como árboles, ramas u hojas, y siento que algo guía mi mano, una fuerza externa a mi voluntad que me hace seleccionar los puntos de mira y me hace acertar en cada uno al que apunto, una fuerza que distingo como esa presencia diabólica que cada vez me es más familiar, y que incluso me susurra desde dentro de mi cabeza, con una voz sensual pero autoritaria que, me doy cuenta, es la voz de Jimmy.

Y cada vez veo con más claridad que existe una extraña relación entre el diablo y Jimmy...¿ y yo?.

4

Estoy desnudo, en casa, delante de un espejo que permite ver mi cuerpo entero, que está impregnado de aceite de oliva virgen, y totalmente depilado.

Cuando volvía de practicar con la automática he parado en una peluquería y he conseguido que me vendieran una máquina de las de cortar el pelo.

Me acabo de pelar todo el cuerpo, salvo la cabeza, y he hecho una serie de ejercicios de musculación. Ahora me observo en el espejo y hago posturas.

Los ejercicios que he hecho han consistido en lo siguiente: una serie de veinticinco levantamientos de pesas de diez kilos para fortalecer los bíceps de cada brazo; dos series, con las mismas pesas, de veinticinco ejercicios de tríceps; tres series de veintitrés levantamientos de esas pesas, estando tumbado en el suelo, ejercitando los músculos pectorales; una serie de veinte ejercicios con cada brazo para ejercitar a la vez bíceps y tríceps; dos series de veinticinco flexiones en el suelo; otras tres series de levantamiento de pesas en el suelo para desarrollar los pectorales; otra serie de veinticinco levantamientos con cada brazo con los bíceps, complementada con otras dos de tríceps; otras veinticinco flexiones; una serie más de desarrollo de tríceps; cien abdominales; veinte minutos de remo y otros veinte en el aparato de subir escalones.

Ahora, todavía pringado de aceite, me tumbo en la cama y marco el teléfono de Ruth:

- ¿Quién es?- es ella.

- Soy yo- tengo una erección y sujeto el miembro con la mano izquierda, sin menearlo apenas.

- Hola, ¿qué quieres?.

- *Follarte.*

- Hoy tengo que estudiar...

- ¿Estas sola?.

- Ahora si.

- ¿Cómo vas vestida?- hablo bajito, casi susurrando.

- Con camión.

- ¿ Con bragas?.

- Si.

- ¿ No te las vas a quitar?- me empiezo a masturbar.

- Está bien, me las estoy quitando. ¿ Y tú, como estás vestido?.

- Me he puesto la camiseta del Athletic- miento.

- ¿ Tienes la cosa dura?.

- No es una cosa.

- Bueno, ¿ tienes la *polla* dura?.

- Un poco, no mucho- miento de nuevo.

Hay una pausa, la oigo respirar con fuerza, le pregunto:

- ¿ Cuándo te hiciste la última *paja*?.

- Ayer por la noche.

- ¿ En qué pensabas?.

- No me acuerdo.

- ¿ En *pollas*?

- Si, en *pollas*- creo que jadea.

- Te estás masturbando, ¿ no?- pregunto.

- Si, ¿ y tu?

- No, yo no- vuelvo a mentir-. ¿ Cómo has ido hoy vestida?

- Con pantalones.

- ¿ Has llevado bragas?

- Si, hoy si.

- ¿ Mañana vas a llevar?- incremento el ritmo de los movimientos manuales, estoy al borde del orgasmo, el aceite ayuda a acelerar la llegada de este momento.

- No, mañana voy a ir sin bragas.

- ¿ Por qué?

- Me apetece...

- ¿ Que te vean el *coño*?- me estoy *corriendo*, retiro el auricular para que ella no lo note, por lo que no siento su contestación, y le digo.

- Igual te voy a ver mañana a la Universidad.

- ¿ En serio?- responde contenta.

- Puede ser. Ahora tengo que colgar.

- Te estaré esperando. Adiós- se despide.

- Adiós...- me despido yo, y cuando noto que ella ha colgado añado- *puta*.

5

Estoy escribiendo una carta obscena a una chica de Burgos con la que estuve en Navidades y que me dio su dirección, cuando me llama Jimmy por teléfono.

- ¿ Si, buenos días, digamé?- digo al coger el aparato.

- ¿ Cuándo vas a dejar de hacer el *gilipollas* por teléfono?- pregunta el diablo con sorna.

- Hombre, Jimmy, ¿ qué tal?- me alegro de oír a quien empiezo a considerar mi ídolo.

- Te llamo, *tío*, porque me he dado cuenta de que eres un zahorí del morbo.

- Un zahorí es una persona que encuentra agua donde no la hay, ¿ no?- pregunto.

- Tu consigues morbo donde no lo hay, muchacho.

- ¿ Pues?- inquiero, halagado.

- He contactado con una tía en una mensajería de Ibertex, ya sabes, diálogos por ordenador...

- Sí, ya sé. Suelo conectarme a menudo.

- Pues esa tía, que no me ha dicho su nombre, te conocía.

- ¿ De dónde era?.

- De Bilbao...bueno, de Las Arenas.

- No caigo...

- Me ha dicho que te la *follaste*.

- ¿ Y cómo sabes que se refería a mi?.

- Te ha descrito a la perfección, y sabía mucho sobre tí. Me ha descrito cómo se lo hiciste y me ha dejado boquiabierto, me ha dicho que la empezaste a llamar *puta*, y que le gustó.

- Eso lo hago muchas veces...

- Eres un *perro*, jovencito. Por cierto, el *Athletic* está empezando a jugar bien otra vez, ¿ eh?...

FIN DE SEMANA

1

Recuerdo que en el sueño de esta noche yo iba por los bares del casco viejo de Bilbao con una rama de árbol que agarraba por dos vertientes con ambas manos, e iba vestido con ropas de cazador, y un gracioso sombrero. Era un buscador de *coños*, era, tal como Jimmy me dijo, un zahorí del sexo.

Allí donde el palo vibraba veía un coño y una hembra sonriente, y complaciente. Pero en un momento dado, en un extraño bar que no he reconocido, el palo ha comenzado a moverse y el establecimiento, de repente, estaba vacío, y ha salido vapor por todas partes, y ha comenzado a hacer mucho calor, acompañado por luces y colores rojos que procedían de quién sabe dónde, y, también de quién sabe dónde ha aparecido Jimmy, con orejas y rabo encarnados, y me ha dicho:

- Tu eres el zahorí del sexo, pero yo te conduciré a ser mi sucesor, el zahorí de la muerte...

Me he levantado de la cama a las cinco y media de la mañana, sudando, y he vomitado. He vagado por casa durante tres horas, andando, hablando, cantando, poniendo la tele e insultándola, cogiendo la pistola, dejándola, chupándola entera, y masturbándome con ella en la boca mientras hacía obscenidades con la lengua alrededor del cañón.

Me he duchado a eso de las siete, he hecho ejercicio, he desayunado fideos chinos de arroz, he hecho más ejercicio, he llamado a gente al azar amenazándoles de muerte, me he vuelto a duchar y he estado desnudo durante unos cuarenta minutos, sin parar de tararear el adagio de la quinta sinfonía de Malher. Luego me he puesto el equipaje del Athletic, y con una bufanda del equipo he corrido de un lado a otro de la casa festejando la victoria del miércoles pasado frente al Betis, y gritando que la copa es nuestra, nuestra, nuestra.

A las nueve ha llegado la chica que limpia en casa y me ha encontrado tumbado en el suelo de la cocina, vestido todavía de rojiblanco, pero ahora sin los calzones, dormido, mientras sonaba el programa de Antonio Herrero por la radio, y, sin mostrar alarma al contemplar mi sexo semierecto y rasurado, ha dicho, despertándome:

- Hola, llego un poco tarde, he perdido el primer autobús.

Luego le he pedido que me hiciera café, pues se me había hecho tarde y a mi no me daba tiempo, y cuando he vuelto de prepararme me esperaba una taza caliente, a la que

he añadido un poco de nata líquida y gotas edulcorantes, y le he dicho:

- Delicioso.

Y ha comentado:

- Estás muy elegante.

Y le he contestado:

- ¿ Tú crees?.

Y me ha respondido:

- Mucho mejor que con la camiseta del Athletic- ignorando que la llevo por debajo de la camisa del traje.

2

Impecable, Jimmy estaba esperándome en la puerta del edificio de la bolsa, en el cu al no hemos entrado, sinó que hemos ido al café *Iruña* a pasar la mañana.

Cuando le he dicho que llevaba la camiseta del Athletic por debajo del traje y se la he enseñado, me ha dejado atónito al decirme:

- Lo imaginaba, yo también la llevo.

Entonces, en un asalto aprehensivo de inquietud, le he dicho:

- ¿ Qué has hecho esta noche?.

- Congelar a un barrendero.

- Verás, estoy muy confuso...- le he reconocido- no estoy para bromas.

- ¿ Que te ocurre, amigo?, ¿ estas nervioso?- ha preguntado mirándome fijamente, hechizándome con sus ojos azules.

- Tengo un pequeño problema con el sueño, no se qué me pasa.

- Todo se arreglará en su momento, tranquilo- me ha contestado sin quitar su mirada de la mía. He notado una sensación de relax similar al minuto que sucede a un orgasmo.

Luego hemos hablado de lo *putas* que son Carolina y Ruth, y hemos programado una sesión de juegos eróticos en pareja para un día de estos, y también hemos hablado de intercambiar fotografías pornográficas de ellas.

Al volver a casa he parado en el mismo semáforo de la calle Juan de Garay donde recogí a aquel vendedor, y he comprobado que el mendigo que tiene montado en él su centro de operaciones ya no es el mismo. Y cuando he bajado la ventanilla para decirle que no quería pañuelos no me ha ofrecido nada, sino que se ha quedado mirándome durante unos segundos, y antes de que yo le hablase, me ha dicho:

- Estás muerto.

Ya en casa he llamado a Ruth para que comiera conmigo, y cuando ésta ha llegado a las tres de la tarde ya había preparado el primer plato, pasta, y conseguido comida china para completar el menú.

Luego hemos *follado* y dormido un rato, hasta que me ha despertado *el gordo Gandhi*, al teléfono, para hablar sobre el Athletic y quedar para ir al estadio el domingo a ver al Celta.

Cuando he terminado de hablar con Rafa he llamado a Carlos, luego a Luzu y luego a Andrés, y hemos quedado en ir, como todos los viernes, al *Baracaldés*, y al dejar de hablar con el último he vuelto a la cama y he descubierto que Ruth no estaba allí, y al ir a la cocina la he sorprendido fregando los platos, lo cual me ha indignado:

- ¿Qué haces?

- Lavar los platos...

- No, no, no. No me gusta que las mujeres frieguen platos- le he dicho apartándola del fregadero y dándole un cachete en las nalgas, cubiertas tan sólo por las braguitas.

3

Alberto nos cuenta en el *Baracaldés* que ha cortado con su novia porque el sexo con ésta era una rutina y creía que a ella no le gustaba *follar*; de hecho ha confesado que siempre lo hacían en la posición del misionero, y que ella no

quería oír hablar del sexo oral ni de ninguna otra innovación que él le propusiera.

Yo estoy bebiendo *ron* oscuro solo con mucho hielo, y el resto, menos Luzu, juegan al *kinito* con vino tinto. Tengo cocaína que no pienso *esnifar*, y no se qué hacer con ella, desconozco el efecto que puede tener disuelta en la bebida de mis amigos, pero Luzu lo comprobará pronto, ya que ha ido al servicio y le estoy vaciando algo así como un cuarto de gramo- unas cuatro mil pesetas- en la *San Miguel*.

Mientras tanto hablo con Carlos y Andrés de los nuevos principios del *Marketing*, y acabo mi quinto *ron*, dándome cuenta de que empiezo a estar bebido, y son tan sólo las ocho y media del viernes diez de febrero de mil novecientos noventa y cinco.

Cuando regresa Luzu del váter y se bebe la *coca* le convengo para marcharnos al *casco viejo* y Asier, que nos escucha, se decide a acompañarnos. El resto se quedan bebiendo y dicen que a las diez les esperemos en el *Kaixo*.

Creo que Ruth ha ido a Algorta con sus amigas, y es lo que les comento a Luzu y Asier por el camino cuando me preguntan por ella, y además les cuento con pormenor cómo el otro día le *di por el culo*, y ellos me hacen muchas preguntas sobre el tema y yo disfruto detallándoles el dolor que ella sentía al principio y el placer que sintió al final, y evito comentarles que ella me metió un dedo entero a través del esfínter anal.

En el *Kaixo* pago mil doscientas por tres *rones* oscuros solos y convidó a mis dos amigos que, sin hacer comenta-

rio alguno ni darme las gracias comienzan a beberlos, y, entonces, dirigiéndome a Asier, pregunto:

- ¿ Sabéis si la *coca* tiene algún efecto si se ingiere por vía oral?.

- Ni idea- responde Luzu.

- No se, ni *puta* idea- dice Asier.

- Es que antes se me ha caído un poco de *coca* en tu *birra*, Luzu.

- Pero... ¿ tienes *coca*?- Asier.

- Me queda un cuarto de lo que me pasó Jimmy- yo.

- ¿ El tahúr?, menudo *hijo de puta* de tío- dice, informando a Luzu, que no le conoce-, en Navidades, jugando al *póker*, me ganó una mano en la que yo llevaba cuatro treses, ¿ qué crees que tenía el?.

- ¿ Qué tenía?- Pregunta un interesado Luzu.

- *Póker* de ases- digo yo, quitándole la palabra de la boca a Asier, y sonriendo.

- Es un *hijo de puta*, a su colega le hizo una jugada parecida. ¿ Te acuerdas de ese tío, Jorge?.

- Me acuerdo de que no bebió nada, ese sí que era un *hijo de puta*.

- No- dice Asier- el *hijo de puta* es Jimmy.

- Jimmy no es un *hijo de puta*- digo yo.

- Jimmy es un *hijo de puta*- reitera él.

- Jimmy no es un *hijo de puta*, pero es el mismísimo demonio- comento seriamente.

- ¿ Y qué diferencia hay?- Asier.

- Hay mucha, el diablo y un *hijo de puta* no tienen nada que ver.

- Para mi son lo mismo.

- Jimmy no es un *hijo de puta*- acabo, ahora un poco enfadado.

- Bueno tío, está bien, Jimmy no es un *hijo de puta*, es el demonio, pero es un cabronazo, y su novia es una *puta*.

Me apetece meterme *coca*, y peleo durante un rato con mi voluntad. Finalmente decido que no:

- ¿ Queréis *coca*?

- Venga, al váter- dice Asier.

Luzu se queda pidiendo tres *gintonic*s y nos alcanza en la cola, donde hay tres quinceañeras delante nuestro, que me están mirando, y que están borrachas, y buenas, como casi todas las de su edad, y que entran juntas a mear.

Al salir ellas la más fea me dice:

- Hasta luego guapo.

Y me toca el pelo, y mientras las otras dos se ríen le lanzo un beso obsceno, y parece que se asusta y se van.

En el váter decido meterme una raya y pongo tres con toda la *coca* que me queda, y noto a Luzu nervioso porque nunca la había probado hasta hoy.

Ya en la barra, esperamos al resto, todavía con los gintonics que ha pagado Luzu, y no tenemos ninguna conversación que no sean observaciones como qué-buena-está-esatía o mirad-qué-tetas-tiene-aquella o vaya-guarra-que-va-hoy-Maite o tengo-unas-ganas-de-pillar -acojonantes o vaya-mierda-de-coca-que-te-ha-pasado-el-hijo-de-puta-de-Jimmy o Jimmy-no-es-un-hijo-de-puta o vamos-a-entrar-a-esas-tías o cómo-te-está-mirando-esa-cerda.

Cuando a las diez y media llega el pelotón de los rezagados, exhibiendo la típica borrachera del vino barato, yo me encuentro hablando con una chica que creo que se llama Paola, con la que estuve hace casi dos años y a la que invito a dar una vuelta en mi coche:

- Es que está por aquí mi novio...

- ¿ Has quedado con él?.

- Si, a la una.

- Entonces, ¿ cuál es el problema?.

Y salimos hacia mi coche, que está aparcado en la calle *Amistad*, al lado del Baracaldés. Pero antes de montar en él la invito a *tequila* en varios bares de la calle *Ledesma*, y, cuando le intento besar me dice:

- No quiero ponerle los *cuernos* a mi novio.

Entonces yo le acerco la boca y ella, sin hacer el más mínimo intento por evitarlo, comienza a meterme la lengua con voracidad.

Luego subimos al coche y vamos al monte *Archan-da*, al sitio que frecuento últimamente, pero antes paro en una gasolinera donde consigo *Champan* y unos *condones*.

Al llegar al lugar, que probablemente estará lleno de casquillos de bala, le dejo abrir la botella y, mientras está entretenida, rebaño con el dedo índice los escasos restos de *coca* adheridos a las paredes de la bolsita, que creo que serán suficientes para ponerle a Paola en el *clitoris* sin que se de cuenta.

- Ya está abierta- exclama jubilosa- lo he hecho rápido, ¿eh?.

- Te mereces un premio- y la beso en la boca y ella se deja manosear y, con sumo tacto, le meto la mano por debajo de la minifalda negra y la subo hasta encontrar la goma de las medias y de las bragas, y, ya con dificultad, accedo a su *clitoris* y le pongo la poca *coca* que me queda, y luego aprovecho para explorarle la *vulva* y siento que Paola está muy excitada y que respira y jadea con fuerza.

Después bebemos como dos tercios del *Champán* mientras hablamos de trivialidades entre pequeños instantes de sexo, y en un momento recuerdo la voz de Jimmy diciéndome que soy un zahorí del morbo.

Cuando salimos del coche y la apoyo contra un árbol del que cuelgan unas cuerdas y que está acribillado a balazos compruebo que es la una menos cuarto y no le digo nada a ella, que se tumba muy *salida* y borracha contra el tronco y se deja atar, de hecho gime cuando lo hago, y eso que no le toco ninguna zona erógena. Y sin hablar le quito las medias, y las bragas, y la minifalda, y le echo el resto del *Champán* por el pubis, y éste moja los pelos de su sexo y baja hacia los *labios mayores*, pasando por el *clitoris*, y yo chupo todas estas partes mientras ella, inmovilizada, mueve la cabeza de placer.

Y cuando subo a besarla, Paola está loca y parece una perra en celo, y me entran ganas de decírselo pero no me atrevo, y me saco el miembro viril erecto y me pongo un preservativo, dispuesto para *follarla*. Entonces, me dice:

- No, no quiero hacerlo, por favor.

Pero a mi me da lo mismo porque yo también soy un perro desenfrenado y se la meto sin dificultad y la empiezo a *follar*, y ella llega a gritar del placer, y se la saco de repente y la desato, dejándola libre, y me besa, y me la coge con las dos manos, y nos tiramos al suelo y se la vuelvo a meter, y ahora no dice que no, sino que me ayuda a introducirla, y luego la saco de nuevo y cojo la botella de *Champán* vacía y le meto el cuello por el *coño*, y ella cierra los ojos y gime, y le saco la botella y se la entrego, y ella parece no saber qué hacer, y le

miro al *coño*, haciéndole un gesto, y ella se la empieza a meter mientras yo me la meneo.

Y cuando le hago que se la saque, la empiezo a *foliar* de nuevo y le digo:

- Hace un rato que ha sido la una, no vas a llegar a la cita con tu novio.

Y en ese momento me *corro*.

4

Sábado. Ruth vendrá a mi casa sobre las cuatro de la tarde. Tenemos pensado pasar el día en una ciudad donde nadie nos conozca y dormir en algún hotel cutre, de carretera, donde haremos salvajadas sexuales.

Es temprano, no me podía dormir y he bajado al coche para inspeccionar el interior y limpiar los posibles restos delatores del asunto de esta noche con Paola.

Al llegar a la altura del automóvil he visto algo que ayer no percibí, probablemente por mi estado y por la oscuridad de la noche. Lo han rayado, alguien se ha divertido con él.

Han trabajado a conciencia, y creo que han intentado escribir algo sobre la carrocería, algún mensaje, algún insulto.

De todas formas, esto no arruinará mis planes de viajar para hoy, y lo que me molesta no es el daño material

causado, sinó las inconveniencias que me va a suponer el repararlo y, sobre todo, el hecho de que tiene que haber sido alguien que me conoce, debido al ensañamiento que se desprende de la acción.

Más tarde he salido a la calle y he comprado el periódico, deteniéndome en un supermercado para hacerme con algo de comida para hoy, y con una tarta para sorprender a Ruth cuando venga.

Ya en casa, mientras dejaba la pasta durante diez minutos en agua hirviendo con sal y aceite, me he sentado frente al televisor, resacoso, y he zapeado unos instantes hasta decidirme por apagarlo y comenzar a ojear el diario.

Y ha sido tras escurrir la pasta y dejarla enfriar, cuando he vuelto a sentarme, y han comenzado a suceder las cosas extrañas con el periódico.

Cuando estaba leyendo los anuncios de la sección de relax, algo excitado e incluso pensando en llamar a un negro para ofrecérselo a Ruth como regalo y hacerles fotos comprometidas, he visto uno que iba dirigido a mi, y que decía:

Ya falta poco para que seas definitivamente de los nuestros. Alguien te hará ver la luz de las tinieblas. Déjate guiar. Eres el elegido.

Y lo firmaba:

Satanás

Esto me ha dejado atónito y nervioso, y lo he leído y leído durante minutos, pero lo mejor ha sido cuando he abierto el rotativo por la sección de deportes, en la cual todavía había ecos de la amplia victoria del Athletic sobre el Betis, y al pasar una página ha aparecido ante mi una foto en la que salía yo, desnudo y depilado, abrazando a un hombre rubio, que parecía Jimmy, y que también estaba desnudo, y el pie de foto rezaba lo siguiente:

Futura estrella.

Aturdido, he llamado a Ruth:

- Ruth, ven rápido, ven a comer conmigo, no quiero estar solo.

Y ahora son las dos de la tarde y Ruth llama a la puerta, y la abro, y entra con una amplia sonrisa y dice:

- ¿Qué pasa?.

Y le tiendo el periódico y le obligo a leerlo entero, sobre todo la sección de deportes, y cuando termina de hacerlo, un poco indignada, exclama:

- ¿Y qué?.

Y descubro que, evidentemente, ella no puede ver lo mismo que yo, y cojo la publicación, la miro, y aprecio que ya no aparece esa foto mía, ni tampoco el anuncio, y por un momento me tranquilizo, y le digo:

- Me han rayado el coche.

SIN PRECEDENTES

1

Viernes, 11 de Marzo.

Hace dos semanas que vi *Pulp fiction* por primera vez y mañana habrán pasado quince días desde que comencé a imitar la forma de andar de John Travolta cuando aparece *colocado* en la película.

Hoy he tenido durante todo el día la sensación de que me iba a costar mucho ponerme a tono y he decidido probar esas pastillas de cafeína que me recomendó cierto amigo.

El día no ha sido fácil, y ahora que se acerca la una de la mañana se me está empezando a ir de la cabeza que mis padres han llamado esta tarde desde la isla de *Cozumel*, en Méjico, contando que les han robado la cartera, y como con-

secuencia de ello he estado como tres horas haciendo los trámites de anulación de sus tarjetas de crédito.

Ruth me comenta:

- ¿ Qué te pasa?, estás muy callado, ¿ todavía piensas en lo de tus padres?.

La verdad es que estoy pensando en lo fiero que ha demostrado ser Carolina en el terreno sexual. Decido no responder hasta que el semáforo se pone en verde y giro hacia la izquierda para coger la autovía que nos conducirá a Bilbao, donde llegaremos en quince minutos.

- ¿ Has *follado* con Jimmy?- digo, al fin.

- No, ¿ tú has *follado* con Carolina?- pregunta ella.

- ¿ No has *follado* con Jimmy?- mi voz suena a sorpresa.

- No, sólo nos hemos besado y...- hace una pausa, yo acelero, adelanto a un turismo, y digo:

- ¿ Y qué?.

- Le he tatuado una cosa en el *culo*.

- ¿ Le has tatuado?.

- Si.

- Pero...¿ sabes hacer tatuajes?.

- Jimmy me ha explicado.
- ¿ Y qué le has tatuado?.
- Unos cuernos.
- ¿ Unos cuernos?- otra vez sorprendido.
- Si, unos cuernos rojos- aclara.
- ¿ Y no habéis *follado*?- yo.
- No, no hemos *follado*- ella.

Y me río con ganas, y la miro, y creo que está llorando, y cesa mi carcajada, y me callo y sigo conduciendo, y pienso si le habrá excitado a Ruth tatuar un *culo*, pero no me atrevo a preguntárselo.

Y cuando aparco, ya en Bilbao, me entran ganas de *follar* otra vez, y le doy un beso largo en la boca, chupándole la nariz por dentro, y al parar me dice:

- Y él me ha rapado.
- ¿ El *coño*?.
- Si- y creo que va a llorar de nuevo, y cambio de tema:
- Aquí cerca hay un bar de lesbianas, ¿ te apetece ir a probar suerte?.

- No me siento bien, llévame a casa, por favor.

2

Tras dejar a Ruth me es mucho más difícil encontrar aparcamiento y, por fin, lo consigo dejar en la calle *Amistad*.

Ahora camino hacia Barrencalle algo excitado y no muy preocupado por encontrar a mis amigos. En el puente del Arenal me saluda una pareja de *maricones* que no conozco y a la que no respondo. Por un momento me paro, me asomo por la barandilla y contemplo la ría de Bilbao, la huelo, la respiro, y acaricio la imagen de la luna, que flirtea con un vaso de plástico que flota y que por un momento he pensado que volaba suspendido en el aire, y antes de seguir mi camino me pregunto qué extraños seres vivirán bajo el lecho de lodo de nuestra ría, y también me pregunto si esos seres serán más ridículos que nosotros, los que vivimos encima, los humanos.

Ahora llego a Barrencalle, donde dentro de una hora empezarán a cerrar los bares, y entro en el *Zippo*, en el cual pido un *cubalibre* de *ron* que consumo mientras intento localizar a algún conocido, pero sólo encuentro la mirada de una rubia con la que nunca he estado y que se encuentra con un chico alto y fuerte con el que no me gustaría pelearme.

En el *kaixo* tampoco veo a mis amigos, y pido también un *cubalibre* de *ron*, y allí también me mira una rubia que está con su novio, que también es alto y fuerte.

Finalmente decido que no quiero encontrarme con ningún conocido y determino ir solo al bar de las lesbianas,

que está cerca de la estación de San Nicolás, donde ahora hacen obras para el metro.

Ya allí veo que, tal como pensaba, hay dos o tres parejas de chicas, normalmente feas y con los pelos cortos y teñidos de colores inusuales. En la barra pido un *gintonic*. La chica que me lo sirve me mira con desprecio. En la pista de baile hay un grupo de chicas que bailan entre ellas. Localizo a alguna que está buena y que no parece lesbiana. Voy hacia allí. Me apoyo en un altavoz, muy cerca de una de esas chicas guapas, a la cual miro constantemente, descaradamente, sin ser correspondido.

Tras unos minutos pruebo suerte:

- Hola, ¿ cómo te llamas?.

- Sheila- responde con indiferencia.

- ¿ Sheila?- yo.

- Si, Sheila- ella.

- Yo me llamo Vincent- le tiendo la mano dándome cuenta de que estoy nervioso, de que esas pastillas de cafeína no sirven para nada, y de que parece que estoy haciendo el ridículo.

Sheila sigue bailando y me ignora, pero yo le miro a las piernas y al *culo* ,que adivino bajo ese vestido tan insinuante, y ataco de nuevo:

- ¿ Quieres tomar algo?- yo, Vincent.

- ¿ Qué?- pregunta Sheila, girándose.

- Que si te apetece tomar algo en la barra- Vincent.

- Bueno- Sheila.

Le cojo de la mano. Se deja. Estiro de ella hasta la barra. Comienzo a tener esperanzas de *enrollarme* con una lesbiana y poder hacerle muchas preguntas sobre sus tendencias y reacciones sexuales. Ella pide un *Martini* blanco y yo una *San Miguel*. Entonces, me acerco un poco más. Le digo lo primero que se me ocurre para evitar el silencio:

- ¿ Has probado las pastillas de cafeína?.

- ¿ Para qué?- Sheila.

- Ya sabes...para conseguir algún efecto dopante...- Vincent.

- No, yo no tomo cosas de esas- Sheila.

- No, no tengo novio- Sheila.

- ¿ Y novia?- Vincent.

- Oye, ¿ tu qué quieres de mi?- Sheila.

- Verás...es que me gustas mucho y...- Vincent.

- Conmigo no tienes nada que hacer, es mejor que te vayas, Vincent- Sheila.

- No me llamo Vincent- yo.
- Ni yo Sheila- la lesbiana.
- ¿ Por que me has mentido?- yo.
- Porque eres un pesado y un *pijo*- la lesbiana.
- ¿ Sabes lo que creo?- yo.
- ¿ Qué?- la lesbiana.
- Que las lesbianas como tú tenéis serios problemas de comunicación social. ¿Y sabes qué más creo?- yo.
- ¿ Qué?- la lesbiana.
- Que no llevas ropa interior.

3

Cuando llego al coche ocurre algo muy grave, algo sin precedentes, algo así como una emboscada.

Primero escucho un grito:

- ¡ Ese es el *hijo de puta!*.

Luego siento un fuerte golpe en la cabeza y caigo unos segundos al suelo, reaccionando rápidamente para darme la vuelta y ver a cuatro o cinco mendigos entre los que

distingo al que torturé en *Archanda* y al que pegué de camino a casa, y creo que también al que está últimamente en el semáforo de Juan de Garay.

Me observan. Les miro. Llevan palos levantados, amenazantes. Me estudian. Probablemente están borrachos por causa de ese vino barato. Esto les hace ser peligrosos.

Busco la *Star 9mm Parabellum* y cuando la saco uno de los que no conozco, al que llaman *malo*, me da una patada en la muñeca que me hace soltar el arma. Esta recorre unos cuatro metros, girando sobre su eje.

- Mirad al jovencito *cabrón*. Ahora está indefenso- dice uno.

- El otro día escapaste, pero conocemos tu coche, *niño*- otro.

- Venga, atácanos ahora, valiente- otro.

- Eres una *mierda*- uno más.

- Te vamos a enseñar modales- el primero que habló.

Y comienzan a apalearme, y pierdo el sentido, pero aun así sé que me dan patadas en la cara, estómago, pecho y piernas, y que rompen sus palos contra mi, y también sé que veinte minutos después algo les asusta y se van corriendo, tras robarme el dinero que llevo en la cartera.

Y a las seis de la mañana el ruido del camión municipal del agua me hace despertar. Y creo morirme de dolor al

volver a la consciencia. Y me intento levantar pero, ante el desconocimiento de mis daños corporales reales decido que es más prudente gatear unos metros para comprobar si tengo algo roto y no agravarlo. Me cuesta cerca de cinco minutos poder subir al coche, que han rayado de nuevo, y acomodarme en el asiento.

No puedo mover los párpados de uno de mis ojos por causa de la sangre seca que éste tiene adherida. Algo parecido ocurre con mi boca, en la cual, al gesticular, sólo para hacer muecas reflejas de dolor, noto cómo se me abren heridas que están en camino de cicatrizar. Creo que tengo rajado el lóbulo de una oreja porque noto cómo algo cuelga más de lo normal. Pero lo que más me asusta es el golpe que he recibido en un pómulo, que noto exageradamente hinchado, llegándome a perjudicar la visión del ojo que puedo abrir bien.

Además, mi preciado pelo rubio está pegado al cuero cabelludo, y forma también mechones por efecto de la sangre que ha manado de alguna de las heridas que debo de tener en la esa parte superior de la cabeza, efecto que se ve agravado al juntarse ésta con la gomina extra fuerte que Jimmy me ha dejado en su casa para reparar mi peinado después de que su *Concorde*, Carolina, haya encendido sus motores a reacción, con *post-quemadores* incluidos, sobre el objeto que para ella ha sido mi estructura corporal.

Por otra parte, el dolor me ha aconsejado no doblar una de mis rodillas. En esa zona de la pierna mis pantalones están abiertos y hay mucha sangre. También hay de este líquido, ya coagulado, por todo mi polo de manga larga, marca *Armani*, que no llama mucho la atención, no obstante, por ser éste de color negro. Y mi chaqueta cruzada azul marino está

destrozada y sucia, y es al deshacerme de ella cuando descubro que debo de tener rotas o fisuradas algunas costillas.

Conduzco a casa sin pensar en nada, ni siquiera tarareo canción alguna. Dejo el coche en el garaje y me arrastro con sigilo hacia el elevador, implorando a los infiernos para que el guarda no me vea en estas condiciones.

En el ascensor contemplo mi imagen desfigurada y calculo los días que habrán de pasar para que no se noten mis lesiones, sobre todo las de la cara, que está muy hinchada y amoratada, que da miedo.

Al llegar a casa llamo a Ruth:

- Ruth, ven, rápido, he tenido un accidente.

- ¿ Con el coche?- dice asustada.

- Si.

- ¿ Que...ha...pasado?.

- Ven, date prisa, estoy un poco magullado...

Mientras espero a mi enfermera me tomo otra de esas pastillas de cafeína, que me sube la moral, y me desnudo, lo cual llega a ser doloroso, porque la ropa está pegada a heridas que se habían cerrado y que se abren de nuevo al estirar.

Me voy a duchar, pero primero tendrá que venir Ruth, así que me contemplo en el espejo del cuarto de baño: tengo una brecha sobre la ceja izquierda que parece grande,

dos heridas en la boca, una sobre el labio superior y otra en la parte izquierda de esta, tengo el lóbulo de la oreja derecha semiarrancado, tres heridas en el cuero de la cabeza, y un fuerte golpe en el pómulo, que tiene como cinco colores diferentes. Tengo la rodilla izquierda inflamada y una herida abierta todavía sobre la rótula. Además, aprecio erosiones múltiples por todo el tronco, así como en una mano, que tiene el aspecto de haber sufrido el paso de una estampida de toros bravos.

4

Son las doce de la mañana del sábado.

Cuando Ruth me ha visto, demostrando solidez y aplomo, ha sugerido que me tendrían que coser algunas de las heridas, y me he visto llamando a Héctor, mi dentista, quien me ha comentado que él mismo podría hacerlo, así que le he hecho venir a casa, lo cual ha cumplido encantado.

Cinco puntos en la ceja, dos dolorosas suturas en cada herida de la boca, dos en la parte colgante de la oreja, cinco en la rodilla y dos en un codo.

Además me ha aplicado un fuerte vendaje en la rodilla para inmovilizarla y me ha dicho que me haga una radiografía lo antes posible.

Ruth se ha ido cinco minutos después que Héctor. Les he dicho que tuve un golpe al volver de dejarla en su casa y que el coche ya está en el taller. Ruth me ha creído. Héctor

no, pero no me ha objetado nada porque sabe que le debo un favor y que por ello es una de las personas más afortunadas de Bilbao.

Ahora me estoy deshaciendo de las vendas elásticas de la rodilla. ¿Qué *cojones* sabrá un dentista de articulaciones?. No me puedo permitir esa rémora en mis facultades motrices, si me duele, me aguantaré, porque lo que más me duele es aquello de lo que me he dado cuenta mientras el inexperto Héctor me pinchaba en la cara: he perdido la pistola, ya no la tengo. Ahora hay por ahí una automática con mis huellas, y quién sabe que crímenes me podrán imputar si ésta cae en manos de la policía.

Así que me estoy vistiendo para ir a buscarla. Con un poco de suerte todavía estará en la calle amistad.

ME TIRO A UNA YONKI

1

El día siguiente es Domingo, 12 de Marzo.

A las doce de la mañana estoy tumbado frente al televisor, al que he quitado el volumen, deprimido por haber perdido definitivamente la *Star 9mm Parabellum*, y profundamente dolorido y demacrado físicamente.

Esta tarde juega el Athletic contra el Albacete en *San Mames*, pero no me veo capaz de ir hasta allí con este aspecto, así que he tenido que mentir a *Gandhi* cuando hace un rato ha asomado su odiosa voz de estudiante frustrado por el auricular de mi teléfono.

De una manera inesperada Jimmy y Carolina se presentan delante de mis narices.

- Hola, ¿ como está mi zahorí preferido?- dice Jimmy, dejando una bolsa sobre la mesa de cristal del salón.

- ¡ Vaya pinta que tienes!- exclama Carolina, sonriente, y se me acerca y me da un beso dulce en la boca, encima de una de las heridas suturadas.

- Pero...¿ cómo habéis entrado?- pregunto asombrado.

- Te habías dejado las llaves en la cerradura, muchacho- responde Jaime. Estoy casi seguro de que entré en casa con las llaves en la mano cuando volví de buscar el arma.- Nos hemos enterado de tu...accidente- habla Carolina.

Luego estudian durante un momento mi reacción. Jimmy me observa con su diabólica mirada. Carolina dice que va un momento al servicio, y Lucifer se sienta junto a mi, inspirándome confianza, y me susurra:

- Ahora cuéntame la verdad.

2

Cautivado por los penetrantes ojos de Jimmy, como hipnotizado, le estoy terminando de contar una historia que tengo la extraña sensación de que parece conocer ya.

Una fuerza extraña, una especie de suero de la verdad, me ha hecho no omitir ningún detalle de interés relacionado con la paliza que recibí.

Carolina está preparando la comida que han traído en la bolsa, yo sigo confesándome con mi amigo:

- Lo peor es que he perdido la pistola.

- Tranquilízate por eso, la recuperarás- asevera Jimmy, con esa expresión inhumana que tiene cuando me mira fijamente.

- Lo que más me *jode*- comento- es que ya me habían dado un aviso. Yo tenía que estar alerta.

- ¿Qué aviso?- pregunta.

- Hace unas semanas encontré el coche rayado. Lo había aparcado en la misma calle- explico.

- Es que así se las ponían a Carlos V- reprocha Jimmy.

- A Felipe II- corrijo yo.

- No, a Carlos V es al que se las ponían- me corrige ahora él.

- Yo creo que es a Felipe II, ya sabes...en aquella época España era una gran potencia, y los descubridores, conquistadores y colonizadores españoles no hacían sino conseguir riquezas, y por eso se dice que así se las ponían a Felipe II, por las riquezas- termino, satisfecho por mi explicación ilustrativa.

- Esa es una interesante observación, pero el dicho es por Carlos V- reitera Jimmy.

- Estoy seguro de que no- yo.

- Mira- comienza-, a Carlos V le encantaba la pesca, era su principal afición. Podríamos decir que se *pirraba* por pescar un buen ejemplar. Y se hizo instalar un estanque lleno de truchas debajo del balcón de sus aposentos. Y llegó un momento en que el monarca *chocheaba*, sobre todo de la vista, y ante el temor a sus enfados, los cuidadores de las truchas las dejaban de alimentar tres días antes a que don Carlos decidiera tener un día de pesca. Y por ello, cuando éste tiraba la caña con el correspondiente cebo, las truchas entraban a muerte, sin pensárselo dos veces. Y de ahí viene el dicho, lo que le ponían, pues, eran las truchas- finaliza su charla, sembrando mi duda.

- Pues yo creo que era a Felipe II, pero igual se dice de los dos. Además, lo de las truchas también se decía de Franco.

- Puede ser.

Ahora viene Carolina con la comida preparada. Me tratan como a un rey. Jimmy le pregunta.

- Carolina. ¿ A quién crees tú que se refiere ese dicho tan oído de *así-se-las-ponían-a...*, a Felipe II o a Carlos V?.

- ¿ No era a Fernando VII, por las bolas de billar?- dice ésta. Nosotros estallamos en carcajada, cosa que a mi me duele, pues se me estira toda la cara. Jimmy dice:

- Mejor será dejar esta discusión.

- Si, será mejor- suspiro yo.

Luego pasamos un rato comiendo, charlando sobre otras cosas, sin mencionar mi percance, y a eso de las tres de la tarde deciden marcharse, pues Jimmy irá al partido y tiene que dejar en casa previamente a Carolina, la cual ha insinuado que quiere quedarse conmigo, cosa que yo temo.

Antes de irse, cuando ella va a empolvarse la nariz, pregunto a Jimmy:

- ¿ Cuánto crees tú que tardarán en desaparecer estas heridas?.

Y, volviendo a su mirada fija y serena, me dice:

- Mañana no tendrás ya nada.

Y yo sonrío y replico:

- Eso es un poco pronto, ¿ eh?.

Luego vuelve Carolina, y nos despedimos, y antes de irse Jimmy me tira mis llaves desde la puerta, ya que yo no me he levantado, y me dice:

- Ahí van tus llaves, Felipe II.

Y yo respondo:

- Hasta la vista Carlos V.

Ahora, mientras suena José María García, mientras juegan Athletic y Albacete, sueño con mi imagen en un sótano inmenso, poblado de llamas que a mi no me queman, pero sí a otros, regentado por una de las manifestaciones del diablo, y suena la voz de Jimmy al fondo, que dice:

- Mañana no tendrás nada.

3

Y no sólo me he levantado hoy lunes sin una sola marca ni dolor, sino que lo he recibido como algo que ya esperaba y he decidido no darle más importancia, aunque empiezo a sospechar que algo me alumbra y vela por mí, y siento la esperanza de que ese algo me guíe hacia la recuperación de mi querida pistola.

Tras un desayuno fuerte he ejercitado mi tono muscular y me he calzado una ropa cómoda, de forma que a las diez de la mañana ya estaba dando vueltas por todo Bilbao, sin bajar del automóvil, a velocidad reducida, sin pasar de segunda, sin superar los cuarenta, mirando en todas las esquinas, buscando en todos los semáforos alguna cara conocida, tranquilo, con el deseo de negociar, pacífico.

En este momento son las doce de la mañana y todos los pobres con los que he parado a hablar parecían no tener mucha idea de nada que me pudiese interesar. Estoy en la calle *Las Cortes*, paseando, ya que he decidido cambiar de táctica e ir hacia el lugar donde más posibilidades hay de encon-

trarme con esos mendigos. Llevo un cuchillo de monte de asustantes dimensiones, pero sólo como medida de precaución. Me lo he sujetado a lo largo del antebrazo izquierdo con cinta adhesiva, por si tuviera que actuar con rapidez.

La portezuela acristalada de uno de los portales en que me asomo a investigar se abre súbitamente y una mujer joven y muy delgada, con claros síntomas de adicción al *ca-ballo*, y con aspecto de haber sido muy guapa, me dice, con voz baja:

- Pasa.

La observo durante unos segundos. El portal en el que está es oscuro y deja ver un recinto de poco más de ocho metros cuadrados, polvoriento y descuidado, en el que como único adorno distingo un felpudo gastado que descansa al pie de la escalera que conduce a los pisos superiores, la cual sobrevive al tiempo mostrando una débil estructura de madera sin barnizar y que posiblemente crujiará.

- Vamos, ¿quieres pasar?- dice ahora.

Noto cómo se me acelera el ritmo cardíaco cuando decido entrar, sin saber por qué, atraído por la prostituta *yon-ki*. Sonrío, camino despacio hacia el interior, ella cierra la puerta y quedamos atrapados en la oscuridad. Yo me asusto y me preparo a coger el machete, a la vez que digo:

- ¿Qué quieres?.

Y noto el calor de su aliento sobre mis mejillas y el contacto de su cuerpo con el mío cuando me comenta, susurrando:

- Tengo un rato libre, mi marido no volverá a trabajar hasta las tres.

Y entonces le respondo:

- Está bien, ¿ qué quieres?.

Y, cogiendo mi brazo derecho, tirando un poco de él, me conduce hacia las escaleras y subimos dos pisos mientras habla:

- Me gustaría acostarme contigo, y, si te parece, me podrías ayudar un poco, con lo que tu quieras, quinientas, mil..., lo que te parezca, y si no te parece, pues no me das nada, no estás obligado.

Y al llegar a su vivienda me conduce hasta la única habitación que en ella existe y, mostrándome una cama de matrimonio, dice:

- Estos son mis aposentos. Espérame un minuto.

Ella entra en la puerta de al lado, que es el váter, y tarda un rato en salir, que aprovecho para calcular que esta ratonera no tiene más de treinta metros cuadrados, y para descubrir que un niño que no llega al año de edad duerme en una cuna, en la cocina, que esta justo en frente de este cuarto, después de un mínimo pasillo.

La foto de su marido está en una mesita de madera que hay junto a la cama donde estoy sentado. Parece un hombre de unos cuarenta, con barba muy cerrada y muy peludo, corpulento, con aspecto de camionero.

Sale del servicio en ropa interior, enseñando las costillas. Parece anoréxica. No tiene marcas de pinchazos en los brazos, apuesto conmigo mismo mil pesetas a que se lo mete por los tobillos.

Dice que si su marido nos encontrara nos mataría a los dos. Dice que él no puede hacer el amor desde que nació su hijo. Dice que me va a quitar los pantalones. Dice que si quiero que me haga algo especial. Dice que huelo muy bien.

Me la ha comenzado a chupar. Yo no la estoy tocando todavía, pero gime y chupa muy rápido, acelerada. Estoy realmente excitado porque probablemente esta *yonki* tiene el SIDA, y porque se prostituye a espaldas de su marido. Pienso por un momento en tatuajes en zonas íntimas. Luego observo cómo me coloca un *condón*.

Cuando se echa sobre mi para juntar su sexo con el mío la levanto y tiendo sobre la cama, y me pongo encima de ella. La beso con lengua frenéticamente y la toqueteo el agujero vaginal por encima de las bragas, palpando la humedad, escuchando su placer, subiendo un par de centímetros la mano para rozar también su clitoris. Ella, excitada y con prisa, se quita toda su ropa interior sin dejar de tener pequeños espasmos de placer, y estira de mis calzoncillos hacia abajo, de manera que me obliga a despojarme de ellos.

Entonces la penetro y ella dice *si, si, si*, y comienzo a moverme hacia arriba y hacia abajo, y ella abre los ojos y me mira, y saca la lengua para que la bese, y antes de *correrse* baja su dedo índice hasta el lugar de la cópula y toca la unión de mi pene con su vagina, y llega al clímax con un sonoro *ah, ah, ah*.

Salgo de ella. Me retiro el preservativo y me comienzo a masturbar, mirándola, y ella se acerca, y descargo el semen sobre su boca en un principio y luego sobre su cara, y con posterioridad nos tumbamos sobre el colchón y la beso, chupando mi propio esperma, y luego nos separamos, y me ofrece un pitillo, y tras un largo rato de silencio, me dice:

- Me gustaría tener un hijo tuyo.

4

Son las dos de la tarde y termino de vestirme.

La *yonki* volvió al váter hace un cuarto de hora y sigue allí. Ahora pienso en que va siendo hora de largarse de aquí por si el camionero impotente regresase antes de lo usual.

Espero dos minutos y ella no sale, por lo que comienzo a impacientarme. Pasa otro minuto y medio y me acerco a la puerta del servicio y digo, no muy alto:

- Oye. Me tengo que marchar.

No responde. Digo de nuevo:

- Me tengo que ir, ¿eh?

No oigo su contestación, así que golpeo cortésmente. La puerta se abre sola, por causa del primer golpe.

Sobre la taza veo a la *yonki* sentada, inclinada contra la pared lateral. Lleva puestas tan sólo las bragas. Tiene la cabeza torcida hacia el techo, y la mirada perdida, la boca semiabierta y rebosante de saliva. De uno de sus tobillos cuelga una jeringuilla. A un lado de su pie descalzo hay una cuchara y un mechero.

Me acerco y toco su cara. Está fría, pálida.

Miro el reloj: son las dos y siete minutos.

Me quedo mirando el cuerpo de mi última amante durante cerca de dos minutos más, llegando a la conclusión de que no respira, o quizás sí, de que su alma ha abandonado su cuerpo, o quizás no.

Finalmente le dejo quinientas pesetas sobre un muslo, y digo:

- Aquí tienes, ahora me tengo que ir.

Y me doy media vuelta, y comienzo a alejarme, pero antes de salir del váter me giro de nuevo y digo:

- Ha sido un buen *polvo*.

Cuando salgo a la escalera y cierro la puerta oigo cómo el niño, hambriento, comienza a llorar.

5

Dejo de sonreír al arrancar el coche porque vuelvo a la realidad que me hizo venir hasta aquí, y me hago consciente de que no he avanzado nada en mi objetivo.

Antes de conectar la radio nuevo al azar el dial, y cuando la termino de encender escucho a Joaquín Sabina en alguno de los temas lentos de su última creación. Luego tengo que buscar otra emisora porque suena una canción a cuya cantante no conozco pero que escuché berrear hace dos semanas a unas quinceañeras que bebían en la mesa de al lado y que dice algo así como *se-fue-se-fue*.

Me dirijo hacia mi casa dando un último rodeo por Bilbao, y cuando llego a la calle *Sabino Arana* cojo la autopista para regresar a Bilbao-centro por *Juan de Garay*. Antes, en un semáforo, observo cómo la calle está desierta, un poco soleada, hará unos catorce grados, ya que el termómetro de mi coche marca diecisiete y el reloj de la calle dieciocho. Una gitana gorda con un niño moreno cruza la vía y me sonrío, el niño me saca la lengua y se mete un dedo en la nariz.

Mientras conduzco por la autopista creo que pienso de nuevo en tatuajes en zonas íntimas, en ositos de trapo y muñecas antiguas, en que el año lunar no supera los veintiocho días, en lo fácil que es para los camellos matar a alguien,

en la circuncisión, en la posibilidad de que Betis y Sevilla jueguen en un campo único, en lo feos que son algunos entrenadores de fútbol de primera división, en los extraños símbolos fonéticos que tiene el idioma inglés, en el Deportivo de la Coruña y la copa del rey, en el número *e*, en las bandas sonoras de las películas de *Walt Disney*, en las bandas sonoras que han puesto últimamente en los laterales de las autopistas, en mujeres deformes practicando sexo orgiástico, en las profecías, en John Travolta bailando con Uma Thurman en *Pulp Fiction*, en la diferencia horaria con los Estados Unidos, en cruceros por el Caribe, en cicatrices abiertas que recorren de un extremo a otro el tórax y el abdomen, en los cuatro o cinco tipos de comida china que he oído que existen, en la Comisión Nacional del Mercado de Valores, en fiestas privadas en casas de padres que acaban con destrozos, en que desconozco si Jimmy tiene padres o hijos, en por qué giran todos los planetas del sistema solar en rotación contraria a las agujas del reloj excepto Venus.

Llego por fin al semáforo de Juan de Garay y en él está uno de los tipos que busco. En un principio no me reconoce, yo a él tampoco. Luego le llamo y se acerca a la ventanilla del coche. Le enseño un billete de dos mil y le digo:

- Quiero hablar contigo.

El reacciona con cara de espanto y, en un principio da un paso atrás. Le expongo:

- No tienes nada que temer, no quiero hacerte nada, ni a ti, ni a tus amigos. Sólo quiero hablar, te pagaré.

Al fin se acerca. El semáforo se pone en verde. Le digo que suba al coche y no quiere. Aparco en una parada de taxis que hay en la plaza, a cuatro metros del semáforo. Un taxista me dice alguna grosería y levanto un brazo sin mirarle. El pobre me espera temeroso, creo a punto de correr. Cuando llego a su altura habla.

- ¿ Qué quiere...?.

Yo también hablo:

- Mira, tío. No os guardo ningún rencor por lo del otro día ni por lo del coche, ¿ vale?- me explico convincentemente.

- Está bien...- parece decir.

- Pero hay algo que puede que tengáis y que quiero recuperar- yo.

- La *pipa*- él.

- Puede ser...- yo.

- Esa *pipa* era la de Willis- él.

- Escucha, esa *pipa* es mía- yo.

- Usted mató a Willis- él.

- No, amigo, yo no maté a Willis- yo.

- Esa *pipa* era de un buen compañero...usted lo mató. Tendrá que pagar por ella- él.

- Está bien, ¿ me la puedes conseguir?- le pongo cinco mil pesetas en la mano.

- Venga mañana a este mismo lugar. Si trae doscientas mil pesetas la *pipa* será suya de nuevo. Mañana a las diez.

- No me falles- le digo amigablemente, él guarda el dinero en un sucio bolsillo de un viejo vaquero que le cuelga sin marcar apenas el culo.

- Entre usted y yo- acaba él.

- Entre tú y yo.

CONFESIONES DE JIMMY

1

La fiesta en casa de Jimmy está a punto de terminar. No se por qué me estoy metiendo más *coca*. Quizá porque no es mía y ha corrido durante toda la tarde y noche como si fuera caramelos. Carolina y Ruth han desaparecido hace unas dos horas tras meterse juntas en una habitación. Todas las personas con las que hablo y río me son desconocidas, pero aun así les trato cordialmente y ellos me dan palmaditas en la espalda, y, algunos, me ofrecen *Whisky* u otras bebidas, pero mayoritariamente *Whisky*. Un sujeto rubio y exageradamente joven se me ha insinuado a medianoche, y también a las tres de la mañana, más o menos. He conocido a un chico de Madrid que me ha dicho que votó a Mendoza en las elecciones a la presidencia de su club. Dos parejas que han venido juntas de Cataluña han estado fumando *heroína* mezclada con *cocaína*, luego he hablado con una de las chicas en un váter y me ha contado que su marido es adicto a ese revuelto y que a veces le dan depresiones alucinógenas. Yo, muy pasado, le he

preguntado que si dentro de las depresiones alucinógenas se incluía el encontrarla en la cama con otros hombres. Tras los indicios recogidos esta noche estoy empezando a pensar que Jimmy es bisexual. Durante una media hora he estado investigando en la videoteca de Jimmy y he comprobado que a penas tiene películas pornográficas. Después de ver entre los invitados cómo Ruth, en la otra esquina del salón, besaba en la boca al chico que votó a Mendoza me he intentado masturbar durante casi un cuarto de hora en uno de los ocho cuartos de baño. En otro cuarto de baño he encontrado a una pelirroja dormida, muy cargada, y la he chupado la boca por fuera y por dentro sin que se diese cuenta. He descubierto a otro joven al que no conocía haciendo una llamada obscena a su novia desde el teléfono portátil del coche de Carolina. Hemos cenado una carne que estaba deliciosa y Jimmy no ha querido darnos la receta ni los ingredientes. Una mujer de más de treinta y cinco años, a la que he intentado ligar vehementemente, se ha bebido casi toda la botella de vino que había traído yo y que me costó nueve mil pesetas. El *ron* oscuro que hay en esta casa no pasa de cuarenta grados. Tengo la sensación de que alguien me está buscando toda la noche.

2

A las nueve de la mañana se va el último de los invitados, es, por tanto, sábado, dieciséis de Marzo.

Ruth y yo pasaremos aquí el resto del día.

Unas cuantas chicas de alguna agencia de limpieza están poniendo en orden la casa. Yo no tengo sueño, y de todas formas no podría dormir por causa de la *coca*.

El dormitorio de Jimmy es como el salón de una casa normal, y ha permanecido cerrado con llave durante toda la fiesta. Es allí donde estamos ahora. El y yo observamos la televisión. El lleva un traje de baño y una camiseta en la que pone *Black kiss*, tiene las piernas depiladas, y otro tatuaje, minúsculo, en el tobillo, creo que de una máquina de *Pinball*. Está descalzo. Observo la perfección de su pedicura. Tras unos momentos de conversación insustancial me dice:

- Lo he grabado todo.

- ¿ El qué?- cuestiono.

- El *rollo* de Ruth y Carolina- responde, divirtiéndose.

- ¿ *Rollo*?- pregunto.

- Rollo, *polvo*, sexo duro, chupadas de *coño*, orgasmos, *culos* ardientes...todo.

- Ah...- exclamo sorprendido.

- No les digas nada, quiero que sea una sorpresa. Luego lo veremos todos juntos- observa. Me deja atontado, pero no le doy más importancia, pues me *empalmo* gravemente.

Seguimos hablando, yo contesto maquinalmente a sus preguntas pero en realidad no le presto atención. En la te-

levisión veo a un presentador nuevo de *telecinco* que no conocía, y que es realmente feo. ¿ Ruth con Carolina?, era de suponer, me *jodería* más que hubiese fumado de uno de esos cigarrillos de *coca con heroína*.

Carolina aparece bostezando vestida tan sólo con otro niki en el que también pone *Black Kiss*. A un minuto de distancia es Ruth la que llega comiéndose un emparedado de lechuga con huevo hervido y aceite de oliva virgen y nos pregunta si tenemos hambre, y le decimos que no. Luego deciden ir a dormir. Jimmy me guiña un ojo. Tras un rato de silencio le pregunto si el Sol llega a iluminar todas las partes de la Luna o hay una cara de ésta que permanece siempre a oscuras.

3

A las once de la mañana Jimmy y yo jugamos al *póker* mientras las *bolleras* duermen. Apostamos con unos garbanzos que no se exactamente a cuánto dinero equivalen, no se ni si equivalen a dinero. Según la partida progresa los ojos de Jimmy se agrandan y lo blanco de su globo se vuelve también azul, algo que atribuyo a la *coca*. Le están saliendo demasiadas jugadas de valor superior a la escalera, y cada vez que me gana me observa, mira y escruta fijamente con esos ojos tan extraños, ¿ me hipnotiza?.

Cuando parece que la partida entra en rutina, y tras una de esas miradas de mi amigo, que parece durar horas, se levanta y dice.

- Ha llegado el momento de que sepas algo, ven.

Y me hace que le acompañe por esta misma habitación, me agarra del antebrazo. Le sigo de la misma manera que una cobra venenosa sigue a su encantador. Soy por un momento consciente de que estoy en sus manos, de que soy su esclavo, de que mi voluntad no podría negarle nada.

Mueve sin dificultad un robusto tocador de madera de roble del cual caen algunos de los utensilios de Carolina, como barras de labios y lapices de ojos. Luego retira el espejo y descubre una puerta metálica que me dice que abra y que está helada según compruebo al proceder a ello.

Algo me decía en mi interior que esto era lo que iba a encontrar al recorrer esa siniestra compuerta. Pero aun así, la simple constatación de mi presentimiento, unida al horror de la macabra visión que me aguardaba en el momento de mirar al interior de la cámara frigorífica, ha hecho aflorar en mi el sentimiento de espanto, a la vez que he comprendido muchas de las cosas que habían estado jugueteando con lo racional desde hace unos meses. Miro a Jimmy. Este se explica.

- Tranquilo. Ahora, ya lo sabes.

Y yo, sin saber cómo reaccionar, le digo.

- E...eres el diablo.

- No exactamente- responde con voz grave.

- ¿ No exactamente?- yo.

- Podría decirse que soy un diablo, porque el diablo no es un ser único. Hay una estructura, ¿sabes?, una jerarquía...

El momento que sigue a todo esto es el más largo de entre todos los momentos que han seguido a situaciones complicadas en toda mi vida. Pienso, le miro, me siento vigilado, atrapado, dudo, miro los cuerpos humanos que cuelgan en el interior de la habitación que yo abrí.

- ¿ P...por qué me has enseñado todo esto?- cuestiono, finalmente.

- Porque ha llegado tu momento. Porque eres mi alumno aventajado. Porque yo te he moldeado, yo te he guiado.

- ¿ Por qué yo?.

- Eres...- piensa un momento-, eres tan igual a mí. Tu vida es paralela a la mía. Eres yo hace seis años. Estás en la misma situación que yo cuando me reclutaron.

- ¿ Reclutaron?- me estoy empezando a tranquilizar.

- Si. Quien me reclutó, enseñó y guió ya no ocupa este puesto. Yo necesito un sucesor, por si asciendo en la jerarquía, o por si desapareciera. Tu eres...serás...- piensa otra vez- mi suplente, podríamos decir.

- ¿ Tienes poder?- yo.

- Mucho poder, más del que puedes imaginar.

- Entonces...¿ por qué no haces que gane la liga el *Athletic?*- pregunto.

- Veras...para eso...- pausa- hay muchas presiones.

- ¿ Presiones?.

- Sí. Yo soy el encargado de la Zona Norte, pero los encargados de otras zonas también tienen sus caprichos y...hay zonas con más poder que otras. Nosotros ya tuvimos nuestras ligas, pero, tranquilo, ya vendrán más.

Callo por un rato, pienso en la situación sin salir de mi asombro, pero ya más calmado. Me hago a la idea, incluso me gusta. Poder, me gusta.

- Y, ¿ qué debo hacer yo?- inquiero.

- Si me sigues, si me aceptas, serás inmortal. Serás un reencarnante. Yo te guiaré y diré lo que tienes que hacer, tu no tienes que preocuparte.

- ¿ Has dicho, reencarnante?.

- Si. Seguimos creciendo hasta que la biología diga que nuestro cuerpo no está vivo, y en ese momento buscamos un feto, un huevo en gestación, el que queramos de los existentes en todo el mundo, y entramos en él. Si no lo hubiera, lo que es practicamente imposible, moriríamos. Es la inmortalidad, *tío*, el sueño deseado.

- Inmortalidad.

- Serás inmortal a partir del bautizo.

- Estoy impaciente- digo-, quiero que sea cuanto antes.

- Antes te tengo que decir que sólo una cosa puede matar a un diablo, algo a lo que hay que renunciar.

- ¿ Qué cosa?.

- El amor.

BAUTISMO

1

YO: ¿Hacia dónde vamos?.

JIMMY: Todavía quedan unos trescientos kilómetros hasta Zaragoza. Seguiremos por la A-68 hacia allí y tomaremos una de las dos últimas salidas anteriores a esa ciudad.

Pasan dos minutos en los que nadie habla. Tan sólo se escucha el sonido monótono del motor del coche y una cinta de Jazz a muy bajo volumen.

JIMMY: Tengo alguna receta nueva para preparar la pasta. ¿Sabías que con gambas está exquisita?.

YO: No soy partidario de tomar la pasta con productos del mar. La pasta es sagrada, y creo que debe de comerse sola o con algún tipo de carne.

JIMMY: No creo que comer pasta con gambas sea ningún sacrilegio.

YO: De todas formas, el secreto de la pasta está en la cocción. Hay que encontrar ese punto mágico. A partir de ahí, aunque le echés mierda, vas a comerte algo que merece la pena.

JIMMY: Mierda de buena calidad, ¿no?

YO: Eso es, harás una buena mierda.

Jimmy ríe distendido, creo que se está divirtiendo. Yo me encuentro tenso. Estoy sudando por debajo del traje y me molesta el nudo de la corbata.

JIMMY: ¿Has probado la pasta integral de trigo?

YO: ¡*Joder!*, ya lo creo. La muy *puta* tarda más de veinte minutos en ponerse a punto.

JIMMY: Veinticinco, *tío*, veinticinco. Pero es buena mierda. Y además es cojonuda para cagar.

YO: Eso sí. Te cagas hasta en Dios. Pero unos jodidos *espaguetis* que tardan veinticinco minutos en ponerse *ca-*

chondos no me parecen buena mierda, *tío*. El tiempo es *jodido* oro.

JIMMY: Eso también es verdad. El jodido tiempo es oro.

Jimmy ríe de nuevo. Yo, ahora, sonrío. Pero soy consciente de mi preocupación.

La cinta de Jazz se ha acabado y pasa más de un minuto hasta que Jimmy decide cambiarla por otra de los *Stray Cats*, de la que se aburre rápido. Entonces busca algo en la radio, pero discutimos sobre qué programa deportivo nocturno escuchar. Encuentra otra cinta. Pone esa otra cinta. Pasa el tiempo. Jimmy se hace el dormido durante cerca de veinte minutos.

2

YO: ¿ No me vas a decir a dónde vamos?.

JIMMY: Eso no debería de preocuparte, rubio.

YO: Pero creo que tengo derecho a saberlo. Además, no se qué tengo que hacer.

JIMMY: Vamos a realizar el acto de tu bautismo. Es una cosa muy seria. Pero eso ya te lo explicaré más tarde.

Ahora quedan menos de cien kilómetros para Zaragoza. No me explico por qué Jimmy mantiene todo tan en secreto. No se ni a dónde nos dirigimos ni qué es exactamente lo que debo hacer. Se que llevo la pistola y el machete, según consejo de Jimmy, y unos finos guantes de cuero negro. Eso me hace temer que vamos a tener una noche movida. Un bautismo movido.

El no parece muy dispuesto a hablar. Me observa, se regocija con mi nerviosismo y me estudia sádicamente.

YO: Jimmy.

JIMMY: ¡ Qué!

YO: ¿ Existe Dios?.

Jimmy comienza a reír con fuerza. La carcajada le hace doblarse y casi golpea el parabrisas del coche robado con su rostro. Yo me siento confuso, pero cuando él me mira también me río. Luego se pone serio.

JIMMY: No existe un Dios tal y como lo imaginan los inocentes. No existe un ser benefactor que se asemeje al que dibujan las religiones. Sólo hay un creador. Una única fuente de la que todo se engendra. Este creador es el diablo. Dios es el diablo. El Diablo es dios.

YO: Así que...Dios es un ser malvado...

JIMMY: Este Dios está por encima del bien y del mal. Estas cualidades sólo preocupan a los débiles. Son secundarias. El diablo es un perfeccionista, y la búsqueda de la perfección está muy por encima del bien, del mal y de la justicia.

YO: ¿Cuál es, entonces, nuestra misión?

JIMMY: Nosotros somos ejecutores independientes de la voluntad del diablo. Nuestra única misión es depurar.

YO: Depurar.

JIMMY: Depurar. Ese es el patrón único de conducta, dentro del cual podemos actuar con libertad. El no juzgará nuestras acciones. El ya nos ha elegido. A partir de esa elección confía plenamente en nosotros, porque somos parte de él.

La circulación en la autopista es fluida. Esto es normal a estas horas.

Estamos ya cerca de Zaragoza. La radio del coche emite un programa taurino. Mañana, lunes, dormiré durante todo el día.

JIMMY: Toma la siguiente salida.

Jimmy me ha hecho parar en el carril de salida de la autopista, antes de llegar a la cabina del peaje. Ha quitado la radio y ha comenzado a comprobar la *Star 9mm Parabellum*. Hay un silencio completo. Bajo dos centímetros de la ventanilla del coche robado y ahora sí escucho la noche, su silencio, su grito y su llanto, su risa. El frío que logra penetrar por el resquicio calma mi sentir sudoroso hasta que cierro de nuevo al ser consciente de que empieza a ser gélido. La zona del peaje está a doscientos metros y sólo tímidamente su luz alcanza el interior del habitáculo donde se planea alguna suerte de ritual cuyo contenido me es desconocido. Hace unos días conseguí hacerme con una película que trataba sobre un profesional del tatuaje y he descubierto, además, que existe material pornográfico relacionado con este tema. Jimmy termina de montar la pistola introduciendo el cargador con fuerza. Yo observo su perfil y pienso en el por qué de su extraña perversión pictórica.

JIMMY: Ahora escúchame atentamente. No me interrumpas. Luego me harás las preguntas que desees. ¿*O.K?*

YO: Las preguntas al final.

JIMMY: Eso es. Te voy a explicar lo que tienes que hacer para ser uno de los nuestros.

YO: Te escucho.

JIMMY: Aunque, como sabes, nuestra misión es perfeccionar, depurar, tú aún debes adquirir el *status* necesario para poder empezar ese cometido. Esa situación la alcan-

zarás a través del bautismo. Yo tengo la potestad de bautizar, de crear nuevos súbditos inmortales.

El bautismo consiste en una prueba. Esta prueba no evalúa tu aptitud, pues sé que la tienes. Esta prueba es tan sólo testimonial. Es como una firma. El testigo de tu aceptación.

El bautismo, en definitiva, es un sacrificio. Debes de matar a aquel a quien yo te diga y extraer de él una parte de su cuerpo que deberás conservar como símbolo. Generalmente se hace con un hueso pequeño, como una falange de un dedo, o el tabique nasal, o el estribo, o algún hueso carpial o tarsial.

Lo que vas a hacer es ir a la caseta del peaje y matar al desdichado que se encarga de ella. Y lo debes de hacer ahora. Toma tu pistola. Ahora puedes hablar.

Siento miedo, mi corazón está acelerado. Dudo. Espero que mi cuerpo genere suficiente adrenalina.

YO: Pero...es posible que haya cámaras, que suene una alarma...podrían descubrirnos...

JIMMY: Eso no debe de preocuparte.

Camino hacia la garita lenta y metódicamente. Silbo ese fragmento de *Pedro y el lobo* en el que aparece el lobo. Estoy satisfecho porque no he necesitado drogarme para hacer esto. Tengo la *Star 9mm* enganchada en la parte trasera del pantalón y el cañón de ésta se pega a mis glúteos. No llevo ropa interior y ese rozamiento genera ligeras molestias. En mi antebrazo, bajo la ropa, reposa el machete, recién afilado. Es un arma casi tan mortífera como la Star, en mi opinión.

Alcanzo la caseta. El empleado duerme. Echo un vistazo y compruebo que no viene coche alguno. Me dirijo a él tras golpear en la ventana corredera con los nudillos. Despierta rápidamente y me escucha con cara de atontado.

- Oiga, perdone. Vera...tengo un pequeño problema.

- ¿ Qué ocurre?.

- Allí está mi coche, ¿lo ve usted?- señalo hacia el coche desde donde Jimmy observa.

- Si, ¿ le ocurre algo?- se interesa.

- He pinchado una rueda y no tengo gato- le informo.

- Pues...sin un gato...va a ser difícil que cambiemos la rueda, ¿ eh?- sonrío, yo le devuelvo la sonrisa y le digo:

- Usted me dirá.

- Menos mal que yo tengo un gato- señala a uno de esos coches todo-terreno de mantenimiento de las autopistas, y se ríe. Baja de la garita, la cierra con llave, y me dice que no debería de abandonar el puesto, pero que al carajo con las normas, que lleva dos horas sin atender a nadie. Le acompaño hacia el todo-terreno. Coge una linterna y un gato. Me dice que me ayudará a cambiar la rueda. Se dirige hacia el coche robado delante de mi, el muy imprudente. Antes de alcanzar el automóvil dice algo sobre el tiempo que ha hecho esta semana. Cuando quedan apenas cinco pasos para que descubra que no existe tal rueda pinchada decido pasar a la acción.

- Me temo que no le voy a poder pagar a usted el peaje- ya tengo la pistola en la mano con el seguro quitado.

- ¿ Bromeas?- su cara se ha puesto seria, se para y se vuelve hacia mi.

- No, no bromeo. Acabo de darme cuenta de que va a ser imposible que le pague el peaje.

- Y eso, ¿ por qué?- su voz suena extraña. Creo que empieza a sentir miedo.

- Porque un muerto no puede cobrar el peaje.

Coloco el arma a quince escasos centímetros de su frente y disparo. Antes de abrir fuego, en una décima de segundo, veo una cara dominada por el horror que grita:

- ¡ No!.

La bala entra limpiamente a través del hueso frontal. Mientras cae fulminado un chorro de sangre viene a mi a gran velocidad e intento esquivarlo saltando hacia atrás y abriendo las piernas, pero me alcanza en la parte baja del pantalón. Veo cómo Jimmy observa con atención desde el interior del coche, de rodillas sobre el asiento y con la cara apoyada en el parabrisas. Estudio el cuerpo a una distancia prudencial. La sangre ya no mana con tanta fuerza de la herida. Creo que la bala no ha salido de la cabeza, debe haberse alojado en el hueso occipital. Se ha formado ya un charco que se empieza a espesar. Me llama la atención que del pequeño agujero que hizo el proyectil sale vapor, y también del suelo tintado de rojo. Me ha parecido que, a pesar de estar muerto, el cuerpo ha temblado por un momento.

Me acerco a observar el orificio. Mi cara está muy cerca de la suya. Noto ese calor que le abandona. Las burbujas de aire mezcladas con sangre y sesos hacen un ruido peculiar y pegadizo que tengo la sensación de haber escuchado antes. Intento meter el dedo meñique por el agujero pero este es demasiado pequeño. Ya no estoy nervioso ni tengo ningún miedo. Estoy eufórico, embriagado por el sentimiento de poder que otorga el matar. He sacado el machete de su escondrijo y estoy practicando pequeños cortes en la basta nariz de este trabajador nocturno. Luego pierdo el interés por esa zona y le corto un dedo de la mano izquierda. Lo hago de igual manera a como cortaría el muslo de un pollo muerto. De hecho, las sensaciones son las mismas. Luego divido el dedo por cada una de sus dos articulaciones, consiguiendo tres partes. Elijo la falange intermedia, que me cuesta desembarazar de la piel y carne superiores. Luego la miro, todavía húmeda y no lo suficientemente pulida. Acerco lo que será la prueba de mi bautismo a mi nariz y recibo un olor a carne fresca. La beso.

Siento una fuerte excitación y placer interior seguidos por un escalofrío.

Maravillado, en una nube, entro en el coche y, mostrando a Jimmy mi trofeo, esperando que no le parezca poco original, pido su opinión:

- ¿ Qué tal ha estado?.

Y él me la da:

- Bucólico.

5

Un grito enloquecido perturba la noche de mi habitación. Despierto de una pesadilla. Tal como en las películas, me encuentro sentado en la cama con la cara mojada por el sudor y la mirada perdida. Mi sueño no era una fantasía, como habitualmente. Mi sueño recreaba fielmente lo sucedido anoche en el peaje, paso por paso.

Salgo de la cama hacia la nevera. Bebo medio litro de leche fría. Miro el reloj de la cocina. Son las siete de la mañana. Me pregunto el por qué de ese sueño. ¿ Por qué me ha aterrado?. Me siento en el tresillo del salón y leo el nuevo teletexto de tele-cinco. Pero oigo gemir al perro abandonado que recogí ayer en la carretera y vuelvo al pequeño cuarto donde lo encerré. Está muy delgado, sucio y despide un olor nauseabundo. Me mira con agradecimiento cuando le sirvo un plato con solomillo de ternera crudo. Entretanto recuerdo que en la pesadilla yo era el encargado del peaje. Pero lo que

me asustó es ver mi actuación desde fuera, ver mi cara, ver mis ojos...

El perro, Beelzebub, me observa divertido mientras pasan los veinte minutos en los que subo escalones en la posición de dureza intermedia del *steper-BH-Sherpa*. Mueve el rabo con timidez y saca la lengua. Quizás desconoce que le pienso bañar y cortar el pelo, casi al cero, con posterioridad.

Tras sacar al chucho de la bañera lo escurro con una toalla y lo encierro en el cuartito hasta que quede lo suficientemente seco para poder utilizar la máquina rapadora. Mientras me entretengo con la falange del infausto encargado de la autopista. Mi primer trofeo. El símbolo de mi poder, de mi pertenencia al ser creador, de mi indestructibilidad. Siento una fuerte sensación de seguridad. Levanto con las dos manos esa señal de victoria y hago un guiño al más allá. Ya soy uno de vosotros, compañeros. Ya puedo ayudar a perfeccionar este mundo. Quiero depurar, necesito depurar. Noto un fuerte impulso destructivo. Parece como si mi fuerza vital se hubiese multiplicado. Puede que eso sea la constatación de que soy algo parecido a un Dios.

AL NATURAL

1

JIMMY: Me figuro que será importante lo que me tienes que decir. Has llamado en mitad del *polvo*.

YO: *Tío*, el perro se ha comido la falange.

JIMMY: ¿ Que el perro qué?.

YO: Ya sabes. El *puto* perro que recogí en la carretera porque su mirada me recordaba a la de esa modelo.

JIMMY: ¿ Y qué dices que ha hecho?.

YO: Se ha comido la falange del *jodido autopistero*. El *puto* hueso ese de los *cojones*, el símbolo. Estoy *jodido, tío*. Y mira que le he dado de comer solomillo a ese *hijo de*

puta. Pues se la *cepillado*. ¿ Qué va a pasar ahora, *tío*?, ¿ es importante?

JIMMY: Es relativamente importante. Sin tu símbolo no te podrás reencarnar.

YO: Me *cago* en Dios, *tío*. ¿ Y qué hago?. Me ha *jodido* el *puto* perro. Me *cago* en Dios.

JIMMY: Bueno...no es tan grave. Hay alternativas. Soluciones. Es bastante sencillo.

YO: Te escucho.

JIMMY: Por un lado, bastaría con que consigas otro hueso del mismo hombre, pero eso se me antoja complicado, ¿ no?.

YO: ¡ *Joder...!*.

JIMMY: Por otro lado, es suficiente con que mates al animal y le arranques un hueso.

YO: Ya. ¿ Y no hay más posibilidades?.

JIMMY: No.

YO: Es que matar al perro...¿ has visto qué mirada tiene?, parece un auténtico lobo.

JIMMY: No es necesario que lo mates, puedes esperar a que muera y entonces coger un hueso. Pero eso sería

arriesgado. Yo en tu lugar lo mataría ahora mismo, pero es cosa tuya.

YO: Bueno. Sería cuestión de mantenerle controlado, de no perderle de vista, ¿no?.

JIMMY: Sería cuestión de eso.

YO: Bueno, *tío*. Me dejas tranquilo. No es tan grave. Gracias. ¡ *Joder* con el chuchó!. No te puedes fiar ya ni de un *puto* perro, ¿eh?.

JIMMY: Ya ves.

YO: Pues nada, hasta otra. Y perdona por la interrupción.

JIMMY: Tranquilo, no pasa nada.

YO: ¡ Ah!, y dile a Carolina que lo siento por cortar vuestro momento.

JIMMY: *Tranqui, tío*. Carolina está en Los Angeles, esta es otra *zorra*.

2

Sólo he notado un cambio en mis costumbres desde que soy Dios. Aunque siento el cansancio y a veces tengo sueño, me recupero más rápidamente que cuando era un ser mortal. Todo ello supone que apenas necesito dormir tres o cuatro horas, que puedo hacer prácticamente el doble de los cotidianos ejercicios de musculación que antes, y que posi-

blemente pueda llegar a superar la cifra de diez orgasmos diarios. Esto hace que de día me esté comportando como un ser normal. Es a las noches cuando dedico ese tiempo que me sobra a matar, violar analmente o destruir. He cogido la manía de arrancar vísceras a aquellos a los que castigo.

Con Ruth y mis amigos me comporto con gran naturalidad. No parece que ninguno de ellos haya percibido nada anormal en mí. Ruth quizás sí, pero está demasiado contenta como para poder sospechar.

Hoy es viernes veintiocho de abril. Todavía no se ha cumplido ni una semana desde que alcancé esta posición, pero creo que he adquirido ya suficiente temple y experiencia. Parece como si llevase años haciéndolo.

El martes tuve una idea genial. Llevé a Beelzebub al veterinario y le mandé que le cortase el rabo. El facultativo estuvo bastante reticente a entregarme el apéndice extirpado y tuve que ponerme violento. Ya en casa, extraje uno de los pequeños huesos de dicha extremidad. Luego me puse en contacto con el maestro Jimmy, que me felicitó por mi idea. Esa noche visitaría de nuevo al veterinario.

El perro ha quedado estéticamente mejor que antes. Esa pequeña operación, junto al hermoso pelo negro brillante y muy corto que le he dejado, hace que posea una figura tremendamente agresiva. Además, desde que sólo come carne humana sus músculos están adquiriendo un vigor destacable. Ultimamente parece incluso tener inteligencia. Cuando me

mira con sus ojos rojos ofrece un aspecto malévolo. Ayer, mientras yo guardaba en la caja fuerte de mi casa el hueso de su rabo, mi símbolo, me pareció que me observaba con una expresión de reproche. Fue cuando le dije:

- No me mires así *cabrón*. Ha sido culpa tuya. Esto te pasa por vicioso.

E hizo un movimiento de cabeza que me pareció que quería decir:

- *Tranqui*.

Luego le di medio riñón del taxista al que acuchillé el lunes-noche porque quiso cobrarme casi cincuenta pesetas más de lo debido y, tras devorarlo, me chupó la palma de una mano en señal de que todo estaba olvidado.

3

Consumo la tarde del viernes con Ruth. Paseamos por el casco viejo de Bilbao a las siete. Bebemos cerveza. Grupos de jovencitas se emborrachan desde las cinco. Ruth lleva un vestido ligero, sin medias, con botas altas. Debe de tener bastante frío. Yo llevo un cuarto de gramo de la *heroína* que robé al tipo que destrocé hace dos días, una jeringuilla, una cuchara, un mechero y un tubo elástico de color amarillo-auto.

Ahora estoy besando a Ruth. Apoyados en la barra del *kaixo* ella cierra los ojos, yo intento descubrir si lleva ropa interior sin que ella se de cuenta. Está borracha, han basta-

do cuatro cañas para que yo llegue a esa conclusión. Lleva bragas, ha bastado poner la mano sobre su *culo* para que yo llegue a esa conclusión. Después de chuparle los labios, dientes, lengua y encías, me acerco a su oreja izquierda y le susurro:

- Estás hecha una auténtica *zorra*.

Ella sonrío, me hace un guiño y dice:

- Voy al lavabo.

Yo le digo que espere un momento, que voy a pedir algo, y me dice que quiere otra cerveza, pero es tarde porque ya me están preparando dos *vodka-naranja*. Luego la beso de nuevo. Una chica muy joven me mira desde la esquina cercana a la entrada. Lleva pantalones cortos ajustados negros y tiene un culo impresionante. Ruth se va al servicio por fin. Yo pego un largo trago a mi bebida y miro de nuevo a la chica, que me dedica una sonrisa. Le hago un gesto con la mano y decide venir.

- Creo que te conozco- me dice.

- No se, puede ser.

Se queda callada, posiblemente por timidez. No obstante, se ve que ha bebido algo de alcohol. Su mirada es descarada, fija, brillante.

- ¿Qué haces esta noche?- acabo diciéndole.

- Esta noche no puedo salir, tengo que estar en casa a las once y media- informa.

- ¿ Cuántos años tienes?- pregunto.

- Dieciséis- miente.

Le agarro de la mano y le digo:

- Me gustaría quedar contigo más tarde.

- ¿ Hoy?, ¿ y esa chica?- contesta y pregunta.

- No te preocupes.

- Vale...

- Podemos quedar a las once y te llevo a casa.

- ¿ Tienes coche?.

- Si- veo que Ruth sale del urinario.

- Bueno. Viene tu amiga- dice la joven.

- A las once te espero en la puerta de este bar- le suelto la mano.

- Vale- se va. Habla con dos chicas de su edad. Me miran sin disimulo. Una de ellas hace un gesto y les dice, estoy casi seguro, que vaya bueno estoy.

Ya en las afueras de Bilbao paro a un lado de la carretera. La chica se llama Vanesa. Le he tenido que mentir diciéndole que tengo sólo veinte años. Son las once y diez y me dice, con voz nerviosa:

- Sólo podemos estar un rato, tengo que llegar a la hora o sino mañana no me dejarán salir.

- Tranquila, sólo un rato- resuelvo decir.

Me inclino hacia ella y le pongo una mano a cada lado de la cara. Ella se abalanza sobre mi boca y me absorbe como una fiera. Quedo impresionado, pero muy excitado. Le palpo las *tetas* por encima de la ropa. Gime. Le empiezo a tocar el pequeño pantalón hasta llegar a la zona de la hendidura de su sexo. Está húmedo. La levanto a pulso y la pongo sobre mi. Ella se frota contra mi miembro erecto. Como estamos muy incómodos decidimos pasar al asiento trasero. Un coche lleno de borrachos que pasa demasiado cerca del nuestro hace sonar la bocina. Nosotros seguimos con lo nuestro. De repente su pierna tropieza con la botella de tequila a medio terminar que dejamos ahí Ruth y yo hace dos semanas, y dice:

- ¿ Qué es esto?.

- Tequila, creo- acierto a contestar.

- ¿ Me das un poco?- pide, sorprendiéndome.

Y bebe un largo trago. Luego yo hago lo propio. Y ella parece que no se cansa de tomar más y más. Y acabamos todo el tequila. Y es cuando empiezo a pensar que esta niña es una auténtica *putita*. Y se tumba a lo largo del asiento, diciendo:

- Tengo sueño- y cierra los ojos.

Y yo le beso en la boca de nuevo. Y le toco todo el cuerpo sin que ella diga nada. Ahora las tetas por dentro. Ahora el *coño*. Ahora el culo. Y creo que se ha dormido.

En una película vi que primero ponían agua destilada en una cuchara, lo hago. Luego mezclaban la heroína con el agua destilada, lo hago. Luego calentaban esa mezcla con un mechero, lo hago. Luego absorbían todo ello con la jeringuilla, lo hago.

No distingo ninguna vena en el brazo de Vanesa, así que tengo que usar el tubo de color amarillo-auto. Mientras torpemente va aflorando alguna, ella despierta levemente, pero no dice nada. Tal como vi en aquella película, hincó la aguja en el lugar indicado de su brazo y extraigo un poco de sangre de ella, que se junta con el *caballo*. Después se lo introduzco lentamente.

Al cabo de un rato despierta y me dice que qué hora es con una voz casi ininteligible. Yo le respondo que las doce y cuarto, y se vuelve a tumbar. Entonces me desnudo por completo y busco unas tijeras que tengo en un compartimento situado en la puerta de al lado del volante. Desnudo a Vanesa lentamente cortando su ropa. Ella me mira de vez en cuando

y sonrío o emite algún sonido que no logro traducir. Cuando los dos estamos desnudos me coloco encima de ella y la beso. Ahora, sus besos son más pausados, más dulces, más tiernos. Le toco el *clitoris* y mueve la cabeza del placer. Un poco después le chupo el *coño* y el *culo*. Más tarde le pongo el falo erecto en la boca y lo chupa sin profesionalidad. Yo le animo:

- ¡ Chupa, *puta!*

Y lo hace más rápido. Pero me daña con los dientes. Entonces le abro las piernas lo más que puedo y le pregunto:

- ¿ Quieres que te *folle*, *zorra?*

Y me responde, muy drogada, que sí, que lo haga. Entonces le destrozo el himen virginal de un golpe seco y, aunque no grita, siento cómo le duele. Continúo *follándola* con violencia, deseando desgarrarla, diciéndole:

- ¿ Te parece bien así, *puta?*

Y ella respondiéndome:

- Si, así...

Y me *corro* dentro con potencia, estirándole del pelo en ese momento cumbre. Pero sigo *follando*, y ella se derrite del placer. Es cuando le pregunto, ya untándole con saliva, si quiere que se la meta en *culo*. Ella dice que sí. Yo le digo que me lo pida por favor y que me reconozca que es una *zorra*. Ella lo hace:

- ¡ Métemela en el *culo* por favor!. Soy una *zorra*.

Y ahora también la desgarró. Esta vez sí grita. Y la comienzo a abofetear, cada vez más fuerte. Y cuando veo que voy a alcanzar el orgasmo de nuevo le doy un fuerte puñetazo en la nariz, rompiéndole el tabique. Luego me *corro* en su *culo* y comienzo a besarla con lengua por toda la cara, chupando la sangre que mana de su nariz. Ella también me chupa, y me toquetea los músculos.

Un poco más tarde se duerme de nuevo. Yo le robo la cartera, entretanto, y descubro que en realidad tiene quince años, y que se llama Ana Belén. La saco del coche en mis brazos y la poso sobre el arcén. Luego meo al lado suyo. Me agacho, le beso la boca. Ella mueve la cabeza. Tiene la nariz muy hinchada. Subo al coche y regreso a casa. Son las dos. Escucho música clásica en el 90.6 de la FM.

PERFECCIONANDO

1

Recientemente he adquirido una lonja en la calle *San Adrián* que estoy terminando de adecuar y pertrechar con los utensilios que necesito. Es allí donde llevé a la víctima del lunes.

A pesar de que aquel día era fiesta nacional, yo trabajé. Fue una ronda nocturna cotidiana. Andaba yo por la calle buscando cualquier pieza de calidad. Pensaba en alguna prostituta. Quizás un travestí. Pero el destino me llevó a algo mucho mejor.

Fue al doblar una esquina cuando vi a aquellos delincuentes habituales forzando la cerradura de un comercio

cuya compuerta metálica ya habían violentado sirviéndose de una palanca. Mi cabeza actuó con celeridad. Me acerqué a ellos con sigilo, sin atraer su atención. Con las piernas separadas y agarrando la pistola con ambas manos, apuntándoles, grité:

- ¡ Alto, policía!.

Dos de ellos se dieron a la fuga. Uno quedó sólo, a mi disposición, y le hice caminar delante mío hasta que llegamos al coche. Mi cara debía mostrar brutalidad porque la suya aparentaba miedo.

- Soy policía secreta- le iba diciendo, y le informaba también de que no hiciese ningún movimiento sospechoso.

Mi actuación como servidor de la ley fue pésima. Mi intención era que él se diese cuenta de que era mentira. Creo que nunca me creyó, y eso le hacía estar aterrado.

Cuando metí el coche en la lonja y cerré la puerta blindada le conduje a punta de pistola hasta una silla de metal que yo diseñé e hice construir, y que está provista de cuerdas de cuero y cadenas. Le até y le comenté que le iba a interrogar. Fue en ese momento cuando dijo:

- Usted no es policía.

Y yo respondí:

- ¿ Quién ha dicho que lo fuera?.

Después me dirigí al cuarto de las herramientas y me hice con todo lo necesario. Fui apilando delante suyo los ma-

teriales que pensaba utilizar. El comenzó a sollozar. Que si era muy joven, que si no tenía para comer, que si dos hijos, que si su madre enferma. Y terminó de enfadarme, por lo que le agarre con fuerza de los pelos y vacié más de la mitad de un bote de insecticida a presión sobre su cara. Para tranquilizar mi ira le gritaba:

- Toma *mierda* para tus hijos y para la *zorra* de tu madre. ¿ Está frío, eh?. ¿ Sabe bien?. ¿ Pica?. ¿ Sabes?, es de los que perjudican la capa de ozono. ¿ Te parece mal?. ¿ No serás ecologista, no?.

El dejó de suplicar. Temblaba, en parte porque el líquido le había dejado zonas de la cara heladas. Entonces le corté los párpados superiores de los ojos con el machete. Tuve cuidado de no dañar los globos oculares. Al perro le encantaban. Después le eché más insecticida sobre esa zona, y pude distinguir, entre gritos, cómo la sangre se juntaba con sus lágrimas. Luego comenzó la fase de su derrumbamiento. Empezó a implorar otra vez, a ofrecerme cosas imposibles. Yo sonreía y le llamaba ladrón.

Murió llorando y tosiendo, asfixiado. La causa fue que le hice una traqueotomía con el berbiquí eléctrico, le agrandé el agujero arrancándole la nuez con mis propias manos, y le metí en el conducto respiratorio dos pilas de tamaño intermedio, una vieja bujía, y un calcetín de los *Bulls*, empapado con una mezcla de gasolina y salsa tártara.

Después recogí las vísceras que tenían un mejor aspecto y metí su cuerpo, descuartizado, en un saco. Más tarde lo dejaría en el contenedor de basuras mas cercano. Sobre el

saco, con tinta negra, escribí en grandes letras la palabra *HUMBABA*.

Cuando entré por la puerta de casa Beelzebub saltaba ansioso al ver que traía una bolsa de la cual caían pequeñas gotas de un líquido colorado.

2

Fue el martes por la tarde cuando me abordó aquella antigua vecina en un hipermercado de las afueras de Bilbao. Yo estaba intentando hipnotizar a una niña de unos doce años que esperaba con sus padres en la cola que se había formado en una de las cajas. Fantaseaba con que me la tocara con disimulo con sus candidas manitas. Entonces apareció esa mujer intentando disimular sus cincuenta años. Sonreía. Me decía que me había visto crecer. Que qué grande me había puesto. Que qué guapo estaba. Que cómo pasa el tiempo. Me preguntó por mi madre. Me contó que ya no vivía con su marido y que le gustaba dar fiestas. Me dijo que sus alumnos eran de mi edad. Me tocaba el hombro y los tríceps. Yo le respondía tímidamente e intentaba ser amable, lo que me costaba mucho. Me daba la sensación de que estaba drogada. Probablemente era una de esas adictas a la mezcla de cafeína y pastillas para dormir. Luego me comentó que tendría que esperar a un autobús con todas esas bolsas. Yo me ofrecí a llevarla a su casa.

En el coche siguió hablando sin parar. Cruzaba las piernas y se movía de una manera indignante. Despedía un nauseabundo olor a perfume. Me preguntaba si ya había hecho la *mili*, si ya había acabado la carrera, si tenía novia, si

me gustaban las aventuras, si iba a misa, si hacía deporte, si me gustaba el fútbol, si iba mucho al cine y si me gustaba la televisión actual. Luego comentaba de nuevo lo alto y guapo que me había puesto y repetía lo pequeñito que era cuando me conoció. Casi al llegar al portal de su casa me preguntó que para qué había comprado tantas herramientas. Le dije que era aficionado al bricolaje y comentó que estaba bien que los jóvenes tuviésemos alguna otra ocupación que no sea beber y drogarnos.

Al terminar de subir las bolsas a su casa me tocó de nuevo los brazos, alabando lo fuerte que estaba. Se insinuaba. Miraba fijamente. Tenía una anticuada forma de coquetear que me irritó. Luego me ofreció algo de beber y agarré una botella de Brandy. Ella dijo que no tuviera prisa por marcharme y desapareció por el pasillo. Encendí la televisión para evitar escuchar el silencio. Un rato más tarde regresó con una bata puesta y me dijo que le sirviese una copa. Yo le hablé con seriedad:

- Se que te apetece que te lo haga.

Ella no supo reaccionar, me miró con timidez y bajó la cabeza, yo repetí:

- Te estás muriendo por que te la meta en el *coño*, ¿verdad?.

Entonces se levantó y me agarró de una muñeca para llevarme al dormitorio. Se tumbó en la cama, y sin decir nada, respirando agitadamente, nerviosa, abrió su bata. Yo vi ese cuerpo. Una imagen espeluznante. Carnes delgadas pero blandas, caídas, fofas. Me quedé observándola, le dije que se

quitase las bragas. Lo hizo y se tocó las tetas. Después movió su mano diciendo:

- Ven.

Yo saqué el miembro de su agujero y comencé a masturbarme. Ella me miraba impresionada y no hacía nada. Le dije:

- ¿Quieres que te *folle*?

Respondió:

- Si.

Entonces me puse sobre ella y se la metí durante algo menos de un minuto. Ella enloquecía. Se movía como una golfa. Me daban asco su olor y su cuerpo. Tuve tiempo de escuchar el centrifugado de la lavadora, desde la cocina. Decidí comunicarle que me iba a poner un preservativo y la saqué. Llevé mi mano hacia atrás y cogí la *Star 9mm Parabellum*. Fingí que me colocaba el profiláctico, pero lo puse en el cañón del arma. Ella facilitó las cosas. Estaba tendida, con las piernas abiertas y los ojos cerrados. Introduje la pistola en su vagina. Disparé. Gritó endemoniadamente y comenzó a desangrarse. Yo me aparté y grité:

- Así *follo* yo a las *putas*.

Tras su último estertor escribí sobre la cabecera de la cama, en la pared: *LA SALVACION DEL HOMBRE INSULSO ES LA PERDICION DEL DIABLO*.

Esa noche Beelzebub devoró un hígado, a pesar de que daba muestras de tener principios de cirrosis.

3

- Entra, aquí estaremos más seguros- dije el miércoles al drogadicto de unos treinta años que me había confundido con un camello y me había dicho algo parecido a esto:

- Necesito medio gramo *tío*. Haré lo que quieras. Fíame el *jaco*. Te pagaré el doble otro día.

Le dejé sentado sobre la silla metálica. Le di una manta porque tiritaba de frío. Yo fui a la parte trasera y preparé una *papelina* en la que metí un poco de *Cola cao*. Cogí dos jeringuillas hipodérmicas y rellené una con *Whisky JB*. Desprendí el machete de mi antebrazo quitando la cinta adhesiva y lo camuflé en un bolsillo interno de la americana, junto con la Star 9mm Parabellum. Me quité los pantalones, quedando semidesnudo. Regresé a la silla y le dije que yo se la metería, que era una *mierda* muy pura y que yo controlaba. También le dije:

- Me va el *sado*.

Y se dejó atar como un corderillo.

Observó con ansiedad nerviosa cómo le preparaba el *pico*. De vez en cuando le guiñaba el ojo y le decía que con eso íbamos a pasarlo muy bien. Por fin acabé el asunto. Há-

bilmente camuflé la jeringuilla con el *Cola cao* y mostré la otra que tenía esperando. Luego me levanté del suelo y fui a él. Le miré fijamente. Le toqué el pelo y acaricié su rostro. Le busqué una vena y le pinché. Le metí todo el *JB*. Dejó de temblar, miró hacia el techo de la lonja. Luego hacia mi. Estaba borracho, y parecía furioso. Gritó:

- ¿ Qué es esta *mierda* que me has metido?, ¡ esto no es *caballo!*

Yo aclaré:

- Tampoco yo soy *camello*. Ni *maricón*. Pero sí soy sádico. En eso no te he engañado.

- ¡ Suéltame, cabrón, sácame de aquí!- gritaba amenazante.

Yo sonreí y me puse los pantalones. Cogí la jeringuilla con el *Cola cao* y le dije:

- Esta es la buena- Y le apunté con ella, y la descargué sobre él. La supuesta droga le salpicaba ante su atónita mirada. Luego bebí un sorbo de *JB* y seguí hablándole.

- La verdad, *tío*. No se cómo prefieres ese *jodido caballo* a esto.

El callaba, indignado. Yo estaba molesto porque no mostraba signos de pánico, ni siquiera de debilidad. Entonces saqué la *Estrella* y comencé a jugar con su cargador. De vez en cuando le apuntaba. Luego me apuntaba a mi mismo. Luego me reía y le decía:

- ¿ Sabes?. Igual te mato. Igual no.

El no decía nada, y no lloraba, ni suplicaba. Creo que se le había pasado hasta el *mono*. Sólo se escuchaba mi voz, sólo yo hablaba:

- ¿ Te preocupa el problema de la tala de árboles en la Amazonía?. ¿ Sabías que ha salido ya el nuevo *Boeing 777*?. ¿ Has probado la pasta integral con gambas?. ¿ Existió Jesucristo como figura histórica?. ¿ Crees que hay mucha diferencia entre un *486* y un *Pentium*?

Entonces, motivado por su indiferencia, saqué un martillo y clavos del cuarto de las herramientas. Le metí uno de un par de golpes en el muslo izquierdo. Luego otro y otro. Y al cuarto, finalmente, dijo algo, entre suspiros:

- ¡ Basta ya!

Yo me puse muy cerca de él. Cara con cara. Y le dije:

- ¡ Aquí las órdenes las doy yo!. ¡ Vas a sufrir!. ¡ Condenado!.

Y volví a sentarme a dos metros. Volví a jugar con la *Star*. Me sentí aburrido y, decidido a dispararle, encañonándole, le comenté:

- Estas solo, amigo, estás solo.

Pero él respondió en esta ocasión:

- No, tú estás solo. Eres tú, no yo. Tú tienes el problema.

Lo dijo convencido. Resultó ser un intelectual, un filósofo. Y eso me llegó a lo más profundo. Fue un momento en el que estuve seguro de que mi película ya había sido filmada. La de un ser que a pesar de todas sus circunstancias vive en una soledad profunda. Alguien que no se identifica con nada. Alguien que se siente ajeno a su entorno. Alguien vacío. Quizás fuese *J.P.Melville* quien me retrató en *El silencio de un hombre*, o *Scorsese* en *Taxi driver*. Quizás *John Ford* ya haya hablado de mi en alguna de sus cintas. Quizás soy un personaje de *Tarantino*. O puede que sea el *Darth Vader* de *El retorno del Jedi*, atrapado por el reverso tenebroso de la fuerza pero, finalmente humano, débil, consciente de su soledad. Sentí angustia y lloré internamente. Llegué a tener los ojos acristalados y estuve a punto de dejar libre al drogadicto. Pero este había visto mis lágrimas y debía morir, y por ello le disparé en la cabeza sin mostrar excesivo interés. Luego susurré:

- Vete a la mierda.

En el suelo de cualquier calle, al lado de donde abandoné el cadáver, escribí: *EL ANGEL PECADOR*.

4

Hoy es Jueves, por la noche. Según la señal horaria que da la radio, las tres y media. Intento encontrar la salida adecuada para llegar a Bilbao. Siempre me pierdo en esta

ciudad. Creo que ya he pasado dos veces por esta misma plaza. Estoy aburrido y tengo ganas de llegar a casa para conectar a través del ordenador con una mensajería erótica bajo el seudónimo de *Antidiós*.

Hasta las seis de la tarde he estado en la casa de Rosa, la chica que puso un anuncio en el periódico ofreciendo la venta de un piso en Vitoria. Ha resultado ser más joven de lo que creía, unos veintiocho años, y su forma de vestir era increíblemente exhibicionista. Tras enseñarme todas las habitaciones me ha ofrecido té y pastas y nos hemos sentado juntos. Ella sólo bebía té, mucho té, y yo he hecho lo mismo. Después, mientras hablaba sobre que estaba embarazada de un mes y necesitaban una vivienda más amplia, le he dicho que el *Brandy* de la botella que descansaba sobre aquel carrito era de los mejores, y me ha servido una copa. Ella ha abierto un botellín de cerveza *Heineken*. Más tarde le he preguntado que si le había sido infiel a su marido en alguna ocasión, y me ha respondido:

- No creo que tengas derecho a preguntarme eso.

- Perdona, no quería molestarte...- me he disculpado.

- Es igual. De todas formas, te diré que antes de la boda le fui infiel muchas veces- ha acertado a comentar.

- ¿ Y después?- me he visto obligado a cuestionar.

- Prefiero no responder.

A partir de esa conversación nuestras miradas se juntaban cada vez más, y en un momento me ha rozado la

mano. Es cuando le he mirado a las *tetas*, que me dejaba ver casi por completo bajo esa desabotonada blusa. Ella ha sonreído. Yo, entonces, mirándole fijamente a los ojos le he metido la mano bajo la camisa. Ella se ha mojado los labios, esperando el beso que no ha tardado en llegar. Luego hemos practicado sexo sobre el sofá, primero oral y luego coital. En dos minutos ha llegado al orgasmo, tras ello, ha dicho:

- Es muy tarde, va a llegar mi hija.

Yo, totalmente encendido, pensando en que al diablo con su hija, la he cogido en brazos y llevado hasta el dormitorio que previamente me había mostrado. Ella me decía que *no-no-no*, que a las seis regresaba su hija de seis años del colegio, que por favor me fuese. Pero se la he metido en el coño tras chupárselo entero y ha comenzado a cogerle el gusto de nuevo, y a besarme el cuello, y a decirme que qué bien lo hago, y a morderme el pecho, esto último al llegar de nuevo al orgasmo. Luego me ha comenzado a meter prisa otra vez y le he obligado a que me masturbase y se tragara el semen. Tras ello me ha empujado hasta la puerta y me ha dado un corto beso con lengua:

- Vuelve algún día. Ahora vete.

Y le he pedido sus bragas como recuerdo.

Cuando por fin encuentro la salida correcta de Vitoria soy parado por un coche patrulla de la Policía Autónoma Vasca. Dos agentes se acercan. Yo, rápidamente, cojo la *Star 9mm Parabellum* de la bandeja de mi puerta y la camufló en la parte trasera de mi pantalón. Un *ertzaina* habla conmigo tras observar mi permiso de conducir y la documentación del

vehículo mientras su compañero enciende una especie de linterna con la que nos ilumina:

- ¿Sabe usted que iba a más de ciento sesenta kilómetros por hora?.

Yo hago un gesto sin significado con la cabeza. El me hace bajar del coche. Me dice que abra el maletero. Mientras tanto rellena el formulario de denuncia. Yo sudo fríamente, escucho mi propio latir cardíaco, y veo cómo mi mano tiembla al introducir la llave para abrir el compartimento.

La imagen que sorprende a ambos policías cuando descubro el portaequipajes es la de una niña de seis años con su uniforme de colegiala, violada y degollada, con las bragas de su madre en la boca y una inscripción que, con tinta negra, en una pierna, reza: *EL QUE DESUNE O CALUMNIA*. Uno de ellos reacciona rápido y levanta su arma, pero yo le disparo entre las dos cejas. El otro corre hacia el coche y abre fuego sin alcanzarme. Yo le meto una bala en una pierna. Grita. Intenta pedir refuerzos. Disparo al coche. Pero él se introduce en él y huye. Entonces recojo mis documentos del suelo, me hago con la frustrada denuncia, saco a la hija de Rosa del maletero, la dejo junto al cadáver del *ertzaina*, y me voy volando.

Al llegar a casa medito sobre la situación. La cosa puede ser grave. El policía que ha escapado me conoce y conoce el coche. Puede ser que incluso haya transmitido mis datos, aunque probablemente no le habrá dado tiempo. Quizás los retenga en su memoria. A lo peor ha cogido la matrícula. A lo mejor ha muerto desangrado, o ha tenido un accidente, o tan sólo se ha quedado con una vaga imagen de mi cara y con

la marca del coche. Incluso podría ser que no sepa nada de mi.

Bebo *Whisky* y tomo café con nata líquida. Espero cuatro horas sentado, nervioso, pero nadie viene a buscarme. Nadie llama por teléfono. Beelzebub me observa con una cara que parece comprenderlo todo. Me da ánimos, no se cómo, pero lo hace. Me tranquilizo. Pienso en lo terriblemente parecida a su madre que era la niña, aunque más inocente. Considero que voy a tener que dejar de matar. No puedo seguir así. Parece que por fin he encontrado una droga realmente dura, y quizás aún pueda dejarlo. Sí, voy a renunciar. Soy demasiado débil para ser Satanás.

BUDWEISER

1

El dardo cayó en La Jolla, San Diego, California.

Fue algo así como hace una semana, pero un martes, y hoy es viernes, cuando, después de dos días de un tedio enloquecedor me volvieron a entrar las ganas de matar, y decidí planear un crimen lejos de las fronteras españolas, en los Estados Unidos de América. Así, además, practicaría mi inglés.

No voy a negar que hice una pequeña trampa, pues apuntaba hacia el sudoeste, ya que quería evitar a toda costa el frío que debe de hacer en la zona este y en el norte. De hecho, los dos primeros lanzamientos no fueron válidos porque el dardo se clavó en México.

Ahora estoy ya embarcado en un *DC-10* de *Continental Airlines*, muy cabreado por haber tenido que venir hasta Barajas, aeropuerto de Madrid, porque desde Sondika, aeropuerto de Bilbao, no salen aviones tan, diríamos, grandes; muy cabreado porque he tenido que dejar el coche en el aeropuerto, a la intemperie; muy cabreado porque me ha dicho la chica gorda que ha facturado mi equipaje que haremos una escala en *Nueva York* de cuatro horas; muy cabreado porque confiaba en ir en un *Boeing 747*, un *Jumbo*; muy cabreado porque he escuchado a una señora madura decirle a su marido que *qué-bien-haber-subido-al-avión-a-ver-si-podemos-comprar-algo-en-el-duty-free*; muy cabreado porque me han dado asiento en la parte central y no voy a poder mirar por la ventanilla; muy cabreado porque el suelo de los váteres estaba demasiado sucio en el aeropuerto como para poder tumbarme a hacer abdominales.

Observo a la gente mientras encuentra sus asientos y coloca su equipaje de mano. Muchos me rozan y molestan al pasar y al abrir los compartimentos superiores debido a que estoy en el asiento que da al pasillo. Escucho que una joven pareja que está situada detrás mío habla sobre transfusiones íntegras de sangre, les miro interesado y bajan el tono de voz. Me excito por un segundo para volver a la normalidad.

Una chica de unos veintitrés años, que es más alta que yo, pero delgadísima, con unos terroríficos ojos verdes, cutis muy blanco y aparentemente suave, labios impecablemente pintados de rojo y un pelo castaño que le cae por debajo de los hombros, y que viste falda corta, por la mitad de los muslos, y chaqueta, ambas muy ligeras, de tonalidades gris claro, y a cuadros, con un *top* interior blanco sin mangas, y zapatos abiertos blancos con mucho tacón, y sin medias, me

pregunta algo en inglés que no entiendo y yo, nervioso, despolvo mis conocimientos:

- *Excuse me, could you repeat?*.

Y la chica, preciosa, dice más o menos:

- *I'd like to be in the aisle, could you do me a favour and change your seat with me?*.

Y yo, loco por mi suerte, con mi cabreo totalmente olvidado, y pensando sólo en ocho horas de viaje al lado de esta dama, respondo:

- *Of course*- levantándome y ofreciéndole mi asiento- *make yourself*.

2

El avión ha tardado media hora en despegar, y es ahora cuando, con violencia, acontece ese hecho. Yo disfruto de la sensación de peso que me produce e intento evitar los efectos que la diferencia de presión provoca en mis oídos.

La chica es alemana, y en lo poco que he hablado con ella me ha comentado que tiene mucho miedo a volar. Es modelo, se llama Suzanne, y cada vez que nuestras miradas se juntan cuando la miro con disimulo me dedica una sonrisa. Va a Nueva York a trabajar y es la primera vez que visita América, como yo, aunque le he dicho que he estado en Miami, San Francisco y Cleveland.

La postura es incómoda durante el despegue, puesto que no puedo echar el respaldo hacia atrás y tengo el cinturón atado. Vuelvo a sentir la necesidad de hacer abdominales y creo que voy a tener un ataque de ansiedad. Hay turbulencias debido a que pasamos por encima de montañas y el aire caliente asciende, pero la alemana no lo sabe y está asustada, y cuando el avión sufre una sacudida suelta un gritito y me agarra del brazo por la zona del bíceps, que endurezco hasta sentir dolor. Me excito y decido beber una de las mini-botellas de *Whisky* que he comprado en Madrid. Ofrezco a la modelo otra:

- *Do you want some Whisky?*

- *Ou!*- se ríe- *thanks a lot but...*

- *It's very good for your frightgening*- le aconsejo mirándola fijamente, abriendo mucho los ojos, haciendo mucha fuerza hacia ella...

- *O.K., I'll take one*- y coge una, y sonrío otra vez, y yo pongo cara de duro pero estoy muy excitado, y espero que con la botellita se me baje la ansiedad.

Pasa una hora de vuelo y hay mucha más calma. Mucha gente duerme, entre ellos Suzanne, que creo se ha emborrachado con el *whisky*, pues me tocaba la pierna con atrevimiento o me agarraba de la mano durante unos segundos mientras me hablaba, y se reía mucho, y me ha contado miles de cosas de su vida, hasta que tiene un perro que se llama *Helmut*, o quizás algo parecido. Pero es la hora de la comida y la despierto cuando las azafatas aparecen con nues-

tras bandejas, y me lo agradece, y me mira con esos ojos verdes, y creo que está fascinada por mi.

Comiendo me he vuelto a enfadar y he estado a punto de ponerme violento. No tanto porque podía elegir entre pollo y *roast-beef* y he escogido pollo, que estaba realmente malo y la alemana ha escogido el *roast-beef*, que ha resultado tener una pinta excelente; no tanto porque Suzanne ha dejado de coquetear; no tanto porque la señora de dos asientos a mi derecha, la del *duty-free*, le ha ofrecido a su marido y luego a mi el arroz que le sobraba de su plato; me he enfadado porque me ha tocado una azafata negra, gorda y calva, a la que además no entiendo cuando habla, que no me ha traído un segundo café a pesar de habérselo pedido dos veces, y que, al mismo tiempo, me resulta muy desagradable a la vista.

Pero al volver del váter, donde he tomado un tranquilizante, he comenzado a ver una película sobre una niña adoptada y un senador y me he dormido durante unas dos horas, y, al despertar, he visto que Suzanne tenía su cabeza apoyada sobre mi hombro, y le he mirado las piernas, desnudas, largas, duras, blanquitas, y no he podido resistir el posar mi mano sobre una de sus rodillas, lo que le ha hecho despertar y mirarme con cara de candidez, y he acercado mi boca a la suya y ha cerrado los ojos cuando ha comenzado un beso dulce, en el que ella movía la lengua bastante lentamente; y sólo he tenido que desplazar un poco la mano hacia arriba para tocarle las braguitas a la altura de la entrada vaginal, que estaba caliente y húmeda, y ella ha comenzado a respirar con más fuerza y velocidad...

El avión aterriza en Nueva York a las dos y diez de la tarde, hora local. Suzanne lleva una bolsa de viaje y avanza delante mío hacia la puerta delantera del aparato. Antes de tomar la salida me dirijo hacia la azafata negra, que despide a los pasajeros en un lateral, y le digo:

- No hasmerecido mi aprobación a lo largo de todo en viaje.

3

Diez horas después estoy en *el San Diego International Airport*, tras seis horas de viaje en un moderno *Boeing 757*, que tiene un gran motor debajo de cada ala, y cuyo aterrizaje ha resultado ser bastante brusco. Según la hora local, son las nueve de la noche, y estoy muy cansado.

Las cuatro horas de escala en el aeropuerto de *Newark*, que era grandísimo, las he pasado con Suzanne, que se ha escabullido del señor que venía a recibirla para *follar* conmigo en el trastero de los empleados de la *terminal C*.

En Nueva York había muchos negros y hacía un frío impresionante. Cuando hemos cambiado de edificio, dentro del propio aeropuerto, ella, tiritando, helada, se agarraba a mí con fuerza, y un joven que andaba por allí con su novia nos ha hecho una foto. Al despedirnos le he dado una dirección para que me escriba, la he besado, y he visto cómo lloraba. Luego me ha dicho algo que no he entendido y yo la he respondido con algo que ella tampoco ha entendido, y, ya separándome de ella, he tardado seis o siete segundos en soltarle la mano hasta que ésto se ha producido por causa natural, y

los diez segundos siguientes han sido los últimos que la habré visto en el resto de mi existencia.

Como los trámites de inmigración y aduanas ya los hice en Nueva York, voy directamente a por mi equipaje al *baggage claim*, donde mantengo contactos visuales con una rubia de unos treinta años que está cogiendo sus maletas *Sansonite* junto a su marido y su hijo de tres años. Posteriormente alquilo un coche automático a la empresa *Hertz*, que tiene una sucursal en el propio aeropuerto, y que, tal como reza su publicidad, *alquila Fords y otros coches buenos*. Según me dice el señor que me atiende, una semana me costará doscientos cuarenta dólares, aunque ya comprobaré que cobran a parte la gasolina, el seguro y los impuestos.

Llego al vehículo, un *Mercury* muy largo, en un autobús de la propia compañía que lo alquila, y tras meter las maletas y acomodarme en el receptáculo del conductor me doy cuenta de que no se pilotar un coche automático, y me entra ese sudor frío, pero arranco y muevo una palanca que hay al lado del volante, y piso el acelerador, logrando llegar hasta la garita de control, donde un mexicano, creo que disimulando una sonrisa, me explica las reglas básicas para manejar este automóvil.

Lo más complicado es encontrar el hotel *Sheraton Grande*, que está en la calle *North Torrey Pines Road*, entre la villa de La Jolla y la Universidad de California en San Diego, que es tan grande como Bilbao, y que se ve cruzada por una calle inmensa que se llama *Gilman Drive*, a la cual he llegado a través de una autopista que dicen que cruza los Estados Unidos de norte a sur, la *cinco*. Pero, tras perderme bastantes veces y preguntar a mucha gente logro encontrar el lu-

gar donde me alojaré, un hotel situado en medio de la calle del hoyo dieciocho, en un campo de golf.

4

Dos días después, a las nueve de la mañana, soy despertado por las tiernas caricias de los rayos de sol que penetran hasta mi a través del ventanal de la habitación. Decido pedir un desayuno continental al servicio de habitaciones y espero la llegada del chino que lo traerá, observando la piscina desde la terraza. Localizo un pájaro extraño que lucha por buscar cobijo en la sombra mientras algunos huéspedes se tuestan en las tumbonas.

Un chocolate-caliente, tres-bollos-con-mantequilla, un-zumo-de-naranja, un-café-a-la-crema, doscientas-abdominales, ciento-veinte-flexiones y una-paja-utilizando-los-servicios-de-cine-erótico-de-la-televisión-por-los-que-cargan-más-de-siete-dólares después, me encuentro enfundado en un traje de baño que compré ayer en un *Mall* en el *Downtown* de San Diego, tomando el sol en la piscina, bebiendo *Whisky* con hielo, y pensando que hoy comeré una *gran T-bone* en el *Hard Rock* de La Jolla.

El tiempo que ha transcurrido desde que llegué me ha servido para tomar contacto y estar al tanto de cómo se hacen aquí las cosas, así como para conocer las zonas de bares y las playas más interesantes.

Las principales diferencias de América con España son que aquí todos los locales nocturnos cierran a las dos, que

te piden el pasaporte para entrar en cualquier bar en el que sirvan alcohol y si no tienes más de veintiún años no te dejan pasar, que los semáforos están situados detrás de los cruces que regulan, que en los restaurantes no cobran el café y puedes pedir todo el que quieras, que dentro de los locales de esparcimiento no fuma nadie e incluso es difícil conseguir tabaco en ellos, que los periódicos se venden en máquinas expendedoras que hay en las calles, que las autopistas son gratuitas y en algunas se puede cambiar de sentido, que los impuestos al consumo no vienen incluidos en el precio que señalan en los comercios y te los cobran a parte, y que, en vez de *San Miguel*, la cerveza que bebe la gente es la *Budweiser*.

Ayer por la noche llegué borracho al hotel, y como no tenía sueño, porque era bastante pronto, resolví dar un paseo solitario por el campo de golf. La sensación del húmedo manto de fina hierba bajo mis pies descalzos y la turbia influencia de una gran luna me embriagaron mucho más que las bebidas de contenido alcohólico. Me sentí nostálgico y decidí que hoy sería el momento. Añoré esa sensación. Descubrí que soy un romántico.

Descubrí que soy un romántico del matar.

5

Estoy en casa de un americano de veinticinco años, que trabaja en la construcción, y que dice ser de Malibú. El cree que soy francés, bisexual, y que llevo guantes de cuero porque soy algo extravagante.

La casa es pequeña. Creo que su hermana la ha alquilado porque estudia en la Universidad de California en San Diego, y creo que él la aprovecha para montar fiestas y fumar marihuana. La verdad es que no le entiendo muy bien, su acento es bastante cerrado y habla muy rápido, pero su lenguaje corporal es más explícito y me dice que es una presa fácil y que si me doy prisa va a ser un asunto muy sencillo.

Le he conocido en *Pacific Beach*, en San Diego, en un local donde sirven jarras de cerveza por cinco dólares y *gintonics* por dos cincuenta. Yo tomaba una *Budweiser* y miraba a la camarera, pero ésta coqueteaba con unos *surfers*. El chico, Paul, que estaba al lado mío, en la barra, solo, me ha preguntado si era francés, y hemos comenzado a hablar de bebidas fuertes, hemos pedido una jarra de cerveza, y luego me ha invitado a algo muy ligero que él aseguraba era terrible.

Ha llegado un momento en que Paul estaba muy *colocado* y no paraba de reírse de todo, pero lo que me ha decidido ha sido la carcajada que ha soltado cuando le he estirado de su larga perilla y le he preguntado por qué todos los americanos llevaban esas barbas, y, tras reír, ¿ cómo no?, ha dicho, muy locuaz:

- ¡ *Grunge!*.

Luego me ha comentado que si quería ir a su casa y le he seguido con mi coche, que he aparcado, previsora, lejos del suyo y de la vivienda.

Ahora apuro un *Whisky*, sentado en un tresillo oscuro, mientras el *grunge* aparece sonriente tras unos minutos en

los que no se lo que ha estado haciendo. Se sienta a mi lado, demasiado cerca, y me dice que le ponga un poco de alcohol en el vaso. Luego me toca la pierna y me pregunta que si hago *surf*, y no se lo que le contesto, pero me dice que tiene algo que enseñarme, que le acompañe. Y me lleva hasta el servicio, y contemplo, absorto, que ha llenado la bañera de agua con espuma. Y le noto nervioso cuando me dice que si nos metemos juntos, acercándose, rozándome el cuello con los labios, acariciándome con su aliento.

Yo hago ademán de quitarme los pantalones, pero cojo el cuchillo que llevo fijado a la parte interna de éstos. Paul me da la espalda y se quita la camiseta de *surfer*. En ese momento le golpeo en la cabeza con un frasco estriado que contiene sales de baño. El golpe es violento, pero no lo suficiente para matarle, aunque cae inconsciente sobre la bañera, tintando la espuma de rojo-sangre.

Estiro de su teñida melena rubia para sacarle la cabeza del agua, pues se está ahogando, y le tiendo sobre el suelo. Descubro que su barriga y pecho carecen del mínimo tono muscular exigible a un *surfer*. Me quito los pantalones y zapatos y los coloco con cuidado en la parte exterior del váter. Vuelvo a él y le propino un corte no muy profundo por encima del estómago, bajo las costillas, de lado a lado, de manera que veo, intactos, el páncreas, la vesícula biliar, y el hígado.

Cuando estiro de la piel y carne superiores para descubrir el estómago, Paul abre los ojos, espantado, pero antes de que grite le suelto un machetazo en la nariz que le entra unos cuatro centímetros y que le llena la boca de sangre. Comienza a toser y escupir.

Mientras se ahoga en su propia sangre me empiezo a preocupar porque me está salpicando demasiado, pero le cojo del estómago, que está caliente, lleno, y pesa bastante. Cuando estiro de él tengo que cortar los conductos superior e inferior para poder desprenderlo. Paul todavía vive, pues se sacude como si tuviera un ataque de epilepsia. Sus movimientos son compulsivos, sin método. Parece que intenta liberarse, como si estuviese atado y amordazado. Me doy cuenta de que sus ojos no están fijos en ningún sitio, ni siquiera en mí. Eructa y sufre espasmos. Observo que estos movimientos no difieren mucho de alguno orgasmos que he contemplado.

Al cabo de un rato muere desangrado, y tiro el epigastrio con fuerza contra una pared, y hace un ruido indescriptible, y queda en el suelo, vaciándose. Me recuerda a una gaita gallega.

Antes de irme me desnudo y me doy un baño de tres o cuatro minutos, quedando más o menos limpio. Luego retiro el tapón del desagüe y dejo que corra el agua, y limpio pulcramente la bañera. Me visto y salgo de la casa, llevándome la botella de *Whisky* y un bote de pastillas de vitamina C que he cogido del cuarto de baño.

Conduzco hacia el hotel pensando en la aerodinámica estructura del *Boeing 757* y haciendo votos por no olvidarme de comprar, antes de volver a España, el juego para ordenador *X-Wing*, versión en *CD-ROM*, que vi ayer en *Tower Records*.

EL DIOS DE LAS MOSCAS

1

La primera escena de la película-*porno Oral obsessions* es francamente buena. Una chica rubia recibe una llamada obscena de un desconocido y en vez de molestarle se excita y comienza a masturbarse mientras habla con él. Cuando él le pregunta cómo quiere que le llame, ella responde:

- Llámame *putilla*.

Tras mi regreso de Estados Unidos empecé a notar algo extraño en Beelzebub. No ya que se está convirtiendo en un perro-atleta, pues hace tiempo que destaca por su vigor y fuerza. No ya que sus cuarenta y dos dientes ofrecen un as-

pecto mortífero cuando los enseña en postura amenazante. No ya que despliega una devoción por mí que podría calificarse de extrema. Lo que encuentro distinto en él no puede enmarcarse dentro del campo de lo físico, es otra cosa, algo que veo en sus ojos, en su andar, en su forma de acechar. Ya no le veo dormir jamás, y demuestra una energía descomunal. A veces parece pedirme que le permita acompañarme durante mis carcerías. Pero, sobre todo, lo que más inquieto me tiene es lo que sucedió la noche pasada mientras yo dormitaba durante un par de horas. Estaba entre sueños cuando algo me hizo abrir los ojos y mirar hacia la puerta de mi cuarto. Allí pude distinguir la figura de un perro con tres cabezas. Era él, mi *canis familiaris*, sólo que, además, sobre el muñón de su cola se alzaba un grupo de serpientes zigzagueantes. Un instante después, tras un leve parpadeo, contemplé de nuevo la figura habitual de mi fiel amigo. Me vigilaba, me miraba fijamente con esos ojos que en unas ocasiones son verdes, otras negros, otras rojos. Ya no había tres cabezas, ni siquiera serpientes, pero, ¿qué es lo que había cambiado?, ¿qué me resultaba tan desconcertantemente distinto?.

Se que controla hasta el último rincón de la casa. Distingue hasta el más leve de los sonidos. Comprueba todo aquello que se le hace sospechoso. Conoce mis estados de ánimo. Si estoy contento, juguetea. Si estoy preocupado, levanta las orejas y vigila. Si me siento deprimido, llora. Hace un momento me encontraba delante del ordenador enfrascado con el juego *Dark forces*, que ocupa más de setenta megabytes. Acababa de colocar las cargas temporizadoras en tres lugares concretos de una nave llamada *Arc hammer*. Con ello lograría asestar un duro golpe a las fuerzas imperiales y a su proyecto principal, las *Dark troopers*. Me disponía a huir en una lanzadera robada a los secuaces de *Darth Vader*. Pero, inesperadamente, un terrible y desconocido monstruo de fase-

tres ha aparecido, atacándome. Ha segado hasta la última de mis vidas. No he podido hacer nada con el lanzador de rayos de plasma, ni con los misiles. He sentido auténtico miedo. Una música de fondo auguraba el peligro inminente, pero al ver al monstruo que se abalanzaría sobre mi y echaría por tierra casi una hora de esfuerzo por conseguir la misión casi se me escapa el corazón del cuerpo. Beelzebub estaba tendido a mis pies y ha notado mi consternación. Entonces se ha levantado gruñendo como un poseso, mirando al monitor del ordenador, dispuesto a atacar a cualquier cosa que se atreva a amenazarme.

Sólo he logrado calmarle jugando al fútbol con él usando una pelota de tenis, lo que le encanta. El detenía mis disparos dirigidos a la zona situada entre dos de las patas del piano. Más tarde hemos tomado café con pastas. Después nos hemos bañado juntos, con mucha espuma, mientras yo le contaba algunos trucos para llevar a las mujeres a la cama sin que ni siquiera pregunten por tu nombre. Por fin hemos compartido los intestinos fritos con aceite de oliva virgen de una señora que creo que degollé mientras hablaba ayer por la tarde con Ruth por el teléfono móvil.

2

El día siguiente es uno de esos en los que la temperatura supera los veinte grados pero la nubes no permiten ver el sol. A las seis de la tarde la brisa comienza a ser molesta. La playa está desierta. Tan sólo Ruth parece estar a gusto en un lugar donde las olas están empezando a acercarse demasiado. Ella luce un vestido floreado que vuela cuando corre-

tea por la orilla gritándome cosas que evito entender. Yo visto unos pantalones cortos de color *beige*, un polo blanco de la compañía naviera *Royal Caribbean* y náuticos a juego. Ruth tiene un día romántico y yo me siento pensativo, callado, extraño. El perro no se ha separado de nosotros hasta hace escasos minutos en los que ha desaparecido. Ello me tiene un tanto desconcertado. Hace menos de media hora uno de esos desamparados nos ha abordado ofreciéndome rosas, que llevaba en un canasto. Sin dejarme ni siquiera decirle que no, Beelzebub ha saltado sobre él y el africano se ha ido muy asustado. Ruth le ha reñido un momento después. Yo le he dicho:

- No seas malo, *Belci*.

Luego le he guiñado un ojo, le he cogido con los dos brazos y le he arrojado a las heladas aguas del mar Cantábrico. Al soltarle he tropezado y yo también he caído. Ruth se ha enfadado mucho. El mamífero-carnívoro-fisípodo-de-la-familia-de-los-cánidos ha correteado alrededor nuestro, mirándome con una sonrisa perruna que parecía decir:

- ¡*Jódete!*

Luego se ha marchado.

Ahora Ruth me dice que siempre estoy haciendo el *indio*, que soy un inmaduro. Tiene el semblante serio. Yo estoy helado. ¿El *indio*?. Evito discutir. Le hablo gentilmente:

- El perro no está aquí. ¿Sabes por dónde ha ido?.

- No sé, habrá ido a secarse por ahí- contesta a modo de reproche.

- Pobrecillo, con este frío igual enferma- comento.

- Al menos, con el baño no olerá a sudor- dice ella.

- *Belci* no suda- aclaro.

- ¿ A no?, ¿ tu perrito no suda, eh?- interroga irónicamente.

- Los perros no sudan, muñeca- explico con voz grave.

- ¿ Cómo no van a sudar?- espeta una incrédula Ruth.

- No tienen glándulas sudoríparas, *tía*. Regulan la temperatura mediante la emisión de agua a través de los pulmones, la mucosa bucal y la lengua- sentencio.

- Pues a mi me parece que sudan- dice convencida.

- Voy a buscarle, *tía*, tengo mucho frío.

Me levanto y le llamo. No sucede nada. Ruth se queda en la toalla, sentada. Yo tiritito mientras camino. Le busco con la mirada por todos los lugares donde puede hallarse. Finalmente subo por unas rocas y alcanzo el otro lado que hay tras esta pared natural. Primero veo unas flores rojas esparcidas por el suelo. Luego escucho el gruñido de Beelze-

bub. Avanzo hacia el rincón desde el que procede este sonido. Encuentro una cesta en mi camino con más flores. Luego restos de ropa. Luego sangre. Luego a mi perro destrozando compulsivamente el cuello del argelino, que ya ha muerto.

Una hora después volvemos a la ciudad en coche. Ruth, que ya no está enfadada, habla bastante. Yo miro al frente, no me encuentro bien. Ella me dice:

- Te tiembla una mano.

El perro asesino está a los pies de Ruth. Mira a ésta, luego a mí. Tiene la expresión del niño que ha roto un plato y recibe la reprimenda de su madre. Entonces la voz de Ruth cambia, adquiere un tono más suave cuando dice:

- ¿ Sabes?.

- ¿ Qué?.

- Antes, al irte a buscar al perro, todo mojado...con esa pinta...

- Qué...

- Me he dado cuenta de que te quiero.

Yo no respondo. Trago saliva. Carraspeo. Beelzebub comienza a gruñir de nuevo mirando a la chica. Esta se asusta. Alguien en la radio comenta algo sobre las posibilidades reales de sobrevivir atrapado bajo toneladas de tierra.

¿ Hacer el *indio*?.

3

CARLOS: Mediante Ley Orgánica, creo que lo dice el artículo 8.2 de la Constitución Española.

YO: Es correcto. Bebo yo. Te apunto otras diez mil. Tú mandas preguntar.

CARLOS: Venga, que sea Juan.

JUAN: Está bien. ¿Cómo se llama la gráfica que relaciona la inflación con el paro?

YO: ¡ Yo!.

ASIER: ¡ Yo!.

YO: Creo que yo lo he dicho primero.

JUAN: Es cierto, tú contestas.

YO: De acuerdo. Es la curva de *Phillips*.

JUAN: Eso es.

ASIER: ¡ *Me cago en Dios!*. ¡ Lo sabía!.

YO: Tú bebes, Juan. Y te recuerdo que con esta me debes ya sesentamil.

CARLOS: ¡ Venga, manda!.

YO: Pregunto yo mismo. ¿ Quién nombra al Fiscal General del Estado?.

ASIER: ¡ Yo!.

YO: Adelante.

ASIER: El rey.

YO: No es la respuesta completa.

ASIER: ¿ No es el rey el que lo nombra, o qué?.

YO: Sí, pero como simple formalidad. Esa respuesta es incompleta. Bebes, y te apunto diez mil.

ASIER: ¡ No es justo!.

CARLOS: Venga, deja de llorar y *jódete*. Has fallado y ya está.

JUAN: ¿Cuál es la *jodida* respuesta?.

YO: Lo nombra el rey, a propuesta del gobierno, debiendo ser oído previamente el Consejo General del Poder Judicial.

ALBERTO: ¡ *Joder...!*.

YO: Venga, Alberto, te toca.

ALBERTO: Vale, tengo una cojonuda. Supongo que sabréis que el *MSDOS 6.2* introduce el comando *XCOPY*.

¿ Sabríais decirme con qué modificador de ese comando se pueden copiar también los subdirectorios que están vacíos?.

JUAN: ¡ Yo!. Creo que es el modificador *barra e*.

ALBERTO: ¡ Qué *cabrón!*. Vuelvo a beber. Echa-me tequila, Carlos.

JUAN: Venga, pregunta tú.

YO: ¿ Dónde encontramos las normas básicas de graduación de créditos en un procedimiento de quiebra?.

ASIER: ¡ Yo!.

YO: Venga.

ASIER: En el Código de Comercio.

YO: Claro, chico. Pero, ¿ en qué artículos?.

ASIER: Eres un *hijo de puta*. Pues te voy a *follar*. Artículos 912, 913 y 914.

LUZU: ¡ Eh, *tíos!*. ¿ Que hostias hacéis todavía ahí sentados?. Son ya las cuatro de la tarde. En el agua hay unas *tías* que están *tremendas*.

YO: Si, será mejor dejar este *puto* juego.

CARLOS: Es verdad, para un día que podemos venir a la playa...

LUZU: Por cierto- me toca un brazo-, ¿ dónde cojones te metiste ayer?, estuve intentando localizarte durante todo el día.

YO: ¿ Para qué?.

LUZU: Ya no tiene importancia. Pero te llamé como seis veces, y luego fui a tu casa. Y nada. ¿ Qué estuviste haciendo?.

YO: Creo que ayer es cuando maté a un niño pelirrojo que solía atormentar a mi *chucho*.

LUZU: ¡ *Cabrón!*. Seguro que estabas *follando* con alguna *cerda* y no me quisiste abrir la puerta.

YO: Claro, seguro que fue algo parecido.

4

YO: No me gusta que seas tan arisco con las personas que se nos acercan. ¡ Y menos con Ruth!.

Beelzebub: *No me gusta que la gente te moleste.*

YO: Pues te voy a tener que castigar. No puede ser que vayas destrozando personas por ahí, a la luz del día.

Beelzebub: *Intentaré no hacerlo más, amo.*

YO: De momento, vas a estar una semana comiendo únicamente carne de cerdo. A ver si así aprendes.

Beelzebub baja el muñón del rabo y las orejas. También agacha la cabeza y gime, disgustado, amargado. De repente, ya no soy capaz de captar sus mensajes. Debe de estar muy afligido. Siento pena por él. No me gusta tener que ser tan duro. Pero su violenta actitud está creciendo demasiado y tengo que hacer algo para frenarla. Si no pongo los medios adecuados pronto me voy a ver obligado a sacrificarle. De lo contrario, su imprudente apetito asesino, descontrolado e irracional, podría ponerme en evidencia. No puedo permitir bajo ningún aspecto ser descubierto. Espero que con este tipo de castigos Beelzebub regrese al camino recto. Mi interés es que sólo ataque, destroce o mate cuando yo se lo ordene. Necesito que sea disciplinado, que su conducta dependa de mi voluntad.

Aun así, se que no voy a ser capaz de atormentar de tal manera al pobre *chucho*. Se que no más tarde de dos días seré débil y le ofreceré algún capricho. Quizás una sopa de vesículas, o unos cuantos ojos, o esos dedos con los que tanto le gusta jugar, o pequeños trozos de riñón. Puede que sea una forma de malcriarle, que así nunca acabe con ese comportamiento fiero que va en aumento. Pero la verdad es que no soy capaz de hacerle sufrir. A lo mejor es que soy demasiado sensible, blando, tierno. Lo cierto es que nunca he podido soportar la visión de un animal que sufre.

PUTA

1

Me gusta acariciar a los perros, matar, ver la televisión, intuir, dislocar, mirar a las estrellas, los accidentes aéreos, chupar la nariz de una mujer por dentro, gritar internamente, pagar grandes sumas en metálico, mirar fijamente al *coño* a las mujeres, beber sin tener sed, el *Athletic* de Bilbao, pasear por la calle sin ropa interior, ese olor a grasa que hay en las estaciones de tren, el fútbol como fenómeno de masas, masturbarme sin interés, la posibilidad de verme asaltado por una muerte repentina, mostrarme indiferente, la elegancia, sentir miedo, alguna modalidad de sodomía, el morbo, la existencia de sectas dañinas, los videos *porno* de carácter *amateur*, silbar viejas melodías de películas del oeste, *John Travolta*, el café con crema, los aviones comerciales, *esnifar* antiinflamatorios, provocarme la irritación de la membrana conjuntiva, robar el *clitoris* de algunos cadáveres, *Patrick Bateman*, esquivar, ser criticado, atormentar, aterrar, el tejido

que rodea el corazón, la constelación de *Casiopea*, mentir, desprestigiar las fiestas populares de más fama, esas falsas historias, Satanás, las llamadas obscenas, mear en el lavabo, y los matices.

No me gusta la mezcla de *Vodka* con licor de coco y *champan*, ni el balonmano, ni ver la televisión, ni vivir, ni encontrarme solo entre la multitud, ni comprar camisetas baratas en las fiestas populares, ni las enfermedades gástricas, ni el pasado.

Detesto el fútbol, la sangre humana, la carencia de tono muscular, los edulcorantes, la infidelidad, reírme, *follar* por amor, la religión, la moda, la música, el sexo, los centros de rehabilitación, el sentirme tan útil, el comer alfalfa, la vulgaridad, la droga, a *Machete*, la pretenciosidad, ciertas preguntas, los problemas macroeconómicos, la extinción de las especies, volver a la realidad, a los ecologistas, la tala indiscriminada de árboles, las *putas*, la mentira, la bolsa, las contradicciones, el futuro, y las falsas creencias.

2

El timbre de casa suena, por fin. Debe ser la *puta*.

Esta mañana de viernes me he levantado irritantemente temprano. He hecho bastante ruido escuchando una música que detesto, para molestar a mis vecinos. Pero ni siquiera su posterior protesta me ha animado. Las horas de abstinencia parecían volverme loco. He tratado de calmarme pensando en mujeres jóvenes embarazadas. He castigado mis

abdominales hasta sentir dolor. También he leído un artículo sobre medios de supervivencia alternativos y otro sobre las diferentes maneras existentes de concebir el uso de la radioactividad. Nada de esto me ha quitado la sed de matar. No he logrado alcanzar el orgasmo tras casi una hora de brusco intento, y eso que visionaba una y otra vez las imágenes de aquella catástrofe aérea. Finalmente he concebido este plan.

Tras abrir la puerta, la profesional se presenta ante mis ojos. He tenido suerte. Se ajusta bastante al tipo de mujer que he pedido para esta ocasión. Nunca se sabe lo que te pueden enviar cuando contestas a un anuncio que aparece en las últimas páginas del periódico que lees por la mañana, durante el desayuno. Yo quería una *zorra* joven, la más joven, morena, con pelo corto y fino, cara bonita y huesuda, delicada. Una *zorra* que no lo pareciese, aunque fuese la más *zorra* de las *zorras*. Y esta chica que ahora pasa tímidamente al interior de mi casa y se acomoda en el tresillo se ajusta a esa descripción. Se ve retraída, vergonzosa. Eso me gusta, casi me excita. Casi.

Le interrogo casi policialmente. Me muestro duro. Mi expresión es seria e impersonal. Descubro que tiene diecinueve años, que es de Santander, que su madre es francesa, que lleva seis meses de *puta* de lujo y que se llama Roberta. Luego le comunico mi plan y le informo de que durante todo este día se llamará Blanca. Eso ocurre después de haberle entregado veinticincomil, la mitad de lo que me cobrará por el servicio. Recibirá el resto al final de la jornada, al menos, eso le he dicho.

Ella se anima cuando aparezco con una botella de *Vodka*, que bebemos hasta la mitad, hasta que compruebo que está borracha. Está situada enfrente de mi. Le he dicho que

me deberá tratar durante todo el día con cariño, como si fuese mi novia, que se olvide de que es una *puta*. Hablamos de temas diversos. Es culta. Sabe conversar. Me ha asegurado que podría decirme cuál es la estrella polar en una noche despejada, y le he creído.

Ahora le convido a desnudarse y yo me deshago de mi traje de Armani negro. Seguimos bebiendo. De vez en cuando le miro al *coño* y ella se sonroja. El bello púbico es negro, corto, bien cuidado. La vulva es oscura, no muy carnosa. Los labios menores son más claros que los mayores. No distingo el clítoris. Por un momento deseo insultarla, pero no quiero estropear este momento. Ella también me mira íntimamente, con disimulo. Mientras tanto aparece una botella de licor de coco y otra de *Champan*. Mezclamos partes iguales de cada una de esas dos con Vodka. Nos estamos emborrachando mucho. Finalmente, cuando ella decide que no puede beber más e intenta seducirme, *cachonda*, admirando mi musculatura, la conduzco al cuarto de baño y obligo a tomar un lavado de agua caliente con espuma. La observo durante más de quince minutos mientras se frota con la esponja. Luego le echo agua fría con la cebolla de la ducha y ella sufre. Pero no le permito que salga de la bañera. Entonces grita. Ríe. Grita más. Tras ello le ayudo a secarse y peinarse y la llevo hasta el dormitorio de mis padres. Allí le enseño la ropa que se pondrá esta tarde, cuando salgamos. Después le digo que es la hora de la siesta y que yo dormiré durante dos horas en otra habitación. Ella, con cara de decepción, se mete en la cama de matrimonio.

3

La mayoría de mis amigos se encontraban ya en el Baracaldés en el momento en que hemos llegado. Bebían *Vodka* con licor de café envueltos en una fina capa de humo. Jon tenía un *porro* en la mano y me confirmaba con un guiño que había conseguido los cinco gramos de *speed* de los que hablamos la noche pasada.

La *puta* viste una minifalda amarilla muy ajustada y con tendencia a encogerse hacia arriba. Bajo ésta, unas braguitas de color negro que hacen juego con las botas, que son de cuero y se levantan por encima de los tobillos, casi hasta los gemelos. No tiene medias y exhibe también, desnuda, la cintura, ya que lleva un *top* negro muy escotado que deja ver el sujetador, también negro, con encajes de dibujos orientales.

Al entrar en el bar he visto caras llenas de envidia mezclada con admiración. Sin perder el tiempo, he presentado a la *golfa* bajo el nombre de Blanca, diciendo que la conocí hace dos semanas en una conferencia sobre las diferentes formas de sobrevivir dentro del contexto de la economía doméstica. Mis amigos se han interesado por ella enseguida. La profesional se ha animado rápido, ayudada por la bebida y las rayas de *speed*. Antes de llegar la he aleccionado para que sea cariñosa con todos ellos, para que se les insinúe y se deje meter mano. Pretendo ver la reacción de mis amistades ante una novia un poco *puta*.

Mientras meábamos el suelo, en el servicio, Carlos y Jon me han comentado, con cierto recato, que la chica está bastante buena. También se han interesado por mi relación

con Ruth. Yo les he vendido la idea de que esto era una aventura pasajera. Luego hemos *esnifado* más *speed* y una pastilla de cierto antiinflamatorio. Antes de salir del cuarto de baño hemos comparado el tamaño de nuestras *pollas*.

Después hemos ido al casco viejo, donde Alberto, Oscar, Asier, Andrés y Julen han desaparecido entre la jungla de seres humanos y personas. Tan sólo hemos quedado Luzu, Carlos, Jon, Blanca y yo. Luzu se encontraba demasiado borracho y hemos decidido no esperarle cuando ha ido a vomitar. Carlos se ha *morreado* con Blanca aprovechando que yo pedía *Whisky* para todos. Los dos le tocaban el culo con descaro. Le cogían de la mano. Se encelaban. Ella reía y coqueteaba. Parecía una *puta*. Mis dos amigos estaban realmente *salidos*. Yo me empezaba a excitar y decidía pasar a la acción. Ha sido cuando, acercándome a la *perra*, chupándole con timidez un lado de la cara, le he comentado al oído:

- Vete al váter, quítate la ropa interior y ponte esto. Cuando regreses quiero que traigas las bragas en la mano.

Entonces he sacado una bolsa en la que se encontraban las bolas chinas de Ruth y se la he entregado. En ese momento, debido a mi torpeza, se me ha caído la inyección de gasolina que tenía preparada y he perdido su contenido. Después he comentado a mis amigos:

- Blanca no lleva bragas.

4

Estamos ya en mi casa. Jon *folla* a la *puta* mientras yo les filmo en vídeo. Carlos no se ha desnudado todavía, se limita a besar con lengua a Blanca. Antes de llegar al dormitorio, mientras ella entraba en el servicio, les he autorizado a insultarla. Veo a mis dos amigos ensimismados con esta *bicoca* y la *golfa* parece perdida en el paraíso del placer. Soy el único que conserva el juicio, el único que habla.

- A ver cómo se la metes, Jon- digo, acercando la cámara al lugar donde se unen la *polla* de él y el *coño* de ella. Carlos ríe y Jon disimula la expresión. Luego hago panorámicas de la cara de ella, incluso detengo el *polvo* para captarle el agujero del *culo*, y casi ordeno a Carlos que haga una toma de cómo se lo chupo. Tiene algunos pelos y un sabor un tanto ácido. Animo a los demás a lamerlo y les grabo.

Todo esto ocurre a las tres o cuatro de la mañana, mientras en el estéreo del salón suena *La gran pascua Rusa*, de *Korsakov*.

Ahora hace un momento que he obligado a Carlos y Jon a dejarme a solas con la *puta*. Entonces le he entregado la camiseta del *Athletic*, que le cubría las *tetas* y el *coño*, y le he hecho tomar asiento tras una mesa. Un instante después le he dicho que hable para la cámara con seriedad.

- Pero, ¿sobre qué?- ha preguntado ella.

- Haz que presentes un informativo. Explica que ha habido una catástrofe aérea- he contestado.

Entonces he comenzado a grabar mientras ella, muy seria, lúcida por la droga, exponía el tema. Hablaba con formalidad sobre un avión comercial estrellado en las afueras de Bilbao debido a problemas de navegación. Había casi doscientos muertos. Yo me excitaba, aceleraba mi pulso casi hasta las ochenta pulsaciones y daba rienda suelta a mi imaginación. Sin aguantar más, cortaba así su alocución:

- Di ante la cámara que eres *puta*.

Ella, sin vacilar, hablaba, mirando fijamente al objetivo:

- Soy una *puta*. Cobro por esto. Pero me gusta hacerlo.

Luego le he entregado la cámara y he hecho que inmortalizase y narrase durante unos segundos cómo me masturbaba ante ella. Después he llamado a Carlos y Jon, y nos hemos tumbado los cuatro en el suelo. Yo le he comenzado a chupar toda la cara y la nariz, ellos le chupaban el resto del cuerpo. Le limpiaban la vulva y el clítoris con la lengua. Yo he comenzado a llamarle cosas como *zorra*, *zorrita*, *puta*, *putorra*, *putita*, *golfa*, *guarra* o *perra*, a veces entre susurros y gemidos, otras gritando, estirándole de los pelos o golpeándole en la cara con la palma de la mano extendida. Ha sido después cuando le he colocado a cuatro patas y la he comenzado a penetrar por la vagina. Blanca cogía las pollas de mis dos amigos con la boca, a veces ambas a la vez. Yo le mordía y arañaba la espalda, gemía e, incluso, imitaba ruidos de máquinas y animales.

En un abrir y cerrar de ojos he notado el olor que procedía de su *coño*. El aroma de su flujo vaginal. Era suave, salado, húmedo. Y ocurría en el momento en que mi miembro erecto recorría su interior con más frugalidad. Ahí me he *corrido* por primera vez. Tras contemplar cómo Jon hacía lo propio en la boca de la chica tras llamarle *puta*.

5

A las seis de la mañana he echado a Carlos y Jon de la casa y me he quedado a solas con la *puta*. La he *follado* una vez más, sin llegar al orgasmo. Luego hemos hablado de botánica durante cerca de cinco minutos, desnudos, sobre la cama. En ese intervalo de tiempo yo no paraba de meneármela ni de hacer muecas extrañas. Además, le decía obscenidades tales como *te-voy-a-chupar-los-pies* o *quiero-que-luego-me-acompañes-a-mear-y-te-tragues-parte-de-lo-que-expulse* o *me-parece-que-quisiste-ser-puta-desde-los-doce-años* o *¿Disfrutabas-follando-con-tu-padre?*. Ella no se molestaba, incluso creo que crecía más su lívido, pues su vagina estaba realmente húmeda. Tan sólo me decía:

- Eres muy extraño.

Y yo contestaba:

- Es que soy el diablo.

Y reíamos, para besarnos con lengua más tarde, chuparnos las orejas y narices, y hacer el *sesenta y nueve*.

A las siete la he atado a la cama y le he tapado los ojos y boca con cinta aislante. Ella no ponía reparos, a pesar de que las cuerdas le asían fuertemente tobillos y muñecas y el tener la boca taponada le dificultaba la respiración. Entonces la he *follado* durante más de media hora. Me he *corrido* dos veces y ella, por lo menos, cuatro. Debía estar exhausta. Se veía empapada en sudor. Ese momento ha sido el que he decidido para sujetarla todavía más contra la cama con una soga alrededor del tronco que pasaba por debajo del somier y otra similar que le apretaba el cuello contra el colchón. Después he traído a Beelzebub.

Al principio he retratado cómo el perro violaba a la prostituta. Luego he decidido arrancarle el adhesivo de los ojos para que ella pudiese contemplarlo. Pero a Blanca no le ha gustado y ha comenzado a moverse compulsivamente. Entonces he grabado su cara de horror en primer plano, haciéndole preguntas como:

- ¿ No te gusta que te *follen* los animales?. ¿ No eras tan *puta*?. ¿ O te creías que te pagaba tanto dinero para *follar* con hombres guapos?. ¿ Eh, *pretenciosa*?.

Y le azotaba en la cara con el cinturón de cuero. Y le escupía. E intentaba masturbarme sobre su rostro llamándole estúpida, pero el hecho de tener la cámara en la mano derecha dificultaba enormemente esa operación.

Entonces, el perro no ha aguantado más y ha llegado al clímax. Yo, personalmente, he recogido parte de su esperma y lo he untado en la cara y cuero cabelludo de la mujer. Esta ha comenzado a llorar y ha sido cuando he maldecido

haber perdido la inyección de gasolina. Por un momento he pensado en *follarle* el estómago, abriendo un agujero en su vientre, pero he preferido martillarle clavos cortos en las separaciones de todas las costillas, quitarle la mordaza, arrancarle todos los dientes, y obligarle a que me la chupe, lo cual ha hecho, muerta de miedo, sin gritar ni gimotear, durante casi un minuto, hasta que he inundado su boca de nuevo con semen. Luego la he besado con lengua durante otro medio minuto. La sensación era curiosa, caliente. Tras ello, he gritado, golpeándola:

- ¿ Ves cómo sí soy el diablo, incrédula?.

Y he comenzado a cortarle la separación del ano con la vagina por medio de una navaja que llevaba cierto sargento al que incineré. Luego le he arrancado la cabellera, imitando gritos y sonidos indios, tras atusar mi boca semiabierta con la palma de mi mano y danzar a su alrededor, plagiando alguna suerte de ritual. Después le he mordido la tráquea de tal forma que le he hecho morir, por lo que creo que no se habrá dado cuenta de que no sólo no le he pagado la otra parte de lo que le debía por el servicio, sino que le he robado las veinticincomil que ya le había entregado.

Ahora recojo en vídeo los restos de su cuerpo y, ya aburrido, sólo pienso en comer la *pizza* que acaba de traer ese repartidor, al que he dado una succulenta propina.

INGRATITUD Y COLERA

1

Un día cualquiera. Camino por la calle. El sol apenas me molesta, la temperatura es tolerable.

Miro a la gente. Me resulta inaceptable su actitud. Pasan ante mi y parecen no darse cuenta de nada. La falta de respeto ante un superior empieza a ser insoportable. Reconozco que me miran, algunos me saludan, y otros me envidian, pero, no percibo ni un solitario gesto de sumisión. Esto evidencia su desagrado. Ya no saben inclinarse ante Dios. No aguanto que me traten como a uno más, no soy similar a ellos. ¿ Acaso mi traje oscuro de cerca de trescientas mil pesetas no significa nada?. ¿ Es que no me tienen miedo?. La desconsideración es algo que me enerva, siempre me ha sucedido. Tengo ganas de gritar, y lo hago internamente, apretando los puños con mi fuerza inhumana. En este mo-

mento desearía enterrarme y provocar un terremoto con mi cólera. Así sabrían a quién deben de temer. Así conseguiría su rendición de pleitesía. Quizás haya sido un error mi trato cuasipaternal con los humanos. Es posible que deba replanteármelo. Creo que estoy llorando de nuevo. Una chica lo nota y me observa con curiosidad. Yo pongo una cara muy parecida a la de *Isaac Newton* y le gruño con fuerza, asustándola. Un momento después comienzo a temblar y río a carcajadas apoyado en un escaparate de una tienda de ropa femenina. Mis manos están frías y creo que voy a vomitar sobre aquel pequinés. Decido entrar a la tienda de caramelos, donde el dependiente me observa mientras compruebo los dos cargadores de la *Star 9mm Parabellum* y coloco en ésta uno, lleno de balas. Llevo, además, cuatro cajas de munición extra, que vacío en mis bolsillos. Recuerdo que hace unos días adquirí un lanzallamas. Minutos después, ya preparado, abandono aquel establecimiento masticando algo que dudo si es uno de los chicles que he robado al tendero o alguno de sus ojos. Creo ser consciente, por un momento, de la crisis de valores conductuales a la que hemos llegado.

Por fin he decidido hacerlo. La gente me contempla como si fuese un predicador más. ¿Parezco un político?. ¿Un *mimo*?. ¿Un escaparate urbano?. ¿No doy acaso la talla de ser el Diablo?. El hecho es que me encuentro sobre una zona elevada unos dos metros con respecto al nivel de la acera. Bilbao, antesala del Bbva. Grito a la multitud que me estudia. No escenifico en absoluto, me encuentro molesto con ellos y esto es lo que sale de mi boca:

- ¡ Conoced a vuestro Dios!. Yo soy a quien debéis de respetar. ¡ Idolatradme!. ¿ A dónde creéis que vais a llegar con vuestra indiferencia?. Perderéis. ¿ Acaso son más importantes para vosotros esos presentadores de televisión?. ¿ Es

que mi aspecto impecable y mi traje de *Armani* no os hacen verme como vuestro amo?. ¿ voy a tener que enseñaros el movimiento de mi cuenta de ingresos de los últimos años para que me hagáis una mísera ofrenda, para ver en vosotros un simple gesto de reconocimiento, de entrega?...

En algún momento saco la pistola y disparo al bullicio de gente que está a mis pies. Una mujer con un floreado y ridículo vestido cae. La muchedumbre se dispersa gritando. Yo sigo hablando a viva voz por unos minutos pero ya nadie se acerca. Por vez primera siento que la masa me teme. Ya soy alguien a quien el grupo respeta. Me siento satisfecho y excitado. Me apetece incluso ser generoso con ellos. Entonces, bajo el arma y reanudo la marcha. Eventualmente alzo la pistola y disparo a algún mortal. La gente pasa a mi lado corriendo. Algunos me suplican. Disparo a un taxista. Perdono a una chica de quince años que me mira con admiración. Meto una bala en la única pierna de ese mendigo. Atravieso los corazones de tres miembros de una determinada tribu urbana. Aprovecho que el semáforo está en rojo para cambiar de cargador. Pero aun así cruzo en rojo y algunos conductores me pitan. Yo disparo y mato a todos los que puedo. Los coches quedan cruzados y hay accidentes, pero nadie me lo reprocha. Tengo tiempo de distinguir un cuatrimotor que surca el nublado cielo de Bilbao, probablemente aterrizará en Madrid. Paro un momento a comprar un diario de economía, sólo porque regala un ejemplar del *Plan General de Contabilidad*. Después disparo hacia las casas, a las señales de tráfico y a una nube. Por último, ya satisfecho, reconfortado y ensalzado, me arrodillo sobre el asfalto y, con los brazos en alto, mirando hacia el cielo, grito durante minutos cosas que ni yo mismo acierto a entender.

2

Un individuo al que suelo criticar se sitúa a mi lado en la barra de este bar, me da una palmadita, y me dice:

- Hace bastante que no te veía, chico.

Es un antiguo compañero de estudios que ha tenido suerte con algún negocio de representación comercial. Un tipo de esos que querían ser a toda costa el delegado de la clase. Un pelota. Antes de matarle tengo que demostrarle como sea que soy rico, guapo, tengo mucho tono muscular y soy algo parecido al nuevo Mesías.

- Me es muy grato verte de nuevo. ¿Qué tomas?- le doy, además, la mano. Creo que se llama Raúl.

Entonces pide un *Martini*, que le es servido con una aceituna verde que tiene un aspecto magnífico. Comienza a hablarme sobre sus negocios. Me indigna su forma de mostrarme que es un triunfador. Parece que no sabe que, muy fácilmente, debo multiplicar por diez su fortuna. Yo bebo *Vodka* con zumo de tomate, necesito aliviar la resaca que sufro esta mañana. El habla ahora de su novia. Me intereso por ella y le digo que me encantaría conocerla. Posiblemente me la tiraré. Yo intento explicarle que Ruth está mucho más buena que cualquier *tía* con la que él vaya a salir. Pero no me deja abrir la boca, ni siquiera para exponerle que puedo hacer más de doscientas flexiones en barra. Me está empezando a diver-

tir su manera de expresarse. Estoy seguro de que tiene *michelines*.

- Tengo hambre. ¿ Comes en mi casa?. Tengo una cocinera muy eficiente- propongo nervioso.

- ¿ Una cocinera?. Es buena idea. Vamos a ello- acaba su *Martini* y tira la aceituna al suelo sin ni siquiera chuparla. Esto me inquieta.

Al entrar en casa casi tengo que sedar a Beelzebub para que no destrozara al personaje. Ambos babeaban. Mi invitado ha sonreído, nervioso, y ha tenido que secarse el sudor con un pañuelo que tenía un bordado clásico. Después le he acomodado en el salón y ha comenzado a zapear mientras yo urdía cómo matarlo. Finalmente he decidido dejarme de metodismos y he aparecido ante él con el lanzallamas. Le he dicho:

- Nunca tuve cocinera.

Y él ha contestado:

- ¿ Quién va a cocinar, entonces?.

Pero yo ya descargaba una llama en su rostro que, además le quemaba el pelo, y le dejaba bastante aturdido. Era cuando le explicaba:

- Yo cocinaré. A ti- y me abalanzaba sobre él, que olía a carne poco hecha, y le arrastraba contra su voluntad hasta atarle en uno de los radiadores de mi habitación, donde, mirándole, decía:

- Te voy a matar a *hostias*- y le daba puñetazos en todo su cuerpo, comprobando cómo la carne de su cara chamuscada se abría fácilmente y despedía un humor *rojizo-claro* que deslumbraba al dolor.

Entonces le he torturado en silencio con el lanzallamas, en pequeñas y dolorosas dosis. Los gritos me hacían temer alguna reacción de los vecinos, pero me preocupaba mucho más el haber arruinado el tresillo del salón y la moqueta de mi cuarto. La comida de hoy nos iba a salir cara al perro y a mi.

Cuando he decidido matarle con el cuchillo de trinchar el cordero le he recordado:

- Soy más rico, más guapo y tengo mucho más tono muscular que tú. Y soy algo parecido al nuevo Mesías. Estoy seguro de que tienes *michelines*.

Luego he comenzado a operarle el cuello, que él meneaba en péndulo para dificultar mi cometido. Aun así, he conseguido abrir un boquete por el que he metido casi toda la boca, chupando, mordiendo y soplando, haciendo burbujas. El comenzaba ya una entretenida agonía. Pero antes de verle morir le he agarrado por ambos brazos para zarandearle con vehemencia y aclararle:

- Esto te pasa por ser uno de esos. Esto te pasa por todas las *putadas* que me has hecho. Esto te pasa por engreído. Esto te pasa por tu falta de sumisión. Esto te pasa por haber tirado al suelo aquella aceituna.

Entretanto, me asalta el inconfundible sonido de la puerta de entrada. ¿ Por qué le habré entregado esa copia de mis llaves a Ruth?. Salgo corriendo en su busca. Es ella, bien pintada y con un tinte rubio en un pelo que debe haber alisado. Empieza a hablar antes de verme:

- Hola, te traigo una cosa...- hace una pausa y me examina- ¿ qué te ha pasado?- debo estar lleno de sangre, quizás despeinado. Ella se dirige hacia mi dormitorio y yo no soy capaz de cortarle el paso. Al llegar a su altura ya lo ha visto todo. Incluso ha emitido un grito sordo. Sale corriendo. Sobre el suelo del pasillo deja caer un *CD* que contiene una selección de piezas de la *Suite Iberia*, de Isaac Albéniz.

3

La *Suite Iberia* está formada por doce piezas repartidas en cuatro cuadernos en grupos de tres. En ellas, los temas empleados son, en su mayoría, invención del compositor, pero presentan siempre tres elementos de origen popular: la falseta, la copla y el ritmo fijo. Suena de fondo mientras hago llamadas telefónicas.

Ruth me ha colgado las primeras tres o cuatro veces, después me ha dicho palabras que no quiero reproducir. Lloraba, casi no podía descifrar sus insultos. Mis explicaciones eran vagas y ridículas, lo que le provocaba aún mayor angustia.

- Estoy escuchando tu disco, ¿ lo oyes?- intentaba mitigar la tensión. Pero los efectos no eran los deseados y,

para acabar con sus sollozos no he encontrado otro remedio que decirle:

- *Eres una zorra. Ruth la zorra. La mas puta-* el tono de mi voz variaba entre la más absoluta seriedad, el grito amenazador y el canturreo divertido y loco-. *La putita que va sin braaagas. Puta, puta, puta, puuta, putita, putaaaa. ¡ Te voy a cortar el coño!. Vas a ser una puta sin coñiito. ¡ Te odio!- gritando-, ¡ te voy a matar! ¡ No abras el correo sin miedo a partir de hoy!. ¡ No sabes con quién te la juegas!. ¿ Quién eres tú para comprarme ese compacto?. ¿ Crees que no lo tenía ya?. Has follado con el diablo, con el diaaablooo - cantando-. Te ha meado el diaaablooo. ¡ Uh!-¡Uh!- ¡ Uh!-¡Uh!-* imitando a algún animal en celo, o a ese jefe indio que vi en aquella máquina expendedora de cerveza, *Tashunka Witka.*

Pero hacía ya tiempo que mi interlocutora había colgado. Probablemente esté confundida. Creerá que soy una especie de psicópata. Tal posibilidad me molesta y decido enviarle el vídeo que gravé con la *puta*. También le envío ramos de flores variadas, un candelabro, algo que parece imitar el arte azteca, un gato muerto e incompleto, una relación de las últimas veinte cosas que he comido, una carta pidiéndole disculpas y explicando todo con excesiva torpeza y un paraguas que todavía tiene la sangre de su vecina, la que hace meses que dan por desaparecida.

Después le he hecho llamadas en un tono excesivamente obsceno en las que me hacía pasar por encuestadores o vendedores a distancia, secuestradores de gatos y, hasta terroristas islámicos. A juzgar por sus respuestas, creo que reconocía mi voz. Pero seguía llamando, hasta que su teléfono ha empezado a comunicar. Ha sido en ese momento cuando me

he dado cuenta de que estaba excitado. Entonces he marcado el número de Jimmy:

- Dígame- era él, y he colgado. Mi intención era hablar con Carolina, quizás quedar con ella o, al menos, masturbarme.

Abandonando esa idea, he abierto ese catálogo de cierto colegio de niñas que robé a una madre y he marcado varios números que ya tenía seleccionados hasta que, en uno de ellos, me ha contestado una de las niñas.

- Hola, tu debes ser Elsa- procuraba que no se notase el frenesí de mi respiración.

- Si, ¿ quién es?- la voz era joven. Según el catálogo tenía once años.

- Soy un amigo de tu madre.

- Pues ella no está ahora- decía la voz.

- ¡ Qué pena!. ¿ Y te deja sola en casa?- casi gimiendo.

- Algunas veces, pero no mucho tiempo- la voz.

- Me han dicho que eres una niña muy guapa- la voz se reía, halagada y nerviosa, y ha dicho:

- Bueno...un poco.

- Ya estarás muy crecida, ¿ no?- desbocado.

- No se...

- ¿ Sabes que me *follo* a tu madre?- Llegando al orgasmo.

- ¡ Ah!...- voz débil y apagada.

- Seguro que tú la chupas mejor...- ya loco. Ella no respondía, pero no colgaba. Yo gritaba- ¿ eh?, ¡ *zorra!*, ¡ la chuparás de *puta* madre!, ¿ no?- estaba fuera de mí. Elsa ha aguantado hasta ahí y ha comenzado un leve gimoteo que ha concluido colgando el auricular con suavidad, con miedo de hacer demasiado ruido, con ese respeto que tanto valoro.

4

Beelzebub observa a ese tipo con cara de desdicha. El le acaricia sin reparos y le guiña un ojo. Ayer contactó conmigo y concertamos esta cita:

- Llamo por lo de anuncio- explicó.

- ¿ Anuncio?- estaba algo despistado.

- Si, el anuncio del periódico. ¿ Es usted el que vende el perro?.

Desde que le he visto al otro lado de la puerta he sospechado que es un curioso, un observador. Quería saberlo

todo, hacía esta y aquella pregunta sobre uno y otro mueble, enciclopedia o alfombra de la casa. Creo que es uno de esos tipos que clasificarían a las personas por el tiempo que siguen viendo la película pornográfica después de haber alcanzado el orgasmo. Una especie de psicólogo que ahora me da la espalda y se inclina hacia una maceta. Aprovecho para sonreír a Beelzebub quien se relame, gruñe, se impacienta.

- Le compro el perro, lo he decidido, me gusta- termina por decir.

- Usted también parece gustarle. Fíjese en sus ojos. Hay mucha oscuridad tras ellos. Yo diría que le transportan a uno a las tinieblas.

- Es una pieza excepcional, ¿ por qué lo vende?- pregunta. Evito responder bajo pretexto de haber escuchado el aviso de algún electrodoméstico. Marcho en dirección a la cocina y les dejo solos. Únicamente espero que Beelzebub sea limpio, por una vez.

A los dos minutos regreso con la pintura de guerra ya sobre la cara, el cuerpo semidesnudo, bronceado y enjuagado con aceite de oliva virgen de una botella que me costó casi mil pesetas. Hay plumas engarzadas en mi cabellera y porto un cuchillo en los dientes. No me he olvidado de las flechas que descansan en un receptáculo que cabalga sobre mi espalda. No llevo arco ni caballo, pero simulo que trote sobre uno de éstos y que al llegar a dos metros de aquella pareja me lanzo sobre la arena. Clavo mis rodillas y emito un grito piel roja. Beelzebub me dedica una mirada, casi de desaprobación, que parece decir:

- Ya llegó *Caballo Loco*.

Compruebo que mi fiel amigo tiene acorralado al curioso y que ya le ha trabajado el cuello y los abdominales. El comprador yace sentado en una esquina del salón, atemorizado y debilitado por la pérdida de sangre. Beelzebub ya ha hecho su labor. Ahora llega el matador dispuesto a hacer faena. Cambio el tercio y el picador se retira sin dejar de mirar. Confirmo que mastica algo. Yo me arrodillo ante el morlaco y le miro a los ojos. Lentamente recorro mi pecho con la hoja del cuchillo. El se derrumba cuando ve mi sangre que ya se mezcla con el aceite y me alcanza el ombligo. Sonrío y, con un gesto, le invito a que la chupe. Pero me mira con incredulidad y le corto una oreja, trofeo que agradezco al público mientras él emite unos extraños gorgojos. Tras ello me lame la herida. Es posible que se excite, y le agarro por los pelos poniéndome en pie, diciéndole:

- No olvides que soy *Tashunka Witka*.

E invierto mi tiempo en invocar a mis dioses indios para ofrecerles este sacrificio. Pero no olvido que mi público ya me pide que entre a matar, así que le espabilo con unos suaves golpes en la cara y le saco un ojo, que lanzo al centro del ruedo. Una flecha bastará para realizar la estocada. Me coloco a apenas un metro del animal, mirando a tablas, en postura grotescamente torera, sacando el culo con exageración y gimiendo guturalmente, dando saltitos nerviosos y poniendo caras extrañas. El no para de suplicar, pero casi no le escucho. Tan sólo veo el charco de agua, sal y urea sobre el que está situado. Entonces ejecuto la suerte final y desplomo el peso de mi cuerpo sobre la flecha y su espalda. El figón chilla desconsolado, posiblemente debido al dolor, y yo constato que he realizado media estocada que puede ser efectiva.

Pero voy a por el rabo y enloquezco de ansia, así que agarro del extremo de la lanza y la meneo lateralmente. Le comento:

- Tú no sabes lo que es el dolor, *puto* indiscreto.

Y tras cortarle la otra oreja, que ya me ha concedido el presidente, me la meto en la boca para escupirla aburrido, pensando que es posible que ya no me oiga. Es cuando le abofeteo y apuñalo en la cara. Y veo que está más vivo que nunca, y que babea. Me decido por utilizar el descabello, pero antes le muerdo la lengua y arranco una porción pequeña de ésta. Entonces comienzo a cortarle la cabellera.

Horas después, todavía delante de su cuerpo, ya muerto, con su cabellera sobre la mía, y los tres trofeos taurinos en ambas manos, sigo repitiéndole:

- Olvidaste que soy *Tashunka Witka*, el torero.

Hace tiempo que no sé nada de Beelzebub. Puede ser que se haya marchado asustado. Quizás todavía no esté preparado para la violencia extrema.

FINAL

1

Si alguien pesara mi coche en este momento llegaría a la conclusión de que llevo algún tipo de carga. Es posible que calculase un exceso de aproximadamente cincuenta kilogramos. Quién sabe, quizá supondría que hay algo en el maletero. Debo estar refiriéndome a la delgada muchacha que acabo de secuestrar.

Cuando desplomo el saco en el recibidor su contenido ya se mueve. Es buena señal. Quiere decir que no se ha ahogado bajo la bolsa de aquel supermercado con la que he recubierto su cabeza. Posiblemente tampoco se ha tragado la pelota de golf que le he introducido bajo la cinta adhesiva con la que la he amordazado. Con suerte, las cuchilladas indis-

criminadas al saco no habrán alcanzado zona vital alguna. No recuerdo si he llegado a cortarle la lengua.

La reacción de Beelzebub ante el fardo ha mostrado un infrecuente nerviosismo. Lo olisqueaba a la vez que emitía agudos gemidos de ansia, meneaba el muñón de su cola y giraba en torno a él. También chupaba las casi secas manchas de sangre. Pero no gruñía ni se excitaba violentamente. Es más, me miraba con incompreensión.

Hablo un poco con la chica antes de liberarla. No soy original. Digo las cosas de siempre, si quiere tomar algo, si quiere escuchar algún tipo de música o si quiere ir al lavabo. Simple cortesía. Pero, debido a su situación, no me contesta. Así que sirvo sólo dos *whiskys* y pongo en el estéreo, muy bajito, el *amor brujo*, de *Falla*. El perro me sigue sin comprender. Parece perplejo y ni siquiera toca su vaso. Yo no le doy excesiva importancia, también tengo días blandos en los que me resulta difícil ser profesional.

Ahora ya se encuentra a mi disposición. Me mira desde el tresillo, en el que está inmovilizada por una gruesa sogá. Lágrimas surcan toda su cara. Cuando le he retirado la bolsa de la cabeza y he visto su primera expresión, me ha invadido algo que parecía angustia. Se mostraba derrumbada, descorazonada, desencantada. A penas ha ofrecido resistencia ni ha sido ruidosa. Es como si todo se hubiera desmoronado a su alrededor. Creo que, con una entereza digna de encomio, ha aceptado este desenlace. Ruth siempre me ha demostrado ser una chica fuerte, con carácter. Ello es lo que, quizás, encendió aquella chispa de la pasión. Es en momentos como éste cuando una corriente de imágenes rememora la dulzura que llegamos a palpar. Y es mientras amontoño todos mis jugue-

tes indios frente a su figura cuando lloro interna y fugazmente la amargura que en alguna ocasión invade a los corazones sensibles. Entonces recuerdo que rocié con gasolina, sal, arena, perdigones, champú *anticaspa*, *matarratas* y linimento del que usan los ciclistas la pelota de golf, antes de introducirse en la boca.

2

He decidido actuar con claridad. Hacer las cosas bien desde un principio. Por eso, antes de retirarle la mordaza y vaciarle la boca le he explicado:

- Quiero que lo dejemos.

Ruth no me dirige la palabra, sólo me observa con mirada insólita. Intenta comprender demasiadas cosas en poco tiempo. Solloza, baja la cabeza, la sube. Percibo cómo sus labios tiemblan cuando intenta resistirse a llorar abiertamente. Entonces los aprieta con fuerza y tan sólo una lágrima que aflora recorre velozmente el óvalo de su cara. Cuando le brillan los ojos está preciosa. Me asalta el recuerdo de cierta ocasión en la que, juntos, nos resguardábamos de una tormenta de verano. Ella estaba empapada y su figura se adivinaba tras la tela mojada, pegada a su cuerpo. Entonces, apretándose a uno de mis brazos y posando la cabeza en mi pecho, me dijo:

- ¿ Sabías que me dan miedo las tormentas?.

- Pasan rápido- contesté mientras le acariciaba con ternura.

- Contigo me siento segura- respondió mirándome con esos ojos brillantes. Y, embriagados por el aroma de la tierra mojada nos fundimos hasta tal punto que llegué a sentir que ella era yo y yo era ella y ambos éramos uno.

Es posible que ella esté pensando lo mismo. En este momento me es complicado borrar todo eso de mi cabeza. No estoy concentrado y siento apatía. Ello se agrava cuando Ruth, por primera vez, habla y dice:

- ¿ Por qué?...

Yo evito escuchar y me grito en silencio cosas como *no-hagas-caso-todo-es-una-mentira-no-seas-débil-qué-cojones-te-sucede*. Pero habla de nuevo:

- Yo te quería...

Es cuando, interrumpiendo el ritual indio, apenas sin pintarme la cara, espoleado por sus palabras, me abalanzo hacia esa pobre criatura y la abofeteo. No controlo mi fuerza ni mi estado de ánimo. Es un arrebató. Le chillo palabras inconexas y le hago reproches absurdos. Después la arrojo al suelo y la golpeo. Finalmente determino abrirle el cuello y terminar con esto. Pero en el momento en que la hoja del machete penetra mínimamente en su carne retrocedo. No soy capaz de hacerlo. Siento náuseas. Me mareo. Me abandona la fuerza. Comienzo entonces a besarla. Los dos abrimos la boca y rozamos nuestras lenguas. Suspiramos. Ella me abraza y me incita a que le haga el amor. Débil, me dejo llevar por este

momento y comienzo a desnudarla. Sus pechos, vientre y sexo se ofrecen ahora a mis deseos. Cuando la penetro siento más placer del que jamás podría soñar. Cierro los ojos. Arqueo mi espalda hacia el cielo sumido en un éxtasis que creo ella también percibe. Cuando vuelvo a unirme a su pecho ya es tarde para reaccionar. Una de mis flechas indias me ha atravesado el corazón.

Antes de morir he visto como Ruth, tras emitir un grito de horror, entre estertores de llanto, y sin soltar las dos manos de la flecha, todavía haciendo fuerza hacia mí, decía:

- Lo siento.

3

Beelzebub no se separa del que fue mi cuerpo. Lleva días agazapado. No come y apenas se mueve. No reacciona ante el teléfono como otras veces. Solo llora. Nunca había visto una expresión así en un perro. En ocasiones me contempla como si tuviera esperanza de verme despertar. Pero sabe que es imposible. Hay mucho dolor en ese animal. Creo que se va a dejar morir a mi lado. Agradezco su demostración de amor y fidelidad y me lamento por las ocasiones en que le castigué. Me enorgullezco, por otro lado, de que llegué a conseguir con él lo que no pude con muchas personas.

Otro paisaje se presenta a escasos metros de esta escena. Me refiero al cadáver de Ruth, que muestra mayores signos de descomposición que el mío. El olor, según mi criterio, es diferente. En la distancia se ve todavía hermosa. Las heridas mortales que presenta en cuello y estómago no envi-

leen la expresión de su rostro. Velo su cadáver de igual manera que Beelzebub hace con el mío. Aun así, no hice nada por evitar su muerte. Creí que mi posición era la de mantenerme al margen. El perro desconocía que lo que me había vencido no era ella, sino el amor. Por eso dejé que se desfogara. Fue, a pesar de todo, un sublime espectáculo de lealtad. También de crueldad, fiereza y ensañamiento. Todavía parece que le estoy viendo saltar sobre la chica. Aún escucho los aullidos, bramidos y hasta rugidos que, de manera descontrolada, realizaba durante el sangriento episodio. Beelzebub está muy bien adiestrado y ha querido dedicarme una última faena. Ha usado colmillos y garras como un auténtico purista. Ruth no podía hacer nada ante aquella vorágine de fiereza. Ni siquiera gritar. Lanzaba manotazos desacertados que no eran sino la expresión de su impotencia. El mordía y despedazaba. La manera en que le ha extirpado la tráquea ha sido colosal. Las certeras acometidas con las garras abrían auténticos surcos en su pecho. Mi novia ha dejado de oponer resistencia a los pocos minutos. Ha sido cuando la fuerza le ha abandonado. Ya nada podía hacer. Sólo quedaba esperar. A partir de ahí, el sabueso ha sido más calculador. Sería la parte más apasionante, el comienzo del trabajo intestinal, hecho a su estilo, usando su método. Reconozco que es el mejor en esto. A veces el alumno llega a superar al profesor. Y mi alumno era aventajado. Por eso es que logra tan buen resultado escarbando hasta erosionar y desgarrar los músculos abdominales. Y es lo que ha ejecutado, también, en esta ocasión, tras lo cual ha comenzado a hacer mayor aquel agujero, utilizando ya los incisivos y los colmillos. Por fin, tras hacerse sitio, ha sumergido la cabeza. Yo casi sentía esa sensación que no me es desconocida. El calor es apabullante ahí dentro, pero eso y el olor nauseabundo casi no se distinguen debido a la fuerte excitación que produce la adrenalina que se descarga cuando se

está dentro de otro cuerpo...vivo. Ruth no tardaría en perder el conocimiento. Pocos resisten más. Creo que nunca he encontrado ser viviente que llegue a ser espectador consciente de la extracción de su propio intestino. Y eso que el número es parecido al del mago que saca metros de cinta de colores de su boca. Pero aquí el truco no existe.

Ruth moriría con el crepúsculo. El tinte rojizo del cielo de Bilbao acababa siendo bello telón de nuestra historia. Y el último acto lo representaba un Beelzebub al que nunca vi disfrutar mientras segaba esta última vida. Fue la primera vez que no mataba por vicio, perversión, desviación o desenfreno. Aquello que más le gustaba hacer en el mundo no era, esta vez, producto de la búsqueda del placer. Era un acto de venganza. Una preciosa ceremonia de la que yo disfruté lo dulce y lloré lo agrio.

Antes de coger mi plumada peluca india y colocarla sobre el cadáver de Ruth, Beelzebub se detuvo durante al menos cinco minutos para, inmóvil, fijar su vista en algún *más allá*. Para brindarme homenaje dirigiéndose a un *allí-donde-estuviese* que él sospechaba que existía.

4

Y lo que pienso mientras contemplo la escena es algo tan parecido a esa catástrofe aérea como el torbellino de ideas que me obliga a alejarme, retroceder meditabundo, anhelar y, en cierto modo, incluso con circunstancial pausado sonrojo, recordar.

Y es que, mientras abandono lo poco que queda de mi ser real, y en un dilatado intento por aferrarme a lo que alguna vez fui, a lo que, incluso, llego a atarme a lo cotidiano, a lo conocido por normalidad, por pasatiempo, por atardecer y ocaso, por rencor, por estupidez u holgura que trasciende al desconocer, por caliente meditar, veo desfilar esas ideas, pienso:

En *freaks*, en los secretos, en algunos trucos para parecer más interesante, en los *negros*, en esas majaderías, en grupos de *news*, en el *Ark Hammer* y en *Mario Bross*, en aquel antiguo profesor, en *Jordi Hurtado* y En el *Día de la Bestia*, en voces inaudibles, en el sonido del sol, en la realidad de un beso y en la insuficiencia del que cree ser malvado, en un minuto de gloria, en la belleza del acabado de un arma de fuego, en trifulcas y engaños, en rivalidades regionales; en cómo caía ese hueso en aquella película; otra vez en el *Arc Hammer* y por última vez en la chica con el aparato dental...

Entre tanto, parte de mi comprende que ya, tan sólo, queda decidir. Despedir definitivamente una vida y bucear en la idea de hallar otra en la que pueda rehacer aquello que alguna vez conseguí, depurar tanto como logré depurar, matar como en ocasiones maté, eliminar acercándome a aquella perfección, violar con ese desinterés. Una vida en la que yo no sea mero espectador del acontecimiento, no únicamente uno de esos *voyeurs* de lo ajeno, de las existencias con más contenido. Una vida en la que yo adquiera el protagonismo creador, participador y perfeccionista que me permita revivir escenas tan macabras como aquel asesinato en la autopista, o la tortura de ese vendedor de pañuelos, o la violación de todas esas mujeres y niñas, o el secuestro y ejecución sucesiva del delincuente habitual y del drogadicto, o la descuartización en

vivo de la azafata negra, o el disparo en el interior de la vagina de una antigua vecina, o los bellos, impecables y sangrientos rituales indios; escenas tan excitantes como los episodios sexuales con esas jóvenes previamente drogadas, como los ejercicios de promiscuidad aplicando cocaína en los órganos genitales, como las incitaciones a la prostitución a todas esas chiquillas, como el golpeo y posterior abandono, tras hacer el amor, de la joven de catorce años. Una vida en la que poder mostrarme partidario de las grandes catástrofes, de las miradas penetrantes, del capital, del corte de pelo impecable, del *gintonic*, de *Patrick Bateman*, de *Esparta*, de las siete de la tarde, de la ansiedad y el enfado injustificados, de las bebidas energéticas, del número, de la compatibilidad entre coherencia y contradicción, de las jovencitas, del fetichismo del pelo, del *Athletic Club de Bilbao*, de los teléfonos falsos, del mercado de futuros, de las armas de fuego, de la *new wave*, de la variedad, de la *infidelidad-dentro-y-fuera-del-matrimonio*, de las llamadas obscenas, de la mujer inteligente, de los aparatos de remo, del *Adagio de Albinoni*, de la *cocaína*, del diablo, del *DC-9*, del *póker*, de los trajes negros con camisa y corbata a juego, del *desayuno continental* con pomelo, de los sueños, de *Tarantino*, de la inmortalidad, de las grandes operaciones financieras, de los *textos refundidos* y de extraer conjuntamente todas la vísceras de los cuerpos desde la lengua hasta los testículos, abriendo previamente la caja torácica. Una vida en la que poder posicionarme en contra de *Hollywood*, del amor, de *Atenas*, del pelo sucio, de la descortesía, de las mayores, del *glamour* en la pornografía, del *Athletic Club de Bilbao*, del engaño, de *Sean Bateman*, de aquella chica, del *tipo de interés* por encima del tres por ciento, de cualquier estereotipo, de la falsa madurez, de ese banco de abdominales que tanto perjudica la espalda, del anís, de las armas blancas, de agujerearse el cuerpo, de la pérdida de protagonismo de los pilotos comerciales en favor de determinadas máquinas,

de la necesidad, de la falta de clase, de los *porros*, de *Bukowsky*, de los vendedores de pañuelos de papel y de las colectas públicas al aire libre, del *LSD*, de Dios, de las *ONGs*, del *tute*, de la música, del reciclaje, de la religión y la moda, de *Spielberg*, de las chicas de la limpieza y de las salsas con especias.

Mi única preocupación, por tanto, es atinar con el ambiente más idóneo para mi reencarnación y futura vida, que ya he decidido será la de futbolista, banquero, guionista y director de cine, locutor de radio o consejero de estado, nunca la de misionero, predicador, mimo, escalador, desamparado, *desprovisto-de-atractivo* o voluntario de la *Cruz Roja*; acertar con las condiciones ideales para el desarrollo de un nuevo Dios. Un Dios malo. El peor Dios que jamás existiera. Y tengo que decidir con rapidez. Las importantes tareas que me aguardan no pueden esperar. No debo ser egoísta y aprovecharme en exceso de las amplias facultades decisorias que poseo. He de demostrar mi madurez y responsabilidad ante este reto. No quiero fallar a la humanidad. El mundo no puede permitirse una dilación injustificada.

Lo seguro es que volveré. Pronto. Cuando menos se me espere. Quizá ya me estén alumbrando. Es posible que lejos de aquí. O muy cerca. Ahora. Ya.



*Al más puro
estilo de*

Patrick Bateman

*American Psycho
resistente natural
por el dolor*

NOVELA NARRADA
EN PRIMERA PERSONA

PROTAGONISTA

que acelera gradualmente su deambular psicopático.

En total delirio de grandeza, es captado por Dios y pasa, entonces, a formar parte de cierta organización de éste en el planeta.

VISION

de un creador que reúne las figuras de Dios y el Diablo servirá de cínica justificación a la escalada impune de ultraviolencia, asesinatos con ensañamiento o violaciones indiscriminadas, descritos con indiferencia, con la rutina de actividad diaria.

PUNTO DE VISTA. Único. El suyo.